

A woman with dark hair, wearing a white ruffled blouse and a dark skirt, stands in a field. In the background, there is a large brick house with a chimney. The sky is overcast.

Eulalia

ARLETTTE
GENEVE

EULALIA
Arlette Geneve

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

BROMLEY HALL, GREAT MARLOW

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CRIMSON HILL

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

BROMLEY HALL

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 1

En el interior de la cripta cerrada, Eulalia se despojó de las prendas que vestía, y se dispuso a colocarse el vestido que había guardado toda su vida. Era su mayor tesoro, porque para ella era como la carta escrita con letras de plata y oro que nunca recibió del amor de su vida. Tocó la tela, y contuvo un sollozo. El vestido de encaje color perla había sido diseñado para ser muy voluminoso, pero Eulalia había dejado en su alcoba de Redtower las diversas capas de enaguas que lo acompañaban.

Con el vestido en las manos, se permitió recordar el pasado cuando era una muchacha de dieciséis años completamente enamorada del hombre más maravilloso del mundo. Había conocido a Alonso Miguel en una feria de ganado en Sevilla. Su familia gitana vendía caballos de tiro y aperos de labranza. Después se volvieron a encontrar en el café Tarantos, y ese fue el detonante de la relación que comenzaron ambos. Alonso Miguel la miró la primera vez, y el cuerpo de Eulalia se estremeció de la cabeza a los pies. Todo dejó de existir para ella salvo el hombre misterioso y atractivo que no dejaba de mirarla. Se fijó en su esbelta figura, en su caminar decidido. Era un hombre de reales porque las ropas que vestían era de la mejor calidad que ella había visto nunca. Eulalia se escabulló hasta el lugar donde se encontraba él, y cuando le susurró si era un ángel o una hechicera, Eulalia sólo pudo ocultar la mirada y bajar los ojos. Ese fue el comienzo de algo muy especial entre ambos, y que siguieron alimentando en cada ocasión que podían, ya fuese en la feria, en el puerto, o en el Café Tarantos. De las conversaciones pasaron a los besos, de los besos a las caricias superfluas, y poco después a los encuentros íntimos que tan feliz la hicieron. Vivió junto a Alonso Miguel momentos únicos e inolvidables, donde no existía la separación de clases ni de pensamientos. Eran dos personas que se amaban con toda su alma, pero que no podían estar juntas porque la sociedad no lo permitía, ni su etnia tampoco. Para estar más cerca de él, Eulalia había convencido a sus padres de que la dejaran visitar a su familia materna de Lora del Río, y allí, en una vivienda que el duque de Alcázar había rentado, dieron rienda suelta al amor que se profesaban. Pero todo terminó descubriéndose. Alonso era un hombre demasiado importante para pasar desapercibido, y hasta que las murmuraciones y las complicaciones no los alcanzaron, ella ignoraba que estaba enamorada de un duque. Conocer esa verdad no varió ni un ápice los sentimientos que seguían naciendo y fructificando en su interior, pero ambos pertenecían a dos mundos muy opuestos: él, a la nobleza, ella, a los gitanos.

Después del amor, vino el desastre pues la familia de Eulalia buscó la venganza a la deshonor que ella había consumado. La apartaron sin contemplaciones del lado de él, y la encerraron en un cortijo en Málaga. Durante semanas, el llanto era lo único a lo que Eulalia podía recurrir para dar desahogo a su desesperación, y entonces descubrió que estaba encinta, y cuando hizo cálculos, se llevó la mano a la boca porque estaba embarazada de casi cuatro meses. La ilusión y la angustia convergieron en su interior porque conocer esa noticia tan maravillosa podría cambiar su existencia, pero Eulalia se equivocó pues su familia no se atuvo a razones, e hicieron planes para mandarla a la ciudad portuaria de Cartagena. Supo que el duque la buscaba, y que había hablado con su familia. Llegó a saberlo por una de sus primas que se había compadecido de ella al constatar su embarazo. También fue la que le informó de los planes que tenía su familia para ella, pero Eulalia no pensaba conformarse e hizo todo lo posible por escapar, y lo consiguió. Eulalia trató en vano de ponerse en contacto con él, pero en Silencios le dijeron que se encontraba de viaje. Regresó varias veces, pero el duque estaba ausente, y a ella no le quedó más remedio que esconderse lejos de Sevilla, y lo hizo en la serranía de Málaga, pero poco le duró la libertad

porque su padre y su tío Raimundo la encontraron meses después. Cuando su padre vio su vientre pronunciado, la miró con tal odio, que Eulalia supo que su vida corría peligro. Trató de escapar de nuevo, y entonces fue cuando la golpearon hasta casi provocarle la muerte. Su padre la maldijo, y la dejó tirada en una zanja en el campo. Allí la encontró su niña Inés, y sin nada más que el vestido raído que llevaba puesto y empapado en sangre. Eulalia, cuando se recuperó de sus heridas bajo los cuidados amorosos de los Velasco, regresó tiempo después a la zanja donde la habían tirado como a un perro, y rescató el saco que contenía todas sus ilusiones. El hermoso vestido no había sufrido daño alguno, y ella lo guardó con celo en el interior de un arcón que siempre la acompañaba allí donde iba. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Años de ilusiones perdidas, porque jamás podría verse frente a un altar acompañada del amor de su vida. Sacó el velo que tenía algunos jirones, también la corona de perlas que lo sujetaba. A Eulalia le habían sobrado razones para guardarlo todo porque en el fondo de su corazón siempre había tenido la esperanza de regresar junto a él, y ser la esposa que perfecta que Alonso Miguel se merecía.

Había secado las flores del único ramo que Alonso Miguel le había regalado en uno de sus encuentros íntimos. Eulalia había pretendido engarzarlas junto al que sería su ramo de novia, pero no pudo ser. Se llevó las secas flores a la nariz, e inhaló el poco olor que todavía desprendían. El olor de las flores era seco, como el conjunto de sus ilusiones.

Decidió no perder más tiempo.

Se pasó el vestido por la cabeza, y se lo ajustó al busto y a las caderas. No pudo abotonarse los últimos botones de la espalda porque no llegaba, pero no le importó. Se quitó la peineta de bronce que sujetaba su cabello, la redecilla, y deshizo el moño prieto. Dejó la pequeña peineta sobre el sepulcro de piedra al mismo tiempo que se masajeara el cuero cabelludo.

Que Eulalia guardara una de las llaves de la cripta familiar de los Penword, había sido toda una ventaja, pues era consciente de que la buscarían en el momento que notaran su ausencia en Redtower, pero en el interior de la cripta, y frente al sepulcro del anterior duque de Arun, nadie la buscaría.

Confiaba que Elina O'Brien cumpliera sus deseos y repartiera las cartas que le había confiado, sobre todo la de él: el hijo de sus entrañas que la había despreciado. Eulalia había llorado durante horas hasta quedarse sin una gota de líquido en el interior de su cuerpo, pero las lágrimas no habían limpiado su alma ni habían detenido los inmensos dolores que la habían azotado hasta el último de sus cabellos. Dolía tanto conocer la verdad. Dolía tanto el engaño infame al que la habían sometido, y precisamente por las personas a las que amaba, a las que consideraba su familia. Eulalia contuvo un nuevo sollozo. Ella había hecho lo propio, y como gitana que era, había vengado el agravio vertido sobre su persona. La mujer que había sido la instigadora de todos su infortunio, estaba maldita, aunque tenía que entregar algo muy valioso para que la maldición fuera eterna, y para que nada ni nadie pudiera deshacerla.

Eulalia guardó las prendas que se había quitado en un saco de arpillera. No se olvidó de la peineta, dejarla sobre el mármol de la tumba del duque era toda una intención. Aurora la vería, cuando el primer día de cada mes y como era costumbre, llegara a la cripta familiar para cambiar las flores marchitas por frescas. Se colocó el velo de novia sobre el cabello para ocultar el rostro. Fuera del cementerio tomaría un carruaje de alquiler para que la llevara al lugar que sería su último destino.

Sin titubear un momento, Eulalia sujetó el saco bajo su brazo, se despidió del difunto duque, y salió de la cripta en silencio bajo el anonimato del velo. Su intención era la de parecer una viuda, y pensó que lo había logrado. Fuera del cementerio tomó un carruaje, y le dio la dirección

al cochero cuando la ayudó a introducirse en el interior. Llegar hasta el lugar escogido le llevaría unas horas, pero Eulalia tenía todo el tiempo del mundo. No durmió durante el trayecto, y tampoco se permitió el lujo de llorar de nuevo. Todas las lágrimas habían sido ya derramadas, y ahora tenía que cumplir su última misión.

El cochero la dejó muy cerca de Richmond Bridge. Como era tarde, todo estaba desierto. No había ni un alma por las calles, ni ella las esperaba. Eulalia había escogido ese lugar porque lo había visitado en una ocasión con la Familia Beresford: era un lugar tranquilo y alejado de todo. Lo más importante, nadie lo recordaría, por ese motivo se había decidido por ese sitio.

Vestida de novia, y con el velo cubriéndole el rostro, Eulalia caminó decidida. Una vez que alcanzó la mitad del puente, se subió a la barandilla de piedra. Observó durante un momento las aguas que discurrían bajo sus pies. Parecían mansas, pero ella intuía que no lo eran.

Inspiró profundo varias veces, pero no por miedo, sino por una cierta vacilación de último momento. Eulalia había tomado una decisión: iba a saltar sobre las aguas y se dejaría llevar por ellas. Como no sabía nadar, su muerte estaba garantizada.

—Yo te maldigo, María —susurró entre dientes—. Maldito seas también, hijo de mi carne. Que nunca encontréis la paz como no la he podido encontrar yo, y por eso, malditos ambos.

Eulalia terminó de decir las palabras, y saltó...

CAPÍTULO 2

BROMLEY HALL, GREAT MARLOW

—No hablas en serio —el hombre miraba a la muchacha con la decepción dibujado en el rostro.

¿En qué diantres estaba pensando su sobrina para aceptar tamaño disparate?

Emily Allergan miraba a su tío con la frente fruncida por la preocupación. Lo último que deseaba era causarle un disgusto, pero había tomado una decisión. La mujer se levantó de la silla y caminó hacia la ventana. Bromley Hall era una propiedad preciosa, y a ella le encantaba. Recordaba con mucho cariño las diversas visitas que hicieron su madre y ella cuando Emily era sólo una niña.

—Llevo toda mi vida sufriendo el fuego cruzado entre mis dos tíos, y ya no puedo más —respondió la muchacha de cabellos claros y ojos azules.

Harry Tyler miró a su única sobrina perplejo por su declaración.

—Jason Smith no es hombre para ti —respondió Harry.

Emily miró a su tío con atención.

—Elliot cree que sí pues su fortuna es considerable.

Harry miró a su sobrina al mismo tiempo que entrecerraba los ojos. Su única hermana se había casado enamorada de un buen hombre, hijo segundo del conde de Hambleden, y cuando ambos murieron en un terrible accidente de tren, Elliot Allergan, actual conde de Hambleden, pasó a ocuparse de Emily. Harry había quedado relegado porque, aunque poseía fortuna propia, no poseía título nobiliario, y también porque pertenecía a la rama materna de Emily.

—¿Es lo que realmente deseas? —le preguntó con voz baja.

Emily soltó un suspiro largo.

—Tengo que pensar en mi futuro, en los hijos que tendré.

—Pues Jason Smith no es el hombre que necesitas para cumplir ese sueño.

Emily miró a su tío con un brillo de enfado. Era cierto que Jason Smith no era de su gusto, porque además de que podría ser su padre, siempre había estado enfermo, pero era el pretendiente que aprobaba su otro tío.

—El roce hace el cariño —susurró ella.

Harry se puso las manos en las caderas y separó los pies.

—Tu madre, mi única y estimada hermana, se casó por amor.

Emily apretó los labios al escucharlo.

—Elliot dice que el amor es algo pasajero, que una mujer necesita una buena espalda en la que apoyarse.

Harry resopló con fuerza. Elliot, en realidad quería decir que sólo importaban las libras y los títulos de propiedad.

—Pues ya te anuncio que ese tal Smith no tiene buena espalda, ni buen corazón —la sobrina miró al tío disgustada—. Es un hombre enfermo tanto de mente como de espíritu.

Emily no podía discutirle a su tío en ese asunto porque Harry Tyler era el doctor de Great Marlow. Cuando su única hermana falleció, se trasladó de Londres a Great Marlow para estar cerca de su sobrina. Las continuas peleas con el conde de Hambleden por la forma que tenía de educarla, habían levantado ampollas en la pequeña comunidad. Elliot era un hombre estricto, escaso de afecto, y nulo de empatía. A su lado, Emily había crecido con las necesidades más

básicas para una niña huérfana: amor fraternal. Por ese motivo se escapaba a menudo a Bromley Hall, porque era el lugar de su niñez donde más feliz había sido con su madre.

—Esperaba tu apoyo en esto —respondió la mujer sin dejar de mirarlo.

El paisaje tras la ventana había quedado olvidado.

—No pienso contribuir a tu desgracia —contestó el tío—. Inglaterra está llena de hombres valiosos dispuestos a hacerte feliz.

La sobrina inclinó la cabeza.

—Debo contentar a Elliot.

Harry apretó los puños a sus costados. El conde de Hambleton siempre había decidido sobre Emily, pero en esta ocasión se equivocaba, como tantas otras veces en el pasado.

—Desde que perdiste a tus padres, vives y respiras para contentar a tu tío paterno aun en contra de tu propia felicidad —comenzó Harry imperturbable—. Confiaba que cuando alcanzaras la edad adulta, fueras capaz de ponerle freno a sus ambiciones —continuó—, porque tu compromiso con Jason Smith no es en tu beneficio sino en el suyo pues sus tierras colindan con Hambleton —le recordó.

Harry observó que su sobrina se mordía el labio inferior con nerviosismo.

—No eres el más apropiado para hablarme de relaciones personales ni sentimentales.

La sobrina acababa de darle un golpe a su orgullo.

—He vivido por y para ti, salvo que ese desgraciado de Allergan no me lo ha permitido —le recordó a la sobrina—. Y pienso oponerme con todas mis fuerzas a ese compromiso —le advirtió.

Emily caminó hacia la puerta.

—Elliot me advirtió de cuál sería tu respuesta.

Harry crujió los dientes al escucharla.

—Mi postura viene definida por lo que pensaría y haría tu madre si estuviera viva—le mencionó.

Emily paró sus pasos y se giró hacia su tío.

—Si mis padres vivieran, ¿podría mi madre oponerse a mi tío paterno?

Harry soltó un suspiro largo.

—Está claro que tu padre habría cedido a los caprichos de su hermano el conde —admitió—, pero estamos hablando de ti y de un compromiso que no te conviene.

—Elliot habló conmigo, y me mostró las oportunidades que este compromiso me ofrece.

—No necesitas dinero —le recordó el tío.

—Pero sí posición —argumentó la sobrina.

Harry dejó salir el aire que contenía.

—No te tenía por una snob, sobrina.

Esas palabras la habían molestado en verdad.

—¿Ya has olvidado a Robert? —le trajo a colación—. ¿Has olvidado tu intromisión en el mayor desastre de mi vida?

El tío dio un paso hacia ella, pero la muchacha alzó la mano para detenerlo.

—Lamento que te hayas posicionado en contra de lo que deseo.

—Lo que desea tu otro tío —le recordó.

—Pero he decidido aceptar la proposición de matrimonio de Jason Smith —Emily vio que su tío tensaba el mentón—. Y te pido que te mantengas al margen de mis decisiones.

—No lo haré —respondió firme.

—Entonces ya no tenemos nada más que hablar.

Harry vio que su sobrina se ajustaba los guantes y se abrochaba la capa. Caminó hacia ella porque no deseaba que se fuera de forma tan abrupta.

—Trato de velar por tu bien como lo haría mi hermana.

La sobrina lo miró directa.

—Mi madre acataría la orden de mi padre y la de mi tío.

Harry resopló enojado.

—Eres joven, tienes una vida por delante para elegir un partido mejor.

La sobrina ya se colocaba el sombrero sobre la cabeza.

—Tengo veintidós años. Debería estar ya casada y con niños —se quejó de una forma que le provocó al tío un escalofrío—. Y si no lo estoy es por tu culpa.

—Contigo sólo me mueve el afecto —le dijo sincero.

La mujer caminó hacia la puerta de salida sin mirarlo. Harry se encontró siguiéndola.

—He venido a anunciarte mi decisión, y si no estás dispuesto a aceptarla, al menos mantente al margen.

—Espera, no te marches todavía —le pidió.

La muchacha había abierto la puerta, pero se giró hacia él.

—El carruaje de mi tío espera...

Y para sorpresa de Harry, Elliot entró en la casa sin ser anunciado. La mujer le hizo un gesto negativo al recién llegado, y abandonó la casa sin decir nada más. Harry la vio marcharse sin mirar atrás. Él se quedó parado en el vestíbulo sin saber qué tipo de vendaval lo había azotado porque estaba desorientado. Emily era el único familiar directo que le quedaba, y aunque se había prometido cuidarla y guiarla, Elliot Allergan no se lo había permitido. La rivalidad entre ambos hombres había quedado manifiesta desde la muerte de los padres de ella, y sobre todo desde que Emily aceptó la proposición de matrimonio alentada por él.

—Emily ha sido muy clara —lo escuchó decir.

Harry se encontró apretando los labios.

—He escuchado tu opinión en sus labios, no la de ella —le dejó bien claro.

El hombre de apariencia severa, dio dos pasos hacia Harry.

—Le prometí que no saldría del carruaje, que aceptaría que ella te anunciara la nueva, pero en vista de las circunstancias, he decidido actuar.

Harry entrecerró los ojos con furia.

—Nunca imaginé que la posicionarías en mi contra —lo acusó directo.

Elliot se apoyó en el bastón con cabeza de águila que sujetaba.

—Emily ha elegido —se defendió el otro—. Tiene muy claro el tipo de vida que desea.

—Por tu culpa será una desgraciada —dijo sin pestañear.

Elliot soltó un suspiro largo al escucharlo.

—Siempre te ha costado aceptar las decisiones de Emily sobre su vida, pero ha llegado el momento de que las aceptes.

—Mi hermana no lo haría —dijo en alusión a la madre de ella.

—Pero mi hermano sí —respondió el conde—. Y por mucho que te pese, Emily es una Allergan. Vete aceptándolo de una vez.

—Tus palabras parecen amenazas —le increpó Harry.

Elliot Allergan, quinto conde de Hambleton, le mostró una sonrisa sapiente.

—Lo son, Harry Tyler, lo son.

El hombre giró sobre sus talones y caminó hacia el exterior de la casa. La puerta de la calle había quedado abierta, y por eso Harry pudo escuchar el relincho de los caballos cuando

comenzaron a arrastrar las ruedas del carruaje. No salió al exterior, se quedó plantado sin decidirse a moverse. Emily le había pedido que se mantuviera al margen, pero no podía hacerlo. Tenía que pensar una forma de convencerla. Barajó varios argumentos, pero ninguno lo convenció. Tenía que salir a cabalgar. Siempre que lo hacía, su mente se despejaba, y sus pensamientos se aligeraba de los nubarrones que lo oprimían. Tenía que encontrar un medio de llegar al corazón de su sobrina para que no cometiera el mayor error de su vida. Tenía muy claro que no iba a perdonarle su intromisión cuando se creyó enamorada de Robert Watson, pero él no podía mantenerse al margen cuando era el mayor pendenciero y mujeriego de toda la cristiandad. Robert tenía un problema con el juego, y una mano muy larga con las mujeres. ¿Cómo no iba a entrometerse en una relación tan nefasta para su sobrina? Aunque reconoció que no tuvo la mejor de las actuaciones, sobre todo porque el apremio había sido mucho al tener planeado el bastardo una escapada a Gretna Green.

«¡Joder, necesito pensar!», se dijo Harry alterado.

Se giró sobre sus pasos y caminó hacia la cocina. Bromley Hall era una propiedad rural, por eso él sólo mantenía a dos sirvientes: la cocinera, y su secretario personal que hacía también de asistente, y conversador. Sabía que estaría en la cocina devorando los bollos de pasas que Julia cocinaba. Era lo único que le salía medianamente bien. Como la conocía desde niña, y había perdido a sus padres por la difteria, él se había sentido en la necesidad de contratarla, pero no era muy buena en la cocina. Cuando abrió la puerta, el olor del estofado quemado le penetró por las fosas nasales. Estaba claro que el fuego estaba demasiado fuerte.

—Señor Tyler —lo saludó ella—. ¿Qué le trae a la cocina?

—Voy a salir a cabalgar —anunció de pronto.

William, el secretario, lo miró curioso.

—Es un poco tarde para hacerlo.

En verdad lo era, pero Harry se sentía bastante inquieto.

—No tardaré mucho.

—¿Necesita de mi asistencia? —le preguntó—. Porque debo partir a primera hora de la mañana hacia Londres.

Harry negó con la cabeza.

—Necesito despejar un poco la mente —les confesó al mismo tiempo que cruzaba la cocina y salía por la puerta que daba al jardín posterior y a la caballeriza.

Cocinera y secretario miraron la salida de él con un interrogante en los ojos.

—Otra vez ha discutido con la dichosa sobrina —refunfuñó la mujer entre dientes—. Para alterarlo así, mejor que no venga más a Bromley Hall.

—La señorita Allergan tiene todo el derecho a visitar a su tío —la rectificó el secretario.

La cocinera hizo un mohín con la boca.

—Cada vez que viene termina por alterarlo.

Esa era una gran verdad, se dijo William. Harry no llevaba muy bien el completo control que Elliot Allergan desplegaba sobre la sobrina de ambos, pero el conde era el tío paterno. En los años que lo conocía, había comprobado por sí mismo cuánto quería a su sobrina, y de qué forma se desvivía por ella, y aunque la puerta de la cocina había permanecido cerrada, tanto Julia como él habían escuchado la discusión que habían mantenido los dos.

—Me apena verlo tan triste —murmuró la mujer que seguía revolviendo el estofado pegado.

William decidió regresar a la biblioteca pues le quedaban todavía facturas que comprobar.

—Gracias por el té —le agradeció a Julia.

La mujer hizo una mueca con la boca.

—Menos mal que el agua no se pega.

El secretario se quedó un momento parado, y mirando un punto de la cocina indeterminado, después de unos segundos, clavó la mirada en la cocinera.

—Deberías pedir ayuda con algunas recetas —le aconsejó—. La esposa del párroco, estaría bien dispuesta a aconsejarte.

—Sólo se me ha pegado un poco —protesto con energía.

—Si yo fuera tu jefe, hace tiempo que habría contratado a otra cocinera —le dijo dando el primer paso para marcharse.

La mujer se envalentonó.

—¿Cuántas cocineras conoces en Great Marlow? —le preguntó, pero el secretario ya se había marchado—. Yo te lo diré: ninguna.

Cada uno se enfrascó en sus quehaceres sin saber que la cabalgata inesperada de Tyler iba a cambiar la vida de Bromley Hall por completo. También a sus habitantes.

CAPÍTULO 3

Eulalia saltó al vacío.

Por un segundo, la histeria se apoderó de ella, e inmediatamente fue reemplazada por una pena profunda. Su espalda dio de lleno en el agua fría y la cabeza se contorsionó de forma precaria causándole un dolor intenso. La altura desde el puente de piedra era demasiado elevada, y por eso la corriente la hundió hacia la profundidad sin que pudiese impulsarse para salir hacia la superficie. El agua revuelta la hacía girar y la arrastraba hacia abajo, pero la mente de Eulalia no era tan frágil ni tan obediente, los impulsos por sobrevivir ardían con fuerza en su mente y se aliaron en contra de su decisión y luchó por mantenerse a flote. Eulalia quería hundirse, pero algo la empujaba hacia arriba buscando aire.

Ella ignoraba hacia dónde la conducía la corriente, pero no importaba.

La tela de su bonito vestido de novia se arremolinó en torno a su estómago aprisionándolo, y haciendo que el aire se le escapara de los pulmones con mucha más facilidad. Ante la falta de oxígeno comenzaron a trabajar con agua que ella introducía en su cuerpo en cada bocanada. Luchó tenazmente por salir a la superficie, pero la corriente la atrapó de nuevo y la arrastró en un remolino hacia abajo donde todo estaba tan oscuro como la muerte que había buscado. Las aguas la embestían y se cerraban sobre ella por segunda vez, manoteó fieramente tratando de soltarse de aquello que parecía que la sujetaba por la muñeca, y después por el tobillo para empujarla hacia abajo. Eulalia pataleó furiosa tratando de salir a la superficie. En su lucha contra los elementos, la corriente la arrastró río abajo, y cuando llegó a una zona menos profunda, trató de hacer pie, pero las rocas la lastimaron. Se golpeó con ramas, con raíces, y con todo lo que el río arrastraba. De repente, sintió que algo muy duro le golpeaba en la cabeza, y entonces el vacío se cernió sobre ella.

Desde lo alto de su montura, Harry vio el cuerpo que forcejeaba entre las aguas del río. Era fácil verlo por la tela blanca que la luna resaltaba. Escuchó un golpe seco, seguido de un gemido, y de tela que se desgarraba. Desmontó ágil del caballo, y corrió por la ladera tratando de alcanzar el cuerpo. La corriente era muy rápida, y él demasiado lento. Silbó para que la montura lo siguiera, y continuó caminando deprisa valorando si lanzarse al río o esperar a los meandros de más adelante. Allí la corriente disminuía, y él podría tratar de alcanzar el cuerpo.

Harry no se equivocó.

En la siguiente curva del curso del río, el cuerpo quedó flotando en la parte derecha, aunque la sinuosidad era pronunciada, la pendiente era escasa. Sin dudarlo un momento, se introdujo en el agua helada, y trató de alcanzar el vestido blanco. Gracias al color de la tela, lo pudo ver desde su montura. Pero Harry no contó con el lodo que le impedía avanzar. En ese recodo, el barro era pronunciado, y tuvo que sujetarse a la rama de un arbusto para tratar de alcanzar el cuerpo. Con los dedos arañó la tela, y tuvo que hacer un esfuerzo más para atrapar el tejido. Afortunadamente, pudo hacerlo en el tercer intento. De forma brusca, trajo el cuerpo inerte hacia sí, rodeó la cintura con su brazo, y lo sujetó a su cadera. Tenía las botas metidas de lleno en el cieno, y no tenía nada a lo que sujetarse. Cuando pudo tener un punto de apoyo, lanzó el cuerpo hacia fuera, pero el velo seguía enredado con algo. Tiró con fuerza hacia él, y logró romperlo. Le costó bastante desenrollar el fino tejido del cuello de la mujer. Pensó que si el río no la había ahogado, lo habría hecho la tela de encaje.

Cuando Harry se arrodillo frente a ella, trató de reanimarla. Se esforzó al máximo para que expulsara el agua del interior, pero la mujer parecía muerta. Lo intentó varias veces, y cuando estuvo a punto de rendirse, la escuchó gemir y vomitar parte del agua que había tragado. Le giró con cuidado la cabeza hacia un lado para que no volviera a tragársela, pero la mujer no abrió los ojos ni recuperó la conciencia. No estaba muerta, pero había faltado muy poco.

Abrió los ojos, y vio el rostro de un hombre inclinado sobre ella. Le dolía el interior del pecho, y le escocía la garganta como si se la hubieran despellejado. Tosió con fuerza, y se le llenaron los ojos de lágrimas. El hombre, solícito, le acercó un vaso de agua, pero ella quería ese líquido lo más lejos posible de su cuerpo. Había tragado ingentes cantidades en el río.

Si estaba viva, era porque había fracasado en su misión. Y ser consciente de ello la sumergió en un estado de desolación completo. No pensó en el destino no pensó en el hombre que la miraba con interés y preocupación. No pensó en nada, salvo en lo inútil que se sentía en ese preciso momento.

Harry observó el rostro de la desconocida, y pudo ver la sucesión de sentimientos que transmitían: rabia, desconsuelo, furia, vergüenza...

—Ha sido muy afortunada de poder contarlo.

Era la voz de una mujer que había escapado a su atención porque sus ojos estaban clavados en el hombre que la analizaba.

—¿Se cayó al río? —le preguntó él—. Gracias a Dios pude alcanzarla.

Eulalia giró la cabeza, y al hacerlo sintió como si un latigazo le perforara el cráneo.

—La dejaremos descansar, después hablaremos.

El hombre comenzó a hablar con la mujer, y Eulalia se encontró mirando la estancia en la que se encontraba. Por la calidez de la alcoba, supuso que el fuego debía de estar encendido, giró el rostro hacia la lumbre, y percibió su calor en el rostro. Debía de estar en una casa notable porque sólo las casas más importantes solían tener chimeneas en las alcobas.

—Mi nombre es Harry Tyler, y esta mujer es Julia.

Rehusó mirarlo. Él se dijo que la mujer debía de seguir en shock, pero ignoraba que Eulalia se sentía muy alterada, y también cohibida. Había elegido esa zona en concreto del río porque estaba alejado de todo, ¿cómo podía esperar que alguien la rescatara? Recordó los segundos de lucha entre las aguas frías, y sintió una vergüenza abrumadora. No estaba ahogada, porque había luchado con todas sus fuerzas para no estarlo. Era una suicida de pacotilla. Pensó en María, en el innumerable, y las lágrimas acudieron a sus ojos sin que ella pudiera evitarlo.

—Está bien —lo escuchó decir—, y salvo algunas molestias que desaparecerán en breve, no le quedarán secuelas físicas.

Eulalia lo miró de pronto, y vio en el rostro del hombre algo que la sorprendió: genuina bondad.

—Descanse, hablaremos más tarde —repitió.

Eulalia entró en pánico. Ella no quería hablar, no quería revelar nada. Había intentado quitarse la vida con un resultado pésimo, y no quería rendir cuentas por su fracaso ni a los Velasco ni a los Penword, ni a ese completo desconocido tan atractivo como el demonio.

El hombre cerró la puerta, y la voz de la mujer que hablaba como una cotorra, fue disminuyendo en intensidad. Segundos después, el silencio la envolvió por completo, como el calor. Se reincorporó un poco para observar la alcoba mejor, y se dio cuenta de que era espaciosa, elegante, y sobre todo familiar. Hizo acopio de valor, y bajó los pies al suelo. Los puso sobre la alfombra mullida. Tenía mucho que pensar, decisiones que tomar, y no podría hacerlo acostada en un lecho demasiado blando. Caminó hacia el hogar encendido, y apoyó la mano en el reborde de mármol de la chimenea.

Se sentía un poco mareada, pero su voluntad era muy fuerte.

Eulalia se dijo que debían de estar buscándola, pero ella no quería que la encontraran. Se

tocó el vestido con la mano, y al sentir el tacto tan diferente, se percató que vestía un camisón de algodón suave. Eulalia volvió a entrar en pánico por segunda vez en minutos. ¿Dónde estaba su vestido? Era muy importante para ella. Sin pensar en nada más que en recuperarlo, se decidió a salir de la alcoba. Cuando salió al corredor se encontró con varias puertas cerradas. La casa era de dos plantas, y por eso no le fue fácil llegar hasta la cocina, pero era el único lugar donde se escuchaba ruido. La mujer que había estado momentos antes en su habitación, canturreaba una canción sin tino ni melodía.

—¡Devuélveme mi vestido! —le dijo con voz fuerte.

La mujer debió sobresaltarle al escucharla porque soltó la olla que cayó al suelo de la cocina creando un ruido ensordecedor.

—¡Me has asustado! —la tuteó enojada.

El rostro de Eulalia se veía alterado.

—¿Dónde está mi vestido? —le preguntó sin apartar la mirada del rostro enrojecido—. ¡Devuélvemelo! —reiteró alzando la voz en un grito.

—Está sucio, y demasiado roto como para que puedas utilizarlo de nuevo —respondió Julia sosteniéndole la mirada.

—Lo quiero, es mío —el tono de Eulalia era muy enojado.

La mujer le señaló un cesto al lado del fuego con restos de trapos viejos. Estaba claro que la mujer pensaba lanzarlo a la chimenea. Eulalia corrió hacia allí y lo rescató. Julia la miraba perpleja porque apretaba un trapo inservible entre las manos. Cuando Eulalia tocó el reborde de la falda, se percató de que no estaban sus joyas. Ella había cosido muy bien, y con puntadas muy pequeñas para reforzarlo, el doble de la falda.

—¡Eres una ladrona! —le gritó, y cuando se giró hacia la mujer para atacarla, una voz la detuvo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el hombre que la había rescatado.

—Está loca —afirmó la cocinera.

Eulalia entrecerró los ojos y le lanzó una mirada que apuñalaba. Harry sabía lo que la mujer buscaba. Cuando le quitó la ropa mojada para bañarla en agua caliente, lanzó el vestido al suelo, y entonces escuchó un leve tintineo, pero no le prestó atención porque le urgía que la mujer entrara en calor. Con la ayuda de Julia, la bañó, le colocó un camisón limpio, y entonces caminó hasta la prenda desgajada. La tomó entre sus manos y la examinó a conciencia. Cuando agitó el vuelo, escuchó otra vez el tintineo. Buscó en el dobladillo, y tocó los pequeños bultos que contenía. Le ordenó a la cocinera que preparara un caldo de pollo. La mujer obediente, terminó de recoger las prendas sucias del suelo, salvo el vestido que sostenía él. Harry le informó que se lo daría después para que lo quemara con el resto de prendas. Julia hizo un gesto afirmativo, y se marchó para preparar la sopa. Ahora, plantada en la cocina, y sosteniendo un vestido de novia roto y sucio, la mujer lo miraba desafiante.

—En el dobladillo del vestido guardaba algunas pertenencias muy valiosas —se justificó Eulalia—. Esta ladrona se las ha apropiado —la acusó.

—Julia no es ninguna ladrona —la defendió el hombre.

Eulalia lo dudaba seriamente.

—Son mías y las quiero —volvió a insistir.

Harry se hacía muchas preguntas sobre ella.

—¿Y cómo sabe que no se las quedó el río mientras la arrastraba corriente abajo?

Esa sola posibilidad le puso los vellos del cuerpo como escarpías. A Eulalia se le llenaron los ojos de lágrimas porque no podía perderlas de forma tan estúpida.

—Sígame —le ordenó él.

Eulalia dudó un momento, pero obedeció. No le importó caminar vestida sólo con un camisón, ni que la cocinera le echara una mirada despreciativa por su comportamiento, sólo le importaba recuperar lo que creía que había perdido.

Harry la digirió hacia su despacho. Eulalia lo siguió en silencio. Cuando cruzaron la puerta, él la animó a tomar asiento, pero ella se mantuvo en pie.

—Tras un shock como el que ha sufrido, pensé que necesitaría un tiempo para recuperarse —le dijo tomando asiento tras el enorme escritorio.

Estaba claro que el hombre se sorprendía de verla de pie.

—Soy una mujer fuerte por naturaleza —respondió sin un titubeo.

Eulalia no era consciente de la mirada especulativa de él que la observaba atentamente. Iba vestida con un camisón que según donde se colocara ella, parecía casi transparente. Llevaba el largo y rizado cabello negro suelto, y le llegaba hasta las caderas. Limpia, su tez parecía acariciada por el sol, pero estaba claro que su piel no la había tostado el sol de Gran Bretaña.

—No es inglesa —afirmó Harry.

Eulalia parpadeó.

—No hay que ser una eminencia para adivinarlo —contestó aguda.

Harry no quería ser brusco con la desconocida, aunque escuchándola, bien podría imaginar que era el propio novio quien la había arrojado al río.

—Me gustaría conocer el nombre de la persona a la que he salvado, para poder dar aviso a sus familiares. Deben de estar terriblemente preocupados.

La mujer lo miró de frente, y Harry supo que iba a mentirle. Lo veía en su mirada, en su gesto tenso. Estaba claro como el agua que la mujer que estaba plantada en el despacho de Bromley Hall anunciaba problemas.

—No tengo familia.

Ahí estaba la primera mentira, se dijo Harry.

—Como iba vestida de novia... —Harry no terminó la frase, no hacía falta porque en los ojos de la desconocida veía audacia.

—No hay ningún prometido —contestó sincera—. No hay nadie esperando mi regreso.

Ahí estaba la segunda mentira.

—¿Dónde debería regresar? ¿A qué lugar pertenece?

Eulalia se lamió el labio inferior. Ese hombre la había tratado con consideración, ¡le había salvado la vida!, salvo que ella no pensaba agradecersele porque había frustrado su venganza.

—No pertenezco a ningún lugar —respondió queda.

—¿Por qué saltó al río? ¿O se cayó de forma accidental?

Él, sin saberlo, le estaba ofreciendo una salida fácil, y Eulalia la aceptó con gusto.

—Me sentía tan desgraciada, que decidí terminar con todo. —Harry pudo apreciar la sinceridad en sus palabras—. Por eso salté.

—Vestida de novia —terció Harry.

Eulalia soltó un suspiro largo.

—Soy gitana —contestó esperando que él entendiera.

Harry se dijo que eso explicaba su tez tostada, su cabello negro, y la lengua suelta.

—Debería descansar.

Eulalia ni parpadeó.

—¿Tiene usted mis pertenencias?

Era directa, salvaje, hermosa, y muy seductora. Harry se escandalizó al ser consciente de

sus propios pensamientos. Pero esa mujer miraba de una forma tan apasionada, que logró estremecerlo.

—Están a buen recaudo.

—Quiero recuperarlas.

La sonrisa del hombre la descolocó por completo. Parecía como si el sol hubiera irrumpido de repente en la estancia.

—Se las devolveré cuando compruebe que no se las ha sustraído a ningún incauto —estaba claro que Eulalia no lo entendía—. Los gitanos no se caracterizan precisamente por su honradez.

Eulalia abrió la boca atónita, ¿la había llamado ladrona?

—Ahora, dígame su nombre, por favor.

CAPÍTULO 4

Durante varios minutos, Eulalia mantuvo la boca cerrada. Sopesaba las diferentes opciones que tenía. Para recuperar sus joyas, debía darle información sobre ella, pero si lo hacía, podrían encontrarla.

—Me vi en la obligación de escapar de un infortunio peor que la muerte —declaró de pronto.

El hombre la miró con un leve destello de sorpresa en los bonitos ojos azules. Eran intensos, y mostraban inteligencia.

—No hay nada peor que la muerte —respondió él.

Harry decidió levantarse para ponerse un brandy. Ella miró sus gestos en silencio. Por cortesía le ofreció un trago, y para sorpresa suya aceptó. Se encontró echando el líquido dorado en ambas copas, segundos después caminó hasta ella, y le tendió una. Al tomarla, los dedos de Eulalia rozaron los suyos, y Harry la vio inquietarse.

—Comencemos de nuevo —volvió a sentarse sobre la silla, mientras giraba el líquido en el interior de la copa.

Eulalia decidió tomarse su tiempo, y por eso se llevó la copa a los labios, y se bebió el contenido de un trago. Tuvo que carraspear porque le quemó la garganta.

—Las joyas son mías —insistió de nuevo—, y las quiero.

—Si son tuyas —la tuteó de pronto—. Regresarán a su dueña, pero antes tengo que cerciorarme de que nadie las echa en falta y denuncia su desaparición.

Bueno, así estaban las cosas, se dijo Eulalia. Si quería recuperarlas, tenía que hablar, y se dijo que le daría una parte poco importante de la información.

—Mi nombre es Eulalia —comenzó ella—, y nací en el reino de España.

Ahora Harry podía ubicar su acento. Hablaba un inglés correcto, pero con una pronunciación muy marcada.

—No tengo constancia de que haya una caravana de gitanos en los alrededores de Great Marlow.

En astucia, Eulalia le llevaba cierta ventaja, y decidió elaborar una historia creíble.

—Van camino de Escocia —mintió de pronto—. Y gracias a Dios yo he logrado huir.

Harry trataba de descubrir la veracidad de esa historia en las palabras de ella, pero le resultaba imposible.

—¿A quién pertenecen las joyas que encontré en el ruedo del vestido de novia?

Estaba claro que su salvador no se iba por las ramas.

—Todas y cada una de ellas me pertenecen.

—Algunas son muy valiosas —respondió él.

—Como yo —contestó ella.

—Por favor, siéntate —era una orden disfrazada de sugerencia.

Eulalia aceptó porque en realidad estaba agotada. Quería parecer fuerte, pero acababa de regresar de su lucha contra la muerte. Una vez que estuvo sentada, soltó un suspiro largo.

—Como ya le he mencionado, mi nombre es Eulalia, estoy de paso en Inglaterra, y no tengo familia alguna.

Mientras hablaba, la mujer mantenía la mirada baja, y por eso Harry no podía saber si le ofrecía la verdad.

—No hay prometido, ¿verdad?

La gitana decidió contar medias verdades.

—No, pero es cierto que estoy sola en el mundo, y que me sentía tan infeliz y desgraciada, que quitarme la vida era la mejor opción.

Esa frase sí había sonado sincera, y Harry la escudriñó más atento.

—¿Trabajabas en algún lugar? —inquirió.

—Leía la buenaventura —respondió sin pensar.

—¿Así te ganabas la vida?

Eulalia se dijo que tenía que continuar con medias mentiras.

—Es lo que hacen los gitanos.

Harry sabía que ella no le decía toda la verdad. Era gitana, pero su apariencia no lo parecía. Su forma de hablar mostraba que tenía educación, incluso se atrevería a afirmar que sabía leer y escribir. Lo trataba como a un igual, como si estuviera acostumbrada a tratar con gente importante. Eulalia era un enigma para él, y sentía la necesidad de descifrarlo.

—Voy a serte sincero —comenzó Harry—. Me preocupa que trates de lanzarte otra vez al río...

Eulalia giró el rostro.

—No serviría de nada —murmuró entre dientes.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Que ya no tengo intención de hacerlo.

Harry entrecerró los ojos.

—¿Cómo puedo saberlo?

La escuchó suspirar de nuevo.

—No puede, y por eso tendrá que confiar en mi palabra.

El hombre echó la espalda hacia atrás para mirarla mejor.

—¿Los gitanos tiene palabra? —preguntó con humor inesperado.

—Está claro que ha visto tantos gitanos como yo caballeros —le espetó enojada por su pregunta—. Caballeros ingleses —puntualizó.

Harry abrió la boca por la sorpresa. Nunca había conocido a una mujer con la lengua más rápida, y le gustó.

—Te ofrezco la hospitalidad de mi hogar hasta que encuentre a tu familia, o el lugar del que huyes.

Ese había sido un golpe inesperado porque mostraba que el hombre no la creía en absoluto.

—No puede retenerme aquí.

Claro que podía, y pensaba mostrárselo.

—Bueno, atengámonos a los hechos —comenzó Harry—. Rescaté a una mujer del lecho del río, ignoro si se cayó al agua por accidente o por premeditación. Incluso es posible que hayan tratado de asesinarla —Eulalia iba a interrumpirlo, pero la mano alzada de Harry se lo impidió—. En su poder tiene una pequeña fortuna en joyas, e ignoro si han sido sustraídas, o si le pertenecen en realidad.

—Son mías —reiteró cansada.

—Pero no tengo forma de comprobarlo porque la dama en cuestión sólo me da evasivas tomándome por tonto.

—No pienso que sea tonto —lo corrigió.

Entre los dos se sucedió un silencio largo, y, por primera vez desde que había despertado, la mujer desvió la mirada.

—Mantengo la invitación que te he ofrecido anteriormente —le dijo él con un brillo de lo

más extraño en los ojos—. Serás bienvenida en Bromley Hall hasta que te recuperes por completo.

A Eulalia sólo le cabía decir una palabra.

—Gracias.

Harry se quedó durante un tiempo observándola hasta el punto de que la puso nerviosa.

—¿Hablarías con un amigo de profesión?

—¿Amigo de profesión? —preguntó ella.

Harry hizo un gesto afirmativo.

—Médico, y está especializado en tratar a personas que tienen problemas mentales.

Fue escuchar esa palabra, y Eulalia saltó como un resorte.

—¿Me está tratando de loca? —le preguntó espantada—. ¡No pienso ver a ningún loquero!
—exclamó decidida—. Sólo hablaré con usted si es necesario.

A Harry le llamó la atención el enfado de Eulalia a su sugerencia, pero no insistió de momento.

—Pues entonces confío que en nuestra próxima conversación fluya mucho más la verdad. Y ahora, buenas noches Eulalia, que descanses.

No le quedó más remedio que levantarse y corresponder. Le dio las buenas noches en un tono tan bajo que él no lo escuchó. La vio caminar hasta la puerta, y salir hacia el vestíbulo en silencio.

Cuando se quedó a solas, Harry soltó un suspiro largo. La mujer a la que había salvado la vida era de difícil trato, y de carácter fuerte. Pero debía mantenerla en Bromley Hall hasta que descubriera quién era realmente, y para lograrlo tenía algo que ella quería, y que él no pensaba darle: las joyas. Manteniéndolas a buen recaudo se aseguraba de que ella no intentara nada.

«Confío que descubras algo, William», se dijo pensativo.

Cuando llegó a la casa con Eulalia en los brazos e inconsciente, William había tratado de ayudarlo, pero él lo urgió a que se marchara a Londres para indagar sobre ella. Había variado todos los planes del secretario porque el hombre tenía previsto viajar por la mañana, pero él tenía una corazonada. En Londres encontraría respuestas, porque sólo de allí podía proceder una mujer como Eulalia.

Había pensado dar aviso a Scotland Yard, pero lo valoró mejor. Si la mujer había tratado en verdad de quitarse la vida, lo que necesitaba era tratamiento psiquiátrico y no interrogatorios policiales. Por ese motivo se dejó guiar por su buen juicio y por su experiencia en tratar enfermos para tomar la decisión de lograr que ella se sintiera segura en Bromley Hall. Si se sentía segura, confiaría en él, y terminaría contándole la verdad.

CAPÍTULO 5

Cuando Eulalia despertó, las manecillas del reloj de la pared marcaban las doce y cuarto. Sobre los pies de la cama habían dejado un vestido verde muy bonito, también ropa interior, y unas zapatillas de raso a juego. Eulalia era una mujer práctica, acostumbrada a solventar dificultades, y por eso se había metido en el lecho la noche anterior, y no se permitió el lujo de pensar en nada. Sobre todo en el desastre de su intento fallido.

Como gitana que era y además supersticiosa, no podía volver a intentarlo. La maldición no se había completado, y Eulalia valoró regresar a Redtower para hacerle la vida imposible a María, pero, no. Ella no iba a regresar nunca. Como era consciente de que la estarían buscando, pensó que quedarse unos días en Bromley Hall le beneficiaba. Tras un tiempo, y cuando hubiera logrado la confianza de su salvador, vendería una de las joyas para comprar un pasaje con destino al reino de España. Tenía pensado ir a Lora del Rio y sacarle las tripas al traidor de su primo. Pensar en su primo la llevó a pensar en el hijo que había alumbrado, y, al hacerlo, comenzó a maldecir y perjurar llena de ira.

Era un dolor abrasador que comenzaba en su vientre, subía por su estómago, y se le adhería al cielo de la boca para convertir en cianuro la saliva que tragaba. Saberlo vivo, no le restaba dolor a sus entrañas que las sentía retorcerse con nudos prietos.

Tenía que dejar de pensar en él, dejar a un lado toda esa desgracia en la que habían convertido su vida.

—¿Estás despierta? —era Julia que tocaba de forma suave la madera de la puerta.

—Sí —respondió firme—. Me visto y salgo.

Como si Julia no la creyera, accionó la manivela, empujó la puerta, y entró al dormitorio.

—Te traigo una taza de caldo. Son órdenes del doctor.

Fue escucharla, y Eulalia se quedó parada.

—¿La persona que me ha salvado es médico? —preguntó interesada aunque ya lo suponía.

Julia dejó sobre la mesita una taza con caldo que humeaba.

—El doctor Tyler, sí.

Eulalia seguía pensativa, y por eso se desnudó delante de Julia sin mostrar pudor o vergüenza. La cocinera observó el cuerpo de la gitana, y casi soltó una exclamación. Era la mujer más espectacular que había visto nunca. Tenía unos pechos turgentes de aureolas oscuras, el vientre liso, y los muslos prietos. Ella, siendo más joven, no era tan esbelta ni se veía tan lozana.

La ayudó a abotonarse el vestido una vez que se hubo colocado la enagua y el corsé.

—¿A quién pertenece esta ropa? —preguntó Eulalia.

—A la sobrina del doctor.

El vestido le quedaba un poco largo, y le apretaba en el torso. Imaginó que la sobrina era más delgada.

—Pensé que serían de su esposa —Eulalia cayó en la cuenta de que si hubiera una esposa en la casa, habría sido atendida por ella.

—¡Oh! El doctor nunca se ha casado.

Eulalia dejó de trenzarse el cabello para mirar a la cocinera con atención.

—¿Está enfermo? —preguntó. Julia hizo un gesto negativo—. ¿Está impedido? —siguió inquiriendo.

—Se mudó de Londres a Great Marlow para atender a su sobrina cuando su única hermana murió.

—¡Vaya! Lo lamento —dijo unos segundos después.

Eulalia retomó la tarea de trenzarse el cabello y enroscarlo a su nuca. Echaba en falta la redecilla que utilizaba, pero la había perdido en el río.

—Necesito unas horquillas —le dijo a la mujer.

Julia se sacó algunas del bolsillo de su delantal. Eulalia sonrió. Estaba claro que la cocinera solía perder las horquillas, y por eso llevaba consigo unas cuantas.

—¿Está el doctor en la casa? —se atrevió a preguntar.

Julia estaba encantada de poder conversar con ella a pesar de lo impertinente que se mostró en el día anterior. Como no era una mujer rencorosa, no se lo tuvo en cuenta.

—El doctor se encuentra atendiendo sus visitas diarias a los enfermos de Great Marlow — Eulalia se lo tenía que haber imaginado—. ¿No vas a tomarte el caldo? —le preguntó cuando la vio caminar hacia la puerta.

Eulalia regresó sobre sus pasos, tomó la taza de la mesita, y se la llevó a la boca. Como se había enfriado, se la bebió de un trago, un segundo después tosió asqueada.

—Esto no es caldo de pollo —afirmó sin dejar de mirar a la cocinera.

—Claro que sí —se reafirmó la otra.

—Sabe a nabo —respondió Eulalia.

—Es que lleva nabo, chago, chirivía, rábano, y remolacha.

—¿Y el pollo? —preguntó sarcástica.

—También.

—Pues ha debido escaparse de la olla porque no ha dejado rastro alguno en el caldo — contestó con un toque de humor que la otra no entendió.

Julia apretó los labios ofendida.

—Mi caldo es un buen reconstituyente —le informó por si acaso la otra lo desconocía.

Viendo el gesto de la cocinera, supo que la había molestado. A la Eulalia del pasado le habría importado muy poco, pero esta nueva Eulalia debía mostrarse diferente.

—Muchas gracias por el caldo.

A la otra se le iluminaron los ojos.

—¿A qué está bueno? —necesitaba escuchárselo decir.

—Vayamos poco a poco —comenzó a decir mientras se dirigía hacia la puerta llevando la taza vacía en la mano.

—¿Vas a trabajar en la casa conmigo? —le preguntó mientras la seguía.

—El doctor me ha dicho que soy una invitada —había respondido sin volverse—. Aunque ignoro lo que significa eso para él.

—Nunca ha habido una invitada en Bromley Hall.

Eulalia detuvo sus pasos. Se giró hacia la cocinera, y la miró con atención.

—¿Cómo es eso?

La mujer hizo un encogimiento de hombros, y la adelantó.

—El doctor vive por y para sus enfermos, y para su sobrina Emily.

—Emily, ¿vive aquí?

Eulalia la vio negar con la cabeza.

—Vive con su otro tío que pertenece a la nobleza pues es conde de Hambleden.

A medida que escuchaba a la cocinera, el interés por el doctor Tyler comenzó a brotar del interior de su pecho.

—¿El doctor pertenece también a la nobleza? —quiso saber.

Por el tono de voz de Eulalia, la cocinera creyó entender que le desagradaban los títulos

nobiliarios, y se preguntó el motivo.

—No —respondió tras unos segundos—. El doctor pertenece a una de las familias más respetadas y queridas de Great Marlow, pero no son de la aristocracia.

Julia debió de escuchar el suspiro de alivio que soltó Eulalia porque se giró para mirarla. La mujer no podía saber el sosiego que sentía Eulalia al conocer esa información. Si el doctor no pertenecía a la nobleza, no se movería en los círculos del duque de Arun ni del marqués de Whitam.

—¿Qué te parece si sales al jardín y cortas unas flores para adornar la mesa del almuerzo? —le sugirió Julia.

A Eulalia le apetecía pasear por el exterior, así que aceptó. Salió por la puerta de la cocina al pequeño jardín posterior, y soltó una exclamación de deleite. Caminó unos pasos para tener una mejor visión de la casa, y cuando alzó la mirada, su boca se abrió por la sorpresa. Bromley Hall era el sueño de cualquier mujer tan romántica como ella. Eulalia no tenía modo de saberlo, pero la casa estaba rodeada por sus propios terrenos privados llenos de bosques. Agudizó el oído, y pudo escuchar el sonido del río. Por ese motivo la había encontrado el doctor, porque su propiedad estaba muy cerca.

Decidió recorrer el entorno. Le molestaba la garganta, y se fatigaba, pero eso era debido al agua que había tragado, y se prometió no acercarse más a esas aguas peligrosas.

Pasear le supuso un sobreesfuerzo, pero sentía la necesidad de estar en el exterior, conocer la propiedad, y pensar en la forma de solventar las dificultades como reunir dinero, reponer fuerzas, y mantenerse alejada de Redtower tanto como se lo permitieran las circunstancias actuales. Pensó en Aurora, y sintió un nudo en la garganta. Su niña no tenía culpa de nada, pero ella no podía estar cerca de la duquesa mientras María siguiera viva. No podía perdonarla. Sus actos le parecían horribles y ausentes de toda piedad. Ella tenía el único derecho del mundo sobre el fruto de su vientre, pero se lo habían negado. Era muy doloroso conocer las acciones de terceros, pero mucho más saber que *él* lo sabía, lo sabía, y nunca había hecho nada para encontrarse con ella.

Fiel a su naturaleza, Eulalia lo maldijo de nuevo, e inmersa en toda la frustración y pena que contenía, comenzó a lanzar improperios. Sentía el corazón al rojo vivo, y sus sentimientos mutilados.

«¡Desgraciada! ¿qué haces pensando otra vez en lo mismo?», se dijo así misma con cólera resabiada. Tenía que alejar los pensamientos negativos. Esforzarse en recuperarse, convencer al doctor, y recuperar sus posesiones tan valiosas. Pensó en ellas, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Guardaba los pendientes de doble perla que el conde Ayllón le había regalado por su último cumpleaños. También, el hermoso alfiler de diamantes que le había obsequiado Devlin cuando regresaron a Inglaterra. Estaba agradecido por todo lo que Eulalia había hecho para ayudar a Justin y Aurora, y ella aceptó el regalo tras haberlo rechazado inicialmente. Guardaba como oro en paño, el broche para el cabello que le había regalado Aurora, y el anillo de esmeraldas que le obsequio María tantos años atrás. En el dobladillo del vuelo de su vestido de novia, también había guardado unos pendientes de rubíes que le había regalado la dulce Mary, y una pulsera de zafiros del propio Justin, pero sobre todo había guardado con esmero el hermoso y querido anillo de compromiso del amor de su vida.

El doctor no podía quedarse con sus pertenencias, pero no sabía cómo recuperarlas. Eulalia soltó un sollozo. En ese vestido había guardado momentos únicos e inolvidables de las personas que amaba. Las joyas representaban todo lo que había construido en torno a ellas, y lamentó no tenerlas bajo su cuidado. No era sólo el valor físico que representaban, sino el valor emocional,

pero practica como era, pensó que el doctor se las devolvería. Cuando pasara un tiempo, y confiara en ella, Eulalia las recuperaría, o le sacaría los ojos y desparramaría sus tripas.

—¡Por la virgen de los gitanos que lo haré! —exclamó a viva voz.

—¿Qué harás? —la voz inesperada la sobresaltó de tal forma que Eulalia dio un brinco.

La mujer se giró, y vio que el objeto de su pensamiento se había materializado y caminaba directamente hacia ella.

—Julia me dijo que estarías en el jardín, y al no verte, imaginé que estarías dando un paseo.

Bajo la luz del sol, el hombre que se había plantado ante ella era muy atractivo. Eulalia lo analizó con los ojos entrecerrados: piel blanca, cabello castaño que ya encanecía en las patillas. Ojos de un azul intenso, y con arrugas que mostraban el paso de los años. Tenía el estómago plano, señal de que hacía ejercicio o que tenía buena constitución.

—El almuerzo está listo desde hace rato —le dijo él, pero Eulalia seguía en silencio observándolo—. Normalmente es algo ligero y lo tomamos sobre las doce, pero hoy se me ha hecho un poco tarde.

—Estoy acostumbrada a los horarios ingleses —respondió cuando hubo acabado su escrutinio, y comenzó de nuevo a caminar en dirección a la casa.

Harry había sentido su análisis anterior como si fuera un insecto clavado en un alfiler. Esa mujer miraba de forma tan intensa que traspasaba el alma, pero eso era propio en los gitanos, ¿o no?, se preguntó.

—Me alegra comprobar que te encuentras mejor.

Eulalia hizo un gesto con los hombros de indiferencia.

—Sólo siento la garganta un poco irritada, pero eso es normal pues casi me bebo el contenido del río.

Giró la cabeza tercio para mirarlo, y vio su sonrisa. Era la sonrisa más atractiva que había visto en un hombre, después de la de Alonso Miguel, por supuesto. Para Harry quedó claro que la mujer poseía un fino sentido del humor. Ya en silencio, los dos alcanzaron la casa, y él le abrió la verja del jardín posterior de forma galante. Una vez en el interior de la vivienda, la guio hacia el comedor familiar donde estaban dispuestos los dos cubiertos enfrentados. La ayudó a tomar asiento, y, viendo los gestos delicados de ella al colocarse la servilleta y separar una pulgada la copa de vino, supo que la mujer estaba acostumbrada a tratar con personas de clase.

—Julia ha querido preparar algo más especial para el almuerzo —le explicó él—, y me temo que no será ligero.

Como si la mención del nombre de la cocinera hubiera sido el pistoletazo de salida, la mujer hizo su entrada en el comedor llevando una bandeja con los alimentos: un plato de canapés, otro de sándwich variados, y algunas pastas saladas. Harry descorchó la botella de vino, y le sirvió una copa. Eulalia no tenía costumbre de beber vino, pero no la rechazó porque le pareció apropiado. Julia fue explicando los variados alimentos, y, con una sonrisa cómplice, los dejó a solas para que se sirvieran. Eulalia se decidió a tomar un medio sándwich que imaginó de pollo: el resto de pollo que no estaba en el caldo que se había tomado.

—Julia se esfuerza mucho —dijo de pronto Harry, pero sin mirarla.

Eulalia masticaba el primer bocado que no le sabía a nada. ¿Cómo podía un sándwich de pollo frío no saber a nada? Cuando consiguió tragarlo, decidió probar con las pastas saladas, pero casi pierde un diente al morderlas de lo dura que estaban. El doctor comía los alimentos de forma natural.

—Está bueno —la alentó a que siguiera comiendo porque la vio parada.

Eulalia echó la espalda hacia atrás sorprendida. O el doctor era una alma bondadosa, o había

perdido el sentido del gusto.

—¿Lleva Julia mucho tiempo trabajando como cocinera en Bromley Hall?

La pregunta no le pareció capciosa a Harry.

—Perdió a sus padres muy joven, y sentí la necesidad de ayudarla.

En esas pocas palabras, Eulalia había comprendido la naturaleza altruista del doctor. Lo veía relajado sentado a la mesa, como si en el exterior no se sucedieran los problemas. Eulalia lo observaba admirada porque transmitía serenidad. Como si fuera lo más natural del mundo compartir la mesa y los alimentos no sólo con una completa desconocida, sino también suicida.

—¿Suele trabajar por las tardes? —le preguntó interesada por conocer su respuesta.

—La enfermedad no distingue entre tiempo ni horarios.

Y de repente, Harry comenzó a explicarle lo que más le apasionaba: el arte de ayudar a las personas mediante la curación. Eulalia lo escuchó interesada, absorta, y relajada. Le gustaba la compañía de él porque la hacía sentirse bien. Y escuchándolo pasó las horas más tranquilas de su vida. Ella se mantuvo callada y con la mirada puesta en el rostro masculino. Su forma de gesticular, de hablar, y de hablarle, le decía todo sobre él.

Eulalia disfrutó a su lado como hacía tiempo que no lo hacía.

CAPÍTULO 6

Nuevamente llegó la mañana de un segundo día, y el ánimo de Eulalia había llegado para quedarse. Durante las explicaciones que le había dado Harry sobre su trabajo, Eulalia supo que madrugaba mucho para visitar a sus pacientes, después llegaba a la casa para tomar un bocado y darse un respiro, por la tarde, volvía de nuevo a visitar al resto de pacientes que no había podido ver por la mañana. El pueblo era muy pequeño, pero él atendía a enfermos de muchas aldeas y viviendas rurales.

Harry apenas estaba en la casa, por eso no necesitaba casi servicio. ¿Cómo podía una casa mantenerse sólo con la cocinera? Eulalia había decidido echar una mano a Julia.

El doctor había ordenado que trasladaran varios vestidos de su sobrina para que Eulalia los aprovechara, pero ella no quería vestir las prendas de otra mujer. En el almuerzo se lo comentaría porque ella podía comprarse su propia ropa. Sólo tenía que convencerlo para que le devolviera sus joyas.

Cuando llegó a la cocina, Julia entonaba una canción tan falta de gracia como la del día anterior. Tenía una voz engolada, pero su denuedo era admirable.

—Buenos días, Julia.

Eulalia cayó en la cuenta de que la cocinera debía de vivir cerca de Bromley Hall porque se marchaba muy tarde y regresaba muy pronto.

—Buenos días, Eulalia, ¿te encuentras mejor hoy? —la mencionada hizo un gesto afirmativo—. Ahora mismo pongo el té.

—Ya lo preparó yo —se ofreció gustosa.

La mujer troceaba un costillar con tan poco tino, que Eulalia sintió deseos de persignarse. Menos mal que el animal estaba muerto.

—¿Qué piensas cocinar hoy? —le preguntó mientras colocaba dos tazas sobre la mesa.

Una astilla cayó en el interior de una.

—Costillar estofado —anunció triunfante.

—¿Y cómo lo preparas? —Eulalia tomó asiento mientras esperaba que se calentara el agua.

—Pues a la forma de Great Marlow —respondió mientras seguía torturando la carne.

—¿Y qué forma es esa? —insistió.

Julia se quedó parada un momento, después sonrió, y siguió machacando los huesos del animal.

—Con queso, cebolla, col, y pimienta.

Eulalia sintió la necesidad de llevarse las manos a la cabeza, pero se contuvo. Como no quería sentirse una inútil en Bromley Hall, decidió aportar su granito de arena.

—¿Qué te parece si tú preparas el almuerzo, y yo preparo la cena?

El hacha quedó suspendida. Los ojos de Julia la miraron sorprendidos.

—Eres la invitada del doctor, no estaría bien que hicieras labores de criada.

Julia no lo había dicho con segundas intenciones, simplemente había constatado un hecho.

—Has sido muy gentil conmigo, y me gustaría ayudarte.

La cocinera siguió cortando las costillas como si partiera troncos de leña.

—No me importaría, pero temo que no le gustaría al doctor.

Eulalia se dijo que eso era más que discutible. Si el almuerzo de honor había sido terrible, la cena había sido un desastre. Ella se preguntaba cómo podía el doctor comerse esos alimentos cocinados tan faltos de gracia y con tan poco gusto.

—¿Limpias además Bromley Hall? —Eulalia echó el agua hirviendo en la tetera, y la llevó a la mesa.

—De eso se encarga una mujer que viene los sábados —le explicó la otra.

Eulalia pensó que la casa era demasiado grande para que la limpiara una sola mujer.

—¿Dónde compras la carne? —Eulalia se había dado cuenta que en el patio y en el jardín no había gallinas, ni otros animales. Le parecía impensable en una casa decente.

Bromley Hall debería abastecerse solo. Tampoco había plantados en el huerto hierbas aromáticas, ni vegetales. Pensó en el huerto de Redtower, y sintió una punzada.

—El carnicero trae la carne dos veces por semana —respondió Julia.

—¿Y el pescado? —inquirió.

La otra la miró con el horror pintado en el rostro.

—Eso es veneno...

Eulalia se preguntó por qué motivo había mostrado ese asco al mencionarle el pescado.

—De verdad que me gustaría ayudarte preparando hoy la cena —volvió a ofrecerse.

La vio dudar porque no estaba segura de ofrecerle una negativa. Al fin y al cabo era la invitada del señor de la casa.

—Pero no me hago responsable de las quejas del doctor sobre lo que cocines.

Eulalia le ofreció una sonrisa que transformó sus rasgos.

—¿Qué te parece si vamos al pueblo y compramos algo especial para esta noche? —Julia dejó el hacha al lado del costillar destrozado—. Imagino que el doctor tendrá crédito en la tienda.

La vida de Julia era muy simple: cocinar, limpiar, y asistir a la iglesia. Por eso la sugerencia ofrecida por Eulalia la tentaba de verdad.

—¿Y qué has pensado cocinar para la cena? —preguntó de pronto.

Eulalia se quedó pensativa.

—Quizás un poco de cordero.

Julia se llevó la mano a la barbilla, y se la manchó de sangre. El instinto maternal de Eulalia afloró. Había ayudado a la duquesa de Arun a criar a sus siete hijos, y la costumbre de cuidarlos estaba demasiado arraigada en ella, por eso mojó un paño de cocina en agua fresca, y le limpió a Julia la barbilla como si lo hiciera con una niña pequeña. La otra se dejó hacer porque estaba demasiado sorprendida para protestar.

—Pareces tan joven...

La mirada de Eulalia se dulcificó. La muchacha no era guapa, cantaba horrible, y era una pésima cocinera. Pero tenía un brillo en los ojos de sinceridad que atraía. Además, le había demostrado que no era rencorosa.

—Tenías la barbilla manchada —se justificó.

Pero Julia seguía parada. Había crecido sola, y sin más ayuda que las matronas de la iglesia, aunque no eran proclives a los gestos de cariño, y le había gustado el de esa forastera.

—He pensado que después del almuerzo podríamos ir hasta Great Marlow y hacer algunas compras —aceptó al fin.

Eulalia volvió a sonreírle.

—Voy a ver si encuentro entre la maleza algunas hierbas aromáticas.

Julia no dijo nada más. Se quedó observando la partida de la invitada tan fascinada como incrédula.

A las doce menos cuarto llegó el doctor a Bromley Hall más serio de lo acostumbrado, bueno, Eulalia no lo conocía tan bien para saber si ese era su estado habitual, pero algo le decía que no. Almorzaron en silencio unas costillas que daban verdadera pena, y el acompañamiento no

las mejoró. Eulalia tenía buena mano en la cocina, y pensaba tomar cartas en el asunto, sobre todo porque ella no estaba acostumbrada a esa forma tan peculiar de echar a perder los alimentos. Si algo sabía hacer muy bien, era manejar los acontecimientos para que el resto creyera que lo que ella proponía era iniciativa de ellos. Como había decidido estar un tiempo en Bromley Hall, había pensado ocuparse de la cocina. Eulalia estaba acostumbrada a la actividad diaria como visitar el mercado, regatear con los tenderos, y elaborar deliciosas comidas que deleitaban tanto a los Penword como a los Velasco.

Pensar en ellos provocó que su rostro se ensombreciera, pero como el doctor seguía pensando en sus asuntos, no se percató.

El paseo hasta Great Marlow le gustó especialmente porque era muy tranquilo: como el camino discurría paralelo al río, ella caminó por la orilla opuesta. A Julia le sorprendió su actitud, pero ella tenía la pesadilla de sus aguas muy presente. Ya en el pequeño pueblo, Eulalia se fijó en los diferentes establecimientos. Como no era tan grande como Portsmouth o Southampton, apenas había tiendas, pero se fijó en la botica, en el almacén de telas, y aunque buscó una joyería, no la encontró.

—¿Cuál es el pueblo más grande y más cercano a Great Marlow? —le preguntó a Julia un segundo antes de entrar en la carnicería.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque no veo ningún establecimiento de modista.

Julia miró el vestido azul que llevaba Eulalia, y entendió su crítica.

—Para encontrar una modista hay que ir hasta Micklefield. El pueblo está a unas quince millas de distancia.

Eulalia tenía tiempo, y también ganas.

—Si te ayudo con la preparación de la comida, tendrás más tiempo para acompañarme.

A Julia le gustó que la incluyera en sus planes. Great Marlow era un pueblo muy pequeño, y no tenía mujeres jóvenes para interactuar y hacer amistades. Por ese motivo ella no tenía ninguna amiga con la que pasear o ir de compras.

—Creo que lo pasaríamos bien.

—Podríamos alquilar un carruaje —sugirió Eulalia.

La cocinera hizo un mohín con la boca sopesando la sugerencia.

—Podemos ir andando —terció dos minutos después.

Eulalia también lo había pensado, pero si lograban hacer varias compras, no le apetecía regresar cargada las quince millas.

—¿Hay joyería en Micklefield? —preguntó como de pasada.

—Aquí en Great Marlow tenemos un joyero muy bueno, el señor Clinton.

Eulalia sonrió. Cuando se hubiera ganado la confianza del doctor y recuperado sus pertenencias, vendería una joya y compraría un pasaje.

Durante la siguiente hora, Eulalia se peleó no sólo con el tendero, también con Julia porque se empeñó en comprar vísceras de vaca para preparar haggis, ella había probado esa receta una vez en Crimson Hill cuando visitó la casa el laird McGregor. El duque de Arun había ordenado esa comida especial en honor a su sobrino, y dudaba mucho que Julia pudiera prepararla porque la elaboración era muy complicada. Luego la convenció para pasar por la botica para comprar unas plantas porque sabía que sólo las podría encontrar allí. Cuando Julia le preguntó para qué las quería, Eulalia le confió que le gustaba preparar tisanas con ellas para tratar algunas dolencias. Cuando la mujer le preguntó si hacía cocciones de bruja, Eulalia sonrió con humor.

El regreso a Bromley Hall resultó tan divertido en compañía de Julia, como inesperado para ella, pues disfrutó charlando con la joven sobre los temas más insólitos.

CAPÍTULO 7

Nada más entrar a la casa, el olor del asado le penetró por las fosas nasales y le provocó un rugido en el estómago. ¡Olía delicioso! Harry dejó el sombrero, la capa, y los guantes junto a su maletín en el vestíbulo. Caminó directamente hacia la cocina porque el intenso y penetrante aroma provenía de allí.

—¡Huele delicioso! —Harry se sorprendió de ver a Eulalia atareada preparando las bandejas.

—Julia y yo hemos hecho un buen trabajo —dijo la mujer.

Como Julia se había quedado sorprendidamente callada, Harry dudaba seriamente de que fuera ella la creadora del asado que olía excepcionalmente bien. Casi salivaba pensando en dar el primer bocado.

—Imagino que no me da tiempo de darme un baño —se quejó porque tenía tanta hambre que el baño bien podía esperar—. No me perdonaría que se enfriara la cena —Eulalia lo miró con una sonrisa, y a él se le derritieron los huesos.

—Todavía queda un poco de elaboración —le dijo la gitana—. Si es rápido, la cena no se enfriará.

Harry corrió como nunca en su vida para no retrasarse. No se dio un baño completo, sino que se aseó con una toalla. Se cambió de ropa, y bajó tan rápido al comedor que casi llega más pronto que la comida. Se notaba que Julia estaba entusiasmada. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía disfrutar preparando alimentos? En realidad, más bien ayudando, se dijo Harry, porque la cocinera de Bromley Hall era una persona sencilla, generosa, dispuesta, pero una pésima cocinera.

Tardó en sentarse a la mesa menos de un segundo. Eulalia ya había colocado las bandejas en el centro. Como estaban tapadas, no pudo saber cuál de ellas era la que olía tan bien.

—Le he pedido a Julia que cene con nosotros. Ha trabajado mucho en la preparación —las palabras de Eulalia lo pillaron por sorpresa, pero no puso objeciones.

Julia soltó una risita, y tomó asiento al lado de la forastera. Cuando Eulalia destapó las diferentes bandejas, Harry se relamió.

—Tengo bastante hambre.

Eulalia le sirvió el mejor trozo de cordero junto con patatas que se habían asado en el mismo jugo. Julia puso en otro plato diferentes verduras que también se habían asado. Cuando el doctor trinchó el primer bocado y se lo llevó a la boca, cerró los ojos extasiado. Nunca había probado un asado tan succulento. La carne se le deshacía en el interior de la boca, y cuando troceó una patata, el sabor a hierbas aromáticas, le encantó.

—¡Delicioso! —exclamó el doctor.

—¡Por san Jorge, qué bueno está! —exclamó también la cocinera oficial de Bromley Hall.

—Es un asado muy típico del lugar donde procedo —les explicó Eulalia.

—Siempre he pensado que las hierbas aromáticas servían para infusiones cuando se está enfermo —comentó Julia como de pasada.

Aquí estaba ese aroma y sabor tan particular, se dijo Harry.

—Pensaba que habría en el huerto —respondió Eulalia—, pero me equivoqué, así que tuve que recurrir a la botica de Great Marlow para conseguirlas.

—Me parece que estas hierbas aromáticas no son autóctonas de Inglaterra, ¿verdad? —preguntó el doctor que estaba dando buena cuenta de la comida de su plato.

—Pues en... —Eulalia calló a tiempo. Había estado a punto de delatarse mencionando las excelentes hierbas aromáticas que ella había logrado cultivar en Redtower—. El sur del reino de España crecen en la sierra.

—¿Sierra? —preguntó Julia que también disfrutaba con su trozo de cordero.

—Montañas poco elevadas —respondió el doctor por Eulalia—. Las verduras están muy buenas.

Harry se estaba sirviendo una buena porción de zanahorias, chirivías, y cebollas pequeñas.

—Siempre he mantenido, que cuando la carne se asa en el horno, sabe mucho mejor —aseveró

—Puedo percibir el sabor del ajo —apuntó Harry.

—¡Ahhh! Creo que Eulalia ha terminado con todo los ajos de Gran Bretaña —apuntó Julia, pero no como una crítica.

—En mi vida he probado algo tan rico —en la voz del doctor había sinceridad.

Eulalia se ruborizó, algo poco usual en ella que solía recibir los cumplidos con una sonrisa sapiente.

—Es lo que suele suceder cuando se le pone a lo que se está haciendo mucho amor —contestó finalmente.

—¡Yo cocino también con amor! —exclamó Julia un poco ofendida por esa observación.

Eulalia le sonrió para que no se enfadara.

—Nadie te ha orientado sobre cómo combinar las plantas aromáticas, qué verduras combinan mejor con una carne u otra —sus palabras eran suaves.

Julia se quedó pensativa porque a ella nadie le había enseñado. Había ido aprendiendo sobre la marcha, pero ver cómo Eulalia trataba la carne, casi con reverencia, supo que tenía mucho que aprender.

—¿Puedo contratarte para siempre? —bromeó el doctor.

Julia hizo un mohín con la boca, pero le duró un segundo. Ella comería cada alimento así de bien preparado todos los días. Viendo trabajar a Eulalia, entendió que ella no había nacido para cocinar. Lo hacía porque el doctor le había ofrecido el trabajo, pero ella no tenía madera de cocinera.

—No es trabajo lo que busco —respondió Eulalia muy seria.

—Yo podría ocuparme de la casa y Eulalia de cocinar —apuntó Julia sin percatarse de la mirada del doctor que estaba clavada en el rostro moreno.

Ambos se decían un montón de cosas sin pronunciar palabra.

—Me ocuparé de cocinar el tiempo que esté en Bromley Hall —aceptó Eulalia pensativa.

Fue escucharla, y Harry sintió una sacudida. Julia, ajena a todo, se levantó para llevarse los platos usados y traer el postre. Durante el tiempo que estuvo ausente, el doctor quiso saber lo que habían hecho en el pueblo. A Eulalia le costaba concentrarse porque la mirada azul le provocaba nerviosismo... rectificó, no era nerviosismo sino inquietud. Y sin explayarse mucho le contó las anécdotas surgidas con el carnicero, pero sobre todo con el dueño de la botica.

El resto de la velada pasó como en un suspiro.

Ya en su estancia privada, la que el doctor le había asignado, Eulalia repasó su vida, e hizo hincapié en todos los desaciertos cometidos. Como era una mujer de fuerte carácter, no llevaba muy bien analizar los errores que había cometido en el pasado: unas veces por impulsiva, y otras por resentida. En ese momento sentía un resquemor hacia María que le nacía desde las mismas entrañas. Ignoraba si habría muerto ya, o si seguía con vida. Pensó en Aurora, y soltó un suspiro. Su niña tenía su vida encauzada con un hombre que la adoraba, que bebía los vientos por ella.

Pensó en los hijos de ambos, en esos atractivos, adorables, y también provocadores muchachos a los que había ayudado a criar. Pensó en Rodrigo, y se sintió calmada porque sabía que Elina lo iba a hacer muy feliz. Era la persona perfecta para él, y el conde se merecía pasar el resto de sus días de forma apacible, y con una mujer que lo amara con toda su alma. Entonces pensó en María, la justa y soberbia condesa viuda que había puesto a la familia en peligro por sus andanzas con los carlistas. Sus acciones le habían costado muy caro. Se había librado de la horca porque su hijo era un hombre íntegro y muy respetado desde uno a otro confín del reino.

Cuando su mente comenzó a pensar en el hijo que había concebido, varió el curso de sus pensamientos, y se obligó a centrarse en el doctor Tyler. Tenía muchas preguntas sobre él, algunas ya se las había contestado Julia, pero ella ya tenía ganas de conocer a la insoportable sobrina. La cocinera no se había andado con remilgos, y le había desgranado una vida de tiras y aflojas, también, de la enorme rivalidad que existía con el otro tío de ella, que además era noble.

A Eulalia le costaba entender que un hombre de la apariencia y educación del doctor hubiera escogido la soledad. Dedicar toda su vida a su sobrina le parecía una decisión loable, pero con un resultado pésimo, sobre todo si la tal Emily sentía predilección por el tío paterno, y lo demostraba con las decisiones que tomaba. Por alguna extraña razón, a Eulalia le caía mal la sobrina, y eso que todavía no la conocía en persona, aunque dudaba de que se diera las circunstancias para que las dos coincidieran, porque según Julia, Emily había decidido no poner un pie más en Bromley Hall, y ella tenía pensado recuperar sus joyas y marcharse.

Nuevamente pensó en el doctor, y su corazón se aceleró. Le gustaba mucho su forma de mirarla porque la hacía sentir especial, y Eulalia no se sentía así desde hacía demasiados años. Pensó en Alonso Miguel, y su rostro se desdibujó en su cabeza. Lo había amado tanto, que todavía le dolía, y por eso la traición del hijo que habían concebido, le pesaba en el alma como una rueda de molino, porque no querer saber nada sobre una madre, era el peor pecado que podía cometer un vástago.

«Menos mal que no estás vivo para ver esto, querido», le dijo a Alonso Miguel con el pensamiento. «Pero mientras me quede una sola gota de sangre en el cuerpo, juró que haré que lamente cada suspiro de vida que haya consumado».

Eulalia se quitó la bata de terciopelo, abrió las sábanas, se metió en la cama, y cerró los ojos. Tenía mucho trabajo por delante, y no vacilaría ni un solo momento en llevarlo a cabo. Que Harry Tyler fuera el último de sus pensamientos, tendría que haberla alertado, pero Eulalia creía que había perdido ya la facultad de interesar a un hombre, y se equivocaba.

CAPÍTULO 8

CRIMSON HILL

Justin miraba a al conde Ayllón con atención. Los dos nobles estaban sentados en la enorme biblioteca de la casa, y degustaban una copa de brandy. El duque contenía la impaciencia, porque sabía que a Rodrigo le gustaba tomarse su tiempo antes de ofrecer respuestas.

—Pensaba que te marcharías en breve a Guadaiza.

Esa había sido la intención de Rodrigo, pero los últimos acontecimientos habían variado sus planes.

—Mi madre sigue muy delicada, y ahora no es el momento apropiado para marcharme —respondió el conde.

Para Justin resultó toda una sorpresa que María se recuperara lo suficiente como para levantarse de la cama. Seguía débil, y tosía mucho, pero no quería irse de este mundo hasta haber puesto en orden sus asuntos.

—Es como si se la hubiera tragado la tierra —claramente Rodrigo se refería a la gitana Eulalia.

—Estoy convencido de que no ha salido de Inglaterra —contestó Justin.

Durante días y noches habían peinado los condados colindantes, buscado en todas las ciudades y pueblos cercanos. Incluso habían contratado a dos detectives para que siguieran su rastro, pero sin resultados.

—Eulalia no tenía conocidos fuera de Crimson Hill y de Whitam Hall.

Apuntó el duque al mismo tiempo que dejaba la copa de brandy sobre la mesa.

—Es una gitana de muchos recursos, si no desea que la encontremos, no podremos hacerlo.

—Pero alguien debe de estar ayudándola —afirmó Justin.

Rodrigo no lo creía probable. Eulalia era una mujer de fuerte personalidad, y ello había propiciado su soledad a lo largo de su vida. El conde no le conocía amigos cercanos salvo su sobrina y su madre.

—Mi madre me está creando un problema de grandes envergaduras que no sé cómo campear —le confió Rodrigo con pesar—. Está tirando de contactos, algunos peligrosos, para que Eulalia salga de su escondite y regrese a Redtower.

Justin alzó las cejas perplejo.

—¿Contactos como los carlistas? —preguntó el duque, pero Rodrigo no respondió.

Se quedó pensativo durante unos momentos.

—Tengo que ser muy cauto para que todo esto no me estalle en las manos, y por eso he decidido tomar cartas en el asunto.

A Justin le impacientaba las vueltas que daba el conde para confirmar o no sus sospechas.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Rodrigo se levanto, como el contenido de su copa seguía intacto, la dejó al lado de la de Justin. Caminó hacia las enormes ventanas, y tensó la espalda.

—Voy a obligarlo a venir a Redtower.

Parecía que en ese momento Rodrigo hablaba con jeroglíficos.

—¿A quién?

—A Martín de Valiente y Caballero —respondió. Justin lo tenía que haber sospechado—. Ya he mantenido conversaciones con la corona, y sigo intercambiando mensajes —Justin se

preguntó cómo lo había organizado el conde sin salir de Inglaterra—. El embajador español en Londres, me ha ayudado mucho. Los despachos diplomáticos llegan muy rápido.

—E imagino que lord Beresford ha tenido algo que ver.

Sí, el primogénito del marqués de Whitam había sido de una enorme ayuda.

—¿Y si el hijo no desea reunirse con la madre? —preguntó Justin.

Rodrigo soltó un suspiro largo.

—No le quedará más remedio —aseveró después de unos segundos.

—Puedo comprender a Eulalia —dijo Justin en voz baja.

Rodrigo también. Si Martín sabía que Eulalia era su madre, y Eulalia sabía que su hijo vivía, era absurdo que no se enfrentaran el uno al otro. Había mucho que explicar, y heridas que cicatrizar.

—¿Qué piensas que hará el duque de Alcázar cuando se entere de la existencia de un hermano ilegítimo?

Rodrigo no quería pensar en ello, aunque le hizo gracia la preocupación que percibió en el tono del duque, pero decidió cambiar de tema.

—¿Mi sobrina no me ha perdonado todavía?

Aurora seguía molesta con su tío y su precipitada boda. Pero sobre todo, que no hubiera confiado en ella.

—Mi esposa es una mujer muy sensible, y le duele que las personas que ama la engañen.

Rodrigo dejó de mirar la ventana para clavar los ojos en el rostro del inglés. Sus palabras eran claramente una crítica.

—Es una necia si piensa que la he engañado.

Justin se sentía muy afectado por su esposa. Aurora llevaba muy mal todo lo que había sucedido, sobre todo, que ni su tío ni su abuela le hubieran informado que el hijo de Eulalia vivía.

—Es lo que tiene amar, que las acciones de la persona a las que amamos nos afectan.

Rodrigo no podía rebatir esa verdad.

—Estoy en Crimson Hill para hablar con ella —confesó el conde.

Justin lo sabía, pero Aurora había decidido visitar la parroquia en el momento que supo de la visita de su tío.

—No estoy seguro de cuándo regresará —le dijo sincero—. Pero no eres tú la única diana en su enojo.

Rodrigo terminó sonriendo al recordar cómo lo habían ayudado los hijos de ella a retenerla para que no pudiera interrumpir ni estropear su boda con Elina.

—La verdad es que me alegro de que todo haya salido por fin a la luz. Siento verdadero alivio —reconoció el conde—. Aunque infravaloré la reacción de Eulalia.

—Pero todo esto ha servido de algo —respondió el duque—. Eulalia conoce el secreto que guardaba tu madre, y tu madre se ha recuperado milagrosamente de la enfermedad que la aquejaba.

—Mi madre es muy supersticiosa —declaró Rodrigo—. No se permitirá el lujo de marcharse de este mundo hasta que mantenga una conversación con Eulalia y conseguir que la otra se avenga a razones.

Justin no pudo contener una pregunta sarcástica.

—¿Y si Eulalia nunca regresa? —Justin escuchó que Rodrigo soltaba un suspiro largo—. Has mencionado que es una mujer de amplios recursos.

—De suceder así, entonces cada uno espiaremos nuestra culpa de una forma o de otra.

Justin decidió cambiar de tema.

—¿Ha regresado ya Aracena?

El conde hizo un gesto afirmativo.

—Yo mismo la acompañé a Dover —Rodrigo decidió tomar la copa que seguía intacta, y bebió el primer sorbo—. Me costó un mundo persuadirla de que regresara a Sevilla pues pretendía quedarse con mi madre. Su primogénito y yo pudimos convencerla cuando nos hizo partícipe de que tenía intención de prolongar su estancia.

—¿Es cierto que Rodrigo ha decidido quedarse un tiempo más en Escocia?— preguntó intrigado—. Presumo que el padre no se tomará muy bien esa decisión.

Eso mismo se temía Rodrigo. Alonso llevaba muy mal que a su primogénito le gustara tanto Escocia, pero el noble olvidaba que sus primeros años los pasó allí.

—A veces se toman decisiones que causan dolor a terceros —explicó Rodrigo con doble intención.

Justin miraba al tío de su esposa, y le sorprendía la vacilación que veía en él. El conde era un hombre de marcado carácter y de decisiones firmes, por eso le sorprendía tanto verlo en esa tesitura. Desde luego que Eulalia lo había puesto todo del revés.

—Doña María tomó una decisión que no le correspondía —matizó Justin con semblante serio.

Él mismo había estado un tiempo separado de sus hijos cuando Aurora se los llevó a España, y por ese motivo podría comprender los sentimientos de la gitana.

—Al principio, a mí también me supuso un descabro las actuaciones de mi madre —confesó Rodrigo—, pero ahora he podido vislumbrar qué pretendía al manipular los asuntos de esa forma.

Justin arrugó el ceño al escucharlo.

—¿Advierto una justificación en tus palabras? —preguntó—. Puedo entender tus sentimientos puesto que es tu madre, pero sus acciones han sido censurables.

Rodrigo aceptó que Justin no lo censuraba.

—Martín, por su nacimiento, se convirtió en un peón imprescindible en un juego muy peligroso. —Justin entendía que el conde se refería a la política del reino de España—. Hijo ilegítimo de un bonapartista —le confió—. Y primo destacado de un fiel a la causa carlista.

—¿Qué tratas de decirme? —quiso saber.

Rodrigo volvió a tomarse su tiempo antes de contestar.

—Que mi madre decidió intervenir para evitarle que fuera un peón de la corona, o de los carlista.

—Pero tú mismo has afirmado que trabaja para la corona de España.

Rodrigo entrecerró los ojos.

—Creo que la corona ignora, igual que el actual duque de Alcázar, que Martín es el hijo ilegítimo de Alonso Miguel de Lara.

Justin tenía muchos interrogantes porque el hombre en cuestión le despertaba mucha curiosidad.

—¿Y qué puede pasar una vez que se descubra?

Rodrigo había pensado mucho en las razones que podía tener su madre para ocultarlo. Y, aunque ella no se lo había revelado, creía entenderla.

—Martín es un hombre hecho y derecho, como solemos decir en mi reino —contestó Rodrigo—. Tiene la suficiente madurez y fortaleza para no dejarse manipular por nadie. Por eso entiendo el gran favor que le hizo mi madre al esconderlo, porque de esa forma le dio la oportunidad de formarse como hombre ajeno a las manipulaciones políticas que se esperaba del hijo de un duque, fuese bastardo o no.

—Pero María es partidaria de los carlistas —le recordó Justin en un tono bajo—, podría haberse llevado a Martín a su causa.

—Mi madre quiere de verdad a Eulalia —respondió Rodrigo—. Y no tengo la menor duda que pesó más en sus decisiones su cariño, que sus intereses políticos.

La entrada de los mellizos Victor y Andrew, cortó en seco la conversación que ambos hombres mantenían.

—¡Tío! —exclamó Andrew.

—Me alegro de verle —le dijo Victor.

Rodrigo les sonrió sincero.

—¿Sabéis algo de vuestra madre? —les preguntó a ambos.

Los dos hicieron sendos gestos negativos.

—Su tardanza tiene un propósito —le recordó Justin.

Rodrigo ya lo sabía. Como estaba molesta con él, dejarlo plantado era su mejor mensaje.

—Tengo que regresar a Redtower —les anunció al padre y a los dos hijos.

—En el momento que llegue el mensaje de Scott, te lo haré llegar a la torre —le informó Justin.

—¿Podemos ir mañana a Redtower para saludar a la tía Elina?

La pregunta de Andrew logró que Justin alzara las cejas con un interrogante. Desde que el conde había contraído nupcias con Elina O'Brien, las visitas de sus hijos a la torre se sucedían demasiado a menudo.

—Os informo del disgusto que me provoca que le pidáis que os lea la Buenaventura —les recriminó Rodrigo muy serio—. La condesa tiene ingentes asuntos que atender, y mucho más importantes.

Andrew bajó la cabeza avergonzado. Desde que habían descubierto los poderes de su nueva tía, andaban todos como locos para que les vaticinara el futuro.

—¿Dónde están vuestros hermanos mayores? —la pregunta de Justin pilló a los mellizos desprevenidos.

Rodrigo decidió marcharse en ese momento.

—Regreso a Redtower, saludad a vuestra madre de mi parte —les dijo Rodrigo solemne—. Justin —se despidió del duque con una inclinación de cabeza.

El conde salió a grandes zancadas de la biblioteca, y cuando Victor y Andrew comenzaron a seguir los pasos del tío, la voz del padre los detuvo en el acto.

—¿Cómo es eso que vais a Redtower para que os lean la Buenaventura?

CAPÍTULO 9

A Elina le gustaba peinar los cabellos plateados de María. Y lo hacía de buena voluntad y con cariño. Normalmente esa tarea la solía hacer la doncella personal de la condesa viuda, pero tras levantarse de la cama días a tras, muchas cosas habían cambiado en Redtower, y la costumbre de peinarla, era una de ellas, sobre todo porque la doncella le provocaba dolor de cabeza, y las suaves pasadas de Elina lograban atenuar la tensión y el dolor en la anciana.

Para María, la presencia de Elina a su lado le provocaba serenidad y una profunda paz.

—¿De verdad que Eulalia se encuentra bien? —le preguntó por enésima vez—. ¿No me ofreces una mentira piadosa para calmar mi agitado corazón?

Elina la peinaba y la acariciaba al mismo tiempo. El cambio de María con respeto a ella era tan diferente como la noche del día. Habían necesitado un tiempo para acostumbrarse la una a la otra, pero Elina veía en la mujer mayor una integridad como no había visto en una mujer de su edad.

—Tiene delante de ella un camino tortuoso, pero que ha decidido recorrer. Necesita espacio, tiempo, y mucha comprensión pues hay muchos asuntos inconclusos en su vida.

La condesa viuda apretó los labios al escuchar a su nuera. María era ese asunto inconcluso, y por eso había regresado del viaje al purgatorio que había comenzado.

—Todos me creen despreciable —se quejó la anciana—, pero no lo soy.

En la voz de la anciana había mucha tristeza. Elina dejó el cepilló con mango de plata sobre el tocador, se inclinó hacia la condesa viuda, y sujetó entre las suyas las manos heladas de ella.

—¡Claro que no! —exclamó vehemente—. Supo cómo proteger a un niño de situaciones adversas —contestó firme—. Y eso es admirable.

María miró a su nuera, y entrecerró los ojos. Desde la marcha de Eulalia había mantenido largas y descarnadas conversaciones con ella. Elina tenía el poder de hacerla sentir bien, y cuando le desgranó sus angustias y pesares por las decisiones tomadas en el pasado, no la censuró ni la criticó. Supo entenderla como nadie lo había hecho en la vida.

María estaba muy cansada. Llevaba sobre sus hombros la carga de la toma de decisiones que casi le cuestan la vida a su hijo, además de la ruina de su buen nombre. Pero ella había hecho lo correcto. Había enfrentado las adversidades y aceptado los resultados.

—Siento que mi hijo me desprecia —la voz de la mujer era de un pesar infinito—. Incluso mi nieta Aurora no me mira como antaño.

—Ambos necesitan tiempo —la animó la irlandesa—. Son muchas verdades reveladas en muy poco tiempo.

—¡Pero es que no me queda margen de tiempo! —exclamó María.

—Se angustia demasiado, y debería tranquilizarse.

María escuchaba la voz de su nuera, pero no le prestaba atención. Ella necesitaba más que nada sincerarse con Eulalia, incluso pedirle perdón, pero la muy insensata se había marchado sin revelarles el paradero.

—Abuela, ¡ya está levantada!

La voz de Aurora trajo a María de vuelta de sus pensamientos. La duquesa dejó sobre una silla la cesta de mimbre que contenía tisanas, empastes, y diferentes hierbas medicinales. Con ella iba la pequeña Beatrice.

—Pero qué guapa eres...

La voz cantarina de Elina llamó la atención de Aurora que clavó la mirada en ella. Tenía los

cabellos blancos de su abuela entre los dedos, y los trenzaba con mucho cariño. Beatrice se escondió tras las faldas de su madre.

—Es muy tímida —la excusó Aurora.

—Tu tío ha ido a Crimson Hill para hablar contigo —le reveló la abuela.

Aurora lanzó un suspiro largo.

—He tenido que ir a la parroquia por un asunto urgente.

María miró a su nieta con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué asunto puede ser más urgente que ofrecerle la oportunidad a tu tío para que se disculpe?

Aurora se encontró apretando los labios. ¿Por qué su abuela descargaba la responsabilidad sobre ella y no sobre el hijo?

—Ha surgido un problema en la parroquia.

María agudizó el oído.

—¿Qué tipo de problema? —la anciana terminó de hacer la pregunta, y tuvo un acceso de tos.

—¿Se ha tomado el tónico? —le preguntó la duquesa a Elina.

La mujer hizo un gesto afirmativo sin dejar de mirar a la tímida niña que no se atrevía a sostenerle la mirada.

—Lizzy tenía que hacer un encargo para la parroquia, pero no ha cumplido.

—¿Lizzy? —preguntó la abuela.

—Ha decidido visitar el mercado de Rockliffe con mi hijo Devlin.

Ese mercado era muy famoso pues estaba situado muy cerca de la frontera con Escocia.

—Esa pasión que siente por las antigüedades nos va a traer más de un disgusto —apuntó la abuela al mismo tiempo que se levantaba—. Una señorita no debe de ir de mercado en mercado comprando trastos inservibles como si fuera una criada.

Elina había terminado de enroscarle la larga trenza a la nuca, y se la sujetó con horquillas.

—Pues he podido resolver el problema con la parroquia, y le he traído las tisanas que le he preparado.

La irlandesa miró a la duquesa con admiración. Era una mujer noble a la que no le importaba meterse en la cocina de Crimson Hill para elaborar con sus propias manos tisanas y ungüentos. Elina caminó hasta la pequeña, y le tocó los rizos sedosos. No había visto nunca un rostro más armonioso y bello. Para su sorpresa, en los ojos de la niña advirtió temor, y lo lamentó.

—Vas a ser alguien muy importante —le dijo con una sonrisa.

La condesa viuda la había escuchado.

—Y tanto —respondió—. Será duquesa de Coventry.

Elina miró atentamente a la niña, y cabeceó negando.

—No vas a ser duquesa —le susurró—. Vas a ser una princesa.

La niña seguía muy seria, y con la mirada baja. Elina quería mirar de nuevo sus preciosos ojos plateados. Eran tan nítidos y limpios que le provocaban una apacible quietud.

—Isabel vendrá más tarde a verte, ¿puedes entregarle el velo que se dejó Lizzy en la parroquia? —Aurora le tendía la sedosa prenda de encaje a su abuela, pero fue Elina quién la sujetó primero, al hacerlo, se quedó muy seria, y, un segundo después, lanzó una grave exclamación. Su rostro se puso pálido. Aurora se alarmó.

—¿Te encuentras bien?

La mirada de Elina ardía.

—La muchacha tiene problemas —dijo de pronto.

Aurora miró a la esposa de su tío con cierta aprensión pues sujetaba entre sus manos el velo que solía ponerse Lizzy para asistir a misa, mientras la mirada se le tornaba oscura.

—Mamá —la pequeña Beatriz se agarró más fuerte a sus faldas.

Estaba claro que su hija le temía.

—¿Qué dices, Elina?! —la apremió la condesa viuda al ver a su nuera tan quieta y con la mirada perdida.

Era como si estuviera en estado de transición. Elina lanzó un gemido, y abrió los ojos de par en par.

—¿Hay que ayudarla! ¿Alguien la desea muerta!

La duquesa de Arun se quedó blanca como la nieve. Y en ese momento maldijo la clarividencia de la esposa de su tío.

—¿Y Devlin? ¿Qué pasa con mi hijo? —en su voz se apreciaba la angustia.

Elina soltó el aliento que contenía, y recuperó el sonido de su voz.

—No lo sé, sólo he percibido el peligro para ella.

Aurora no necesitó más palabras.

—Abuela, me marcho a Crimson Hill —dijo apresurada—. Hay que avisar a Isabel. —La mujer estaba tan paralizada por las palabras de Elina que apenas podía moverse o hablar—. ¡Madre mía, Jamie está de viaje de negocios en Calais!

María se había quedado clavada al suelo. ¿Acaso no iban a tener un poco de paz en Redtower? ¿Qué más tenía que suceder?

—¿Qué has presentido? —le preguntó María a Elina que iba recuperando poco a poco el pulso, y la respiración.

—Es todo muy confuso —confesó—, pero sé que la muchacha no está segura.

Aurora ya no estaba en la habitación. Había cogido la mano de su hija para salir corriendo de Redtower. Le dio indicaciones al cochero, y no miró hacia atrás ni un solo momento. Sentía angustia, desesperación. Había que dar aviso a Isabel, ordenar la búsqueda de Lizzy. Sin poder remediarlo, se echó a llorar. Era demasiado, y el agobio de los últimos días quebró la compostura que trataba de mantener.

—Mamá...

Beatrice estaba asustada de verla en ese estado, pero Aurora había dado paso a un torrente desbordado de emociones que la superaron.

—No es nada, cariño, es que me he preocupado por tu hermano y por la prima Lizzy.

La pequeña rompió a llorar como la madre.

Justin se encontraba dándoles un sermón de los que hacen historia a sus dos mellizos. Controlar a cuatro adolescentes provocadores, le estaba costando más de un dolor de cabeza. Tras la marcha del tío Rodrigo, se había desatado una pequeña emergencia en las cocinas de Crimson Hill pues una de las doncellas había terminado llorando, y Victor y Andrew enzarzados en una pelea verbal que concluyó en golpes. Ese comportamiento era del todo indigno y censurable.

El esposo y los dos hijos escucharon la voz angustiada de Aurora. Justin giró el rostro para mirarla, y los dos mellizos también. La duquesa tenía el rostro desencajado, y la huella de las lágrimas sobre sus mejillas. Justin se preocupó de verdad.

—Es Lizzy, está en peligro —logró decir.

Al duque le cambió el color del rostro porque Devlin estaba con ella, y si Lizzy tenía problemas, se dijo que su hijo también los tendría.

—¿A qué te refieres?

La pelea suscitada entre Victor y Andrew quedó olvidada de pronto.

—No lo sé —reveló la duquesa—. Es Elina, dice que está en peligro.

Justin se permitió soltar el aliento muy despacio.

—No hay peligro en el mercado de Rockcliffe —afirmó el duque.

Aurora se tomó muy mal la calma de Justin.

—¡Yo creo a Elina! —exclamó Aurora.

—Cálmate —le sugirió Justin. Un segundo después miró a sus mellizos, y les hizo un gesto con la cabeza—. Llevad a vuestra hermana con la niñera, y ordenad en la cocina que preparen una tisana para vuestra madre y un chocolate caliente para Beatrice.

Era trabajo del servicio, pero Justin quería quedarse a solas con Aurora.

La duquesa se sentó en el sillón y se cubrió el rostro con las manos. Era tal la angustia que sentía, que le costaba respirar.

—No creas a pies juntillas todo lo que dice Elina, amor —le sugirió el duque—. No es bueno para la cordura.

Aurora alzó el rostro y clavó la mirada en su esposo.

—No me tengo por una persona crédula por naturaleza, pero sería incapaz de poner en duda su percepción sobre los acontecimientos.

Justin lamentaba que todos la creyesen tan poderosa. Elina era una mujer sensible que percibía estados de ánimo, nada más.

—Si te quedas más tranquila, enviaré un par de hombres a Rockcliffe de inmediato —le dijo para calmarla—. Sé en qué posada se hospedan.

—Iré yo —afirmó Aurora decidida.

Justin se mesó el cabello con cierta impaciencia. Su hermano Jamie se encontraba de viaje, e Isabel en avanzado estado de gestación. ¿Por qué todo se complicaba?

—Quiero que te tranquilices —le ordenó Justin—. Y que no le digas nada a tu prima.

Aurora lo miró estupefacta.

—Isabel tiene que saberlo —protestó con energía.

Justin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Alarmándola no solucionamos nada —trató de explicarle—. Voy a organizar una partida de búsqueda, y enviaré a mi mejor hombre.

El mejor hombre de Justin era un inspector retirado de Scotland Yard.

—¡Justin! —en la voz de Aurora se percibía la ansiedad y el desánimo.

—Yo mismo iré a Rockcliffe, y traeré de vuelta a Devlin y a Lizzy.

Aurora se abrazó al cuello de su esposo con fuerza. Pero como si las fatalidades hubieran acordado darles un respiro, Jamie llegó una hora después, justo cuando Justin se encontraba impartiendo órdenes y organizando la partida. Jamie tomó el asunto en sus manos, y le ordenó a Justin que se quedara al cuidado de su esposa e hijos. El hermano mayor se lo prometió.

Un grupo de cinco hombres partieron de Crimson Hill hacia Rockcliffe, salvo que allí no iban a encontrar ni Lizzy ni a Devlin.

CAPÍTULO 10

BROMLEY HALL

Eulalia sonreía abiertamente. Los paseos que daba a menudo con el doctor por las tardes le provocaban un cosquilleo constante en la boca del estómago. Se había habituado muy bien a la rutina de Bromley Hall. Un fugaz pensamiento cruzó la mente de Eulalia: si ella hubiera elegido en el pasado una vida para vivirla y disfrutarla, sin duda alguna sería una muy parecida a la que vivía en ese preciso momento.

Tras el pensamiento, la tristeza la abrumó. Eulalia habría podido tener una vida plena junto al hombre que amaba, pero las reglas sociales y su gente se lo habían impedido.

Harry percibió claramente la sucesión de emociones que cruzaron el rostro de ella: aceptación, tristeza, y finalmente furia. Se preguntó qué demonios interiores la estarían fustigando de esa forma.

—Estoy engordando —le dijo a modo de pasada.

Pero nada que pudiera decir él podría pasar desapercibido para ella.

—Ahora ya parece un hombre y no un niño famélico —contestó Eulalia mirándolo de reojo.

Los alrededores de Bromley Hall eran realmente espectaculares. Todo era bosque y frondosidad. Que el río discurriera tan cercano a la propiedad, hacía que todo pareciera más salvaje, más auténtico: como los paisajes agrestes de Guadaiza.

De repente, Harry soltó una carcajada con auténtico humor. Eulalia paró sus pasos y se giró para mirarlo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto le gustaba su risa, porque era fresca, sincera, contagiosa. No fue consciente, pero se encontró sonriéndole.

—¿Acabas de llamarme mozalbete?

¿Lo había hecho? Se preguntó.

—Julia es una persona excelente —respondió ella—, pero nunca será una buena cocinera —concluyó—, y por eso usted era hasta hace bien poco pellejo sobre huesos.

—Y según tus palabras, no es buena cocinera porque no cocina con amor —apuntó él.

Eulalia se quedó callada unos segundos. La palabra amor en los labios de él se le antojaron miel dulce y templada. Eulalia se dijo que el doctor representaba un verdadero peligro para ella.

—Cada persona tiene un don único —comenzó a decirle—. Las personas son diferentes en estatura y complexión, también en salud, nivel de ánimo, y sin olvidar la inteligencia con la que llegamos al mundo.

—Todo eso es hereditario —apuntó él—. Y no debemos obviar su personalidad, y también sus reacciones emocionales, y que muchos son menos inteligentes que unos pocos.

Estaba claro que el hombre bromeaba, y Eulalia lo observó admirada. El doctor comprendía lo que trataba de decirle.

—Pero su crecimiento en la vida difiera del resto porque influye en ellos los padres que lo cuidan, su integración en la comunidad en la que se crían, la sociedad en la que viven —Harry la miraba muy atento—. Por eso el noble se comporta de una forma, y el campesino de otra.

Harry entrecerró los ojos tratando de dilucidar hacia dónde quería llegar ella.

—Hay comportamientos en los hombres inherentes en ellos sin importar el lugar en el que han nacido —apuntó Harry.

Eulalia ladeó la cabeza.

—El que tiene la música en la sangre, no es bueno destripando el campo.

Eulalia hacía referencia a los agricultores que araban el campo.

—El que destripa el campo puede aprender música —la corrigió él utilizando sus mismas palabras.

Eulalia se quedó callada, y mirando el camino de tierra.

—Pero nunca tendrá *duende* —susurró la gitana muy bajo.

Harry nunca había oído esa palabra.

—¿Tratas de decirme que Julia no tiene duende para la cocina?

Eulalia sonrió de oreja a oreja.

—De la misma forma que usted no tiene duende para cantar.

Harry la miró sorprendido.

—¡Ah! Mujer de poca fe, poseo una voz prodigiosa, ¿cómo es que no lo has notado?

Eulalia lo había escuchado. Ignoraba el motivo, pero cada vez que el doctor tomaba su baño, solía cantar en voz alta. A ella le había llamado la atención desde el mismo principio, porque lo hacía parecer un hombre desenfadado.

—Eso es discutible —lo retó.

Los dos seguían el sendero paralelo al río. El sonido del agua actuaba como bálsamo en sus ánimos. Harry había decidido acompañarla a un mercado de tarde de una población cercana, tanto, que se podía ir dando un paseo, y eso fue lo que hicieron. Eulalia traía en un cesto de mimbre varios manojos de hierbas aromáticas, unos pimientos pequeños que no había visto nunca, y unas especias bastante caras.

—Siempre me siento mucho mejor después de una sesión de canto en el cuarto de baño —confesó él sin pudor.

Eulalia lo miró coqueta, pero no fue premeditado.

—Cantar alivia las penas —aceptó ella con humor.

—Cantar me permite desconectar durante unos minutos de los problemas y preocupaciones de mi profesión. Es muy duro perder a un paciente si además es un amigo al que conozco desde niño.

Fue escucharlo, y Eulalia se puso seria.

—No pretendía sugerir lo contrario.

Harry vio el hermoso rostro contrariado, y se preocupó. Era perfectamente consciente de que ambos mantenían una charla animada, y que ella no había pretendido trivializarla.

—Laly, ¿por qué te tomas tan en serio cada comentario que digo?

Cuando Harry pronunció el diminutivo de su nombre, algo dentro de ella se rompió en mil pedazos porque nadie, ni Alonso Miguel, le había hablado con tanta familiaridad, tampoco en los momentos íntimos que habían compartido. Fue pensar en su amor del pasado, y Eulalia se sintió infiel. Ella no tenía que bromear con otro hombre, ni debía permitir que la agasajara, pero la hacía sentir bien.

—Veo que negras tormentas oscurecen tus ojos —le dijo él demasiado cerca—, pero también se iluminan según la persona que te mira —Eulalia se preguntó qué había querido decir con esas palabras—. La lengua puede ocultar la verdad, pero no los ojos —recitó finalmente.

Estaban a un escaso paso, por ese motivo pudo alzarle la barbilla para contemplarla mejor. El contacto lo sintió ella como una sacudida que la recorrió de pies a cabeza.

—Mis ojos son negros —respondió suave—, siempre negros.

Había una parte de Eulalia que se derretía al escucharlo, pero la otra mitad se repuso enseguida y recuperó el suficiente impulso para rechazarlo.

—Sólo de noche, porque durante el día tienen un castaño encantador.

Eulalia se quedó pensando en una respuesta apropiada.

—Seguro que fue un excelente Casanova en el pasado, doctor, ¿nunca se lo han mencionado? —contestó ella para romper la atracción que tejía el doctor con respecto a ambos—. Ahhh, pero se le ha pasado el arroz —Harry la miró sin comprender sus palabras—. El tiempo, para la edad, no perdona.

Harry no deshizo el contacto.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó a bocajarro—. ¿De lo que puedo hacerte sentir?

Eulalia giró el rostro. Estaba claro que Harry sabía la enorme atracción que sentía por él, pero debía apagar ese fuego que sólo la perjudicaba.

—Nunca he sido una persona miedosa, pero no me fío de las imprudencias temerarias —respondió sincera.

—¿Y de los sentimientos? —la azuzó.

Eulalia dio un paso para poner distancia entre ambos.

—A veces olvido que los hombres también tienen sentimientos —Harry le mostró una sonrisa de satisfacción—. Los hombres pueden sentir hambre, por ejemplo.

Una nueva carcajada estalló en el silencio de la tarde. Eulalia no pudo evitar sonreír al escucharlo. El doctor era jodidamente interesante.

—Ni te imaginas cómo has cambiado mi vida —le confesó franco.

Eulalia sentía una vena traviesa, y se dejó llevar.

—¿Y no su estómago, doctor?

Los dos siguieron caminando y conversando.

—Si fuera sólo mi estómago el que siente hambre...

Emily Allergan estaba realmente preocupada. Hasta sus oídos había llegado el rumor de que su tío materno mantenía una amante en Bromley Hall, y nada menos que una zíngara. ¡En la casa de sus abuelos! ¿Cómo se atrevía a propiciar tal descalabro? Si no fuera por el boticario de Great Marlow que la mantenía al tanto de todo lo que ocurría en la propiedad, ella seguiría en la ignorancia.

En ese momento esperaba con impaciencia la llegada de su tío en el salón de Bromley Hall para poner las cosas en su sitio: como echar a esa aprovechada de la propiedad. Nada menos que una zíngara. ¿En qué estaba pensando su tío para enredarse con una cualquiera? Ella se había marchado de la casa con la amenaza de no volver porque Harry se oponía a su compromiso con un terrateniente muy adinerado, pero era lo que ella quería. Contrariamente a lo que sus dos tíos pensaban, ella lo había escogido precisamente porque era un hombre fácil de manipular. Emily se había cansado de la continua pelea entre los Tyler y los Allergan. Casarse significaba tomar las riendas sobre su vida, y decidir sobre su destino.

Escuchó la voz de su tío, y la risa de una mujer. Bromley Hall no tenía mayordomo, ni doncellas, sólo una cocinera pésima, y ahora una buscona. Como había dejado la puerta del salón abierta de par en par, pudo ver las dos figuras que se dirigían hacia la cocina, carraspeó de forma seca para llamar la atención de ambos.

Su tío fue el primero en reaccionar.

—¡Emily, qué sorpresa! —exclamó con agrado.

La mujer morena llevaba puesto uno de sus vestidos, uno viejo y pasado de moda, y ese detalle la enfureció. La miró de arriba abajo con hondo desprecio, y la muy zorra se atrevió a sostenerle la mirada.

—Tengo que hablar urgentemente con usted —las palabras iban dirigidas a su tío, pero la mirada estaba clavada en Eulalia.

—Laly, permítame que te presente a mi sobrina.

—Es mi deseo que no me presente a ninguna sirvienta... —contestó alto y claro—, mucho menos amante.

CAPÍTULO 11

El doctor no podía creer las palabras de su sobrina.

—¡Emily! —exclamó sobrecogido.

El insulto a Eulalia había sido ofensivo y premeditado.

—Estás equivocada con respecto a Eulalia —la censuró sin un parpadeo.

Emily estaba tan enfadada, que no midió la rigidez de su postura ni la acidez de su lengua. La extraña era muy guapa, y demasiado insolente porque seguía con la mirada clavada en ella. ¿Cómo se atrevía siendo una sirvienta? La sobrina no tenía forma de saber que Eulalia había compartido mesa con duques a los que les había hablado de tú a tú. Había aprendido a ser culta en el habla, refinada en los gestos porque había tenido la mejor de las maestras, la condesa viuda de Ayllón. Salvo que a Eulalia le importaba bien poco lo que otros pensarán sobre ella.

—Llevaré las compras a la cocina —dijo Eulalia de pronto.

La gitana se dijo que esa pomposa muñequita no se merecía ni un solo segundo más de su atención.

—Discúlpala, Eulalia, mi sobrina no pretendía ofenderte.

A Emily se le encendieron las mejillas. ¿Cómo se atrevía su tío a hablar por ella? Vio la sonrisa que Harry le dedicaba, y se enfureció todavía más. Cuando el doctor perdió de vista a Eulalia, se giró hacia su sobrina con el semblante tan duro como el granito.

—Has sido muy grosera —le espetó seco.

Emily tensó la espalda, entrecerró los ojos, y encaró al hermano de su madre.

—Tío, se ha convertido en la comidilla de Great Marlow —lo acusó sin un titubeo, y sin apartar la mirada del rostro varonil—. Toda una vida de buenas obras, para que un desliz eche a perder lo logrado.

Harry parpadeó sorprendido porque no se esperó ese ataque.

—No suelo tomar en cuenta aquellas opiniones que me perjudican —la sobrina apretó los labios en un gesto hosco—. Si me conocieras, lo sabrías.

Emily alzó la barbilla sin que le importara el brillo de decepción que asomó a los ojos de su tío.

—Tiene una reputación que mantener —le recordó son semblante serio.

Harry se hacía muchas preguntas. ¿Por qué su sobrina estaba en Great Marlow recriminándole? ¿Quién le había ido con el cuento?

—Eulalia es una invitada en Bromley Hall —le trajo a colación—. No es una sirvienta ni una amante.

—No es eso lo que se dice en Great Marlow pues se pavonea haciendo las compras para usted.

Harry se encontró entrecerrando los ojos.

—Su aportación y esfuerzo a esta casa no desmerece su calidad de invitada.

La sobrina no se dio por aludida.

—Es el colmo del descaro que una completa desconocida goce de mis ropajes, y de mis libras.

Harry se puso a la defensiva.

—Eulalia viste las ropas que donaste a la beneficencia, salvo que no tuve ocasión de entregarlas todavía.

—¡Me desagrada! —exclamó vehemente.

Harry se mesó el cabello a la altura de la nuca, y caminó hacia la ventana del salón.

—Como a mí me desagrada el hombre que has aceptado como futuro esposo —respondió con voz muy suave para no molestarla.

—No puede comparar a esa... esa... —era incapaz de pronunciar su nombre.

Harry se giró hacia su sobrina, y le lanzó llamaradas por los ojos.

—¿No has tropezado bastante por hoy? —le sugirió—. Porque te advierto que vas camino de despeñarte.

Emily se lamió el labio inferior.

—Me preocupa que se aprovechen de usted, y quiero protegerlo.

—¿Te parece que necesito protección?

Harry no podía creérselo. ¿Su sobrina lo tomaba por un lelo?

—Tenía que decírselo.

—Y has venido desde Hambleden hasta Bromley Hall sólo para decirme que necesito protegerme de una invitada.

La sobrina tuvo el atino de sonrojarse. Pero había visto perfectamente la forma en la que los dos se miraban. No necesitaba más pruebas.

—Como su único familiar, tengo derecho a hacerlo —respondió.

—Eulalia no es una amenaza —le dijo para tranquilizarla—. Es una paciente a quién le he ofrecido la hospitalidad de Bromley Hall.

Emily se encrespó.

—No es eso lo que me han contado en el pueblo.

Harry se encontró entrecerrando los ojos.

—¿Has vuelto a espiarme? —le preguntó atónito.

Estaba claro que no era la primera vez.

—Me preocupo por usted —se defendió la sobrina.

El doctor se tomó un tiempo en responder, y cuando lo hizo, su tono era mucho más suave de lo normal.

—Es decir, mi preocupación por tus decisiones no me incumben y debo mantenerme al margen, pero las mías sí pueden ser cuestionadas por ti.

Emily se lamió el labio inferior. Dicho de esa forma la hacía parecer una consumada egoísta.

—Tío, ya no tiene edad para andar con tonterías —le dijo para justificarse—. Admito que la mujer es muy hermosa, pero no sabe nada sobre ella. Puede ser una ladrona, una prostituta, o algo incluso peor, una asesina.

Harry admitió que su sobrina podría tener parte de razón porque Eulalia se guardaba muy bien quién era realmente. Al principio había intentado ser amable con Eulalia porque quería descubrir de donde procedía, y los motivos que la habían impulsado a saltar el río. Pero con el paso de los días, sus primeras intenciones se habían ido desvaneciendo para dar paso a un interés real por ella. Eulalia le atraía mucho, quería saberlo todo sobre su pasado y su presente. Le gustaba tenerla en Bromley Hall, y, llegados a ese punto de sinceridad, admitió que la quería en su vida. Semanas atrás, regresar a la casa no le ponía ningún incentivo, hasta la llegada de ella. Eulalia había revolucionado Bromley Hall no sólo en la cocina. La casa estaba más limpia y ordenada que nunca, el huerto trasero estaba plantado de hierbas que compraba en el mercado, y de flores que llenaban el jardín de intensos aromas y colorido. Julia se veía mucho más feliz sin tener que ocuparse de la cocina, y aceptaba toda sugerencia que salía por la boca de Eulalia. Incluso el amigo siquiatra que mantenía largas conversaciones con la gitana por expreso deseo de

él, había caído rendido ante su seductora personalidad.

Harry recordó el enfado de Eulalia cuando él le pidió que hablara con un colega de profesión que podría ayudarla. Por su experiencia profesional, sabía que una persona que había intentado suicidarse, lo intentaba de nuevo, y él confiaba mucho en Richard Wayne que se había especializado en tratar la mente como él trataba el cuerpo.

Emily vio la sucesión de pensamientos que cruzaron el rostro de su tío, y se preocupó de veras porque estaba claro que no pensaba tomar en serio sus alegaciones.

—Quiero que se vaya de Bromley Hall —dijo de pronto.

La afirmación de su sobrina caló hondo en Harry porque no se lo esperaba.

—Esta es mi casa —contestó muy serio.

—Es la casa de mis abuelos —aseveró Emily—. La que será mía algún día, y por eso deseo que se marche.

Harry respiró profundo porque no deseaba ser grosero ni impertinente con Emily. Podía aceptar su preocupación, pero en sus últimas palabras había dejado muy claro lo que pensaba sobre él, y lo que la definía como persona: absoluto egoísmo. ¿Cómo había estado tan ciego con respecto a ella?

—Será mejor que regreses a Hambleton —le sugirió con voz fría.

Emily le sostuvo la mirada, y Harry vio en sus ojos un brillo determinado.

—He decidido quedarme unos días en Bromley Hall.

Harry cruzó los brazos al pecho.

—Antes de soltar toda esa sarta de barbaridades, habría aceptado tu compañía con agrado, pero tras ver tu manifiesta animosidad hacia una persona que no conoces y que es mi invitada, no puedo permitir que te quedes.

—¿Me está echando de mi propia casa? —casi gritó la joven.

Harry se sintió de pronto cansado. Había sacrificado toda su vida por cuidarla, protegerla, y no le gustaba la mujer en la que se había convertido... Harry rectificó, la culpa de cómo era Emily la tenía sin lugar a dudas Elliot Allergan.

—Cuando Eulalia se marche, podrás quedarte todo el tiempo que quieras en Bromley Hall.

—Si salgo por esa puerta, puede que nunca vuelva —lo amenazó.

—Emily —le dijo el tío—. ¿Te estás escuchando a ti misma? —le preguntó atónito por su comportamiento—. No puedo permitir que insultes a una invitada, y si te quedas en Bromley Hall, eso es precisamente lo que sucederá porque te has hecho una opinión propia, y de la que no estás dispuesta a cambiar, aunque yo te lo pida.

—¡Claro que no voy a cambiar de opinión! —exclamó enojada.

—¿Ni aunque estuvieras equivocada? —volvió a insistir.

Emily se quedó unos segundos callada pensando en la pregunta de su tío. Ella no estaba desacertada, era su tío el que estaba equivocado porque la tal Eulalia lo había cegado con sus encantos, y por eso mismo ella no podía marcharse de la casa.

—¿Por qué no puede ver que es una buscona? Sólo me ha bastado un vistazo sobre ella para saber qué clase de mujerzuela es.

Harry no quería seguir con la conversación, y de haber sabido que su sobrina estaría esperando en la casa armada hasta los dientes de prejuicios, se habría marchado. Pero en la puerta no estaba el carruaje de Allergan, y por eso lo había pillado desprevenido.

—Te pido por favor que contengas los insultos —le sugirió el tío aunque Emily se lo tomó como una orden—. Y ahora, márchate.

Emily apretó los labios. Si su tío no la quería en la casa porque pretendía dar rienda suelta

a su desenfreno sin nadie que lo molestara, pues allá él. Ella le había advertido, le había expresado su preocupación, y ya no podía hacer nada más salvo contratar a alguien para que desenmascarara a la buscona. Y ya tenía pensado un nombre.

—Esta bien, me marcho —anunció en un tono de voz despechado—. El carruaje de mi tío espera en la parte trasera de la casa.

Por ese motivo Harry no lo había visto en la entrada.

—Es mi deseo que hablemos en otro momento cuando no estés tan alterada —le dijo el tío.

Emily ya se colocaba los guantes y se ajustaba la capa.

—Lo dudo mucho, pues ya me ha dejado claro sus intenciones y preferencias.

Harry quería hablar con ella, pero hacerlo en ese momento cuando estaba más que predispuesta a creer lo peor, no era lo más acertado.

—De verdad, Emily, que no tienes nada de qué preocuparte.

La sobrina alzó la barbilla, y entrecerró los ojos.

—Eso sólo lo puedo decidir yo —dijo molesta.

Harry apretó los dientes antes de contestar:

—Como todo desde que vives en Hambleden.

La muchacha ya no le respondió. Caminó decidida hacia el vestíbulo, y salió por la puerta sin despedirse de su tío. Era su forma de mostrar su disconformidad con todo lo que había sucedido.

Harry se quedó en el salón con una sensación de impotencia en el cuerpo. Detestaba las peleas y los enfados con su sobrina, pero desde que había cumplido los catorce años, se había convertido en el pan nuestro de cada día. Él no había podido suavizar el enorme control que Elliot Allergan ejercía sobre ella. Harry había intentado ser el contrapunto en algunas decisiones que iban a repercutirle a lo largo de su vida, como la elección de esposo.

«¡Maldita sea, Emily!», se dijo Harry mentalmente. «¿Cómo puedes estar tan ciega?». Harry se quedó varios minutos pensativo. Después, decidió tomar asiento en el amplio sofá. Pensó en su vida pasada, en todos los errores que había cometido, y que seguramente volvería a cometer porque la felicidad de su sobrina le importaba demasiado, pero la muy necia tenía que aprender que no se debía juzgar a las personas sin motivos.

«¿Cómo voy a arreglar esto?», se preguntó, pero sin poder encontrar la respuesta.

CAPÍTULO 12

Desde la cocina, tanto Eulalia como Julia pudieron escuchar los gritos que se lanzaron el tío y la sobrina, también las recriminaciones seguidas de arrebatos, sobre todo por parte de la mujer. Eulalia se maravilló de la templanza del doctor al tratar con una mujer que parecía histérica, y que debía de ser una arpía de cuidado. La mujer sin conocerla, había lanzado pestes sobre ella, pero la muy ilusa ignoraba que a ella le traía sin cuidado la opinión que tuviera.

—Menos mal que se ha marchado —susurró Julia sin mirar a Eulalia.

—Pues es una pena, porque se nos ha terminado la diversión.

Julia alzó la mirada y la observó incrédula.

—¿No te sientes enfadada por todo lo que ha dicho sobre ti? —le preguntó sorprendida.

Eulalia hizo un encogimiento de hombros.

—Nada de lo que ha dicho es cierto.

—¡Pero te ha vilipendiado! —exclamó con fervor.

Eulalia dejó la amasar, y miró el rostro de Julia.

—No conozco a esa mujer, no le tengo ningún afecto —le aclaró Eulalia sin dejar de mirarla—. No puede hacerme daño porque no me importa quién es o lo que hace con su vida —le aclaró.

—Pero está muy feo lo que ha dicho sobre ti.

—Son mentiras —afirmó sin dejar de mirar la masa—, y yo lo sé, el doctor lo sabe, tú lo sabes...

Julia trataba de comprender la actitud de la gitana que seguía amasando como si la discusión mantenida entre el doctor y la sobrina no fuera con ella.

—Yo estaría muy dolida —afirmó Julia pensativa.

Eulalia colocó un paño en el cuenco para tapar la masa, y se limpió las manos en el delantal.

—Y les darías a los demás un poder sobre ti y sobre tu vida.

—Pero es que me importa lo que otros piensen sobre mí —alegó Julia mientras rellenaba el interior de un pollo con frutos secos.

Eulalialadeó la cabeza y le sonrió de forma dulce.

—Sólo debería importarte la opinión de las personas que amas, y la tuya propia.

—Entonces el círculo se reduciría a mí misma, porque creo que nadie me quiere.

A Eulalia le enterneció esa declaración.

—¿Y no te das cuenta de lo afortunada que eres? —le pregunto Eulalia.

Julia la miró con asombro.

—¿Afortunada de estar sola?

—De ser juez sobre ti misma, de no rendir cuentas a nadie. Eres libre para ser la persona que deseas ser.

Julia nunca había pensado en sí misma de esa forma.

—¿Y cómo sabría cuándo actúo bien o mal? —Julia había metido tanto relleno en el pollo, que ahora no podía cerrarlo.

Eulalia sacó un poco del contenido antes de cerrarlo con hilo.

—Eres incapaz de hacerle daño a nadie —le dijo Eulalia—, bueno, salvo a los animales que cocinas.

Julia seguía pensativa. Eulalia no se parecía en nada a las matronas y beatas mujeres de la

iglesia de Great Marlow. De ellas había recibido las indicaciones para ser una buena cristiana, pero tras escuchar a la gitana, ahora dudaba de sus consejos, sobre todo porque la hacían sentir una inútil.

—Si el doctor no me hubiese ofrecido un empleo, no sé qué habría sido de mí —susurró con un poco de amargura.

—Habrías salido adelante —la corrigió Eulalia.

Julia dejó lo que estaba haciendo, y la miró con atención.

—Eso no puedes saberlo —la contradijo.

Eulalia se había cansado de la actitud quejosa de la cocinera. Terminó de limpiar la mesa, y mientras se secaba las manos con un paño, la miró de frente.

—Hemos descubierto que no te gusta cocinar —le dijo Eulalia—, pero seguro que hay algo que te encanta hacer —apuntó—. Estoy convencida de que existe una labor que no te resulta pesada, y a la que no te importaría dedicarle todas las horas del día.

Julia tensó los hombros.

—Me gusta coser —dijo en voz baja—. Me gusta sentarme fuera en la calle bajo los rayos de sol, y dar puntadas finas a una tela que he escogido en el mercado al mismo tiempo que escucho el trinar de los pájaros. Imagino la forma y los volúmenes que puedo darle a la tela para que el resultado final sea espectacular.

Eulalia se sentía atónita escuchándola. Julia llevaba un vestido basto de algodón sin ningún detalle que lo adornara. La muchacha debió interpretar muy bien la mirada de la gitana porque se ruborizó.

—No me gusta coser para mí, quiero crear para otras mujeres.

—¿Y por qué no lo haces?

Julia no quería decirle que en el pueblo no existían mujeres jóvenes que pudieran disfrutar de sus creaciones. Las matronas que iban a la iglesia siempre vestían de negro, y ella odiaba el negro.

—Las telas son muy caras, y los adornos más —se excusó—. Y yo soy feliz en la cocina de Bromley Hall.

Eulalia volvió a sonreír.

—Eres muy mala mintiendo —le dijo con voz suave.

Julia sabía que la gitana le tenía afecto porque, aunque la regañaba bastante, siempre le sonreía y le acariciaba el cabello. Nadie la había acariciado nunca, y por eso se sentía cohibida cuando lo hacía, pero le gustaba mucho.

—Hazme un vestido —le pidió Eulalia de pronto—. El que te encantaría coser.

Los ojos de Julia se iluminaron.

—Tendríamos que comprar la tela —dijo entusiasta.

Eulalia pensó en las joyas que tenía a buen recaudo el doctor.

—Voy a ver cómo consigo dinero para comprar una tela bonita.

Julia se había marchado un poco antes de la hora de la cena. Eulalia sentía mucha curiosidad por conocer dónde vivía, y decidió animarla a que la invitara a su casa.

Terminó de preparar la mesa, y se limpió las manos en el delantal. Un segundo después lo desabrochó, y lo enrolló. El pollo relleno olía deliciosamente bien. Ahora sólo tenía que adecentarse antes de sentarse para cenar, y se dio prisa porque sabía que el doctor no tardaría en llegar al comedor.

Pero la cena no resultó tan amena como en otras ocasiones porque el rostro del doctor estaba demacrado. Seguía pensativo y muy serio, aunque fue galante al agradecer lo rico que estaba todo. Eulalia dio buena cuenta de la cena porque los pesares no disminuían aunque uno se privara del alimento, y por eso ella había aprendido a no dejarse influenciar por ello.

—Imagino que has escuchado la conversación que he mantenido con mi sobrina, pero eres tan educada que no vas a pedirme cuentas por ello.

Eulalia masticaba en esos momentos unos guisantes. Se obligó a tragarlos rápido para contestarle.

—He estado demasiado ocupada en la cocina para oír nada —mintió apresurada.

—Mi sobrina cree que puedes ser una asesina —bromeó el doctor mientras hacía rodar los guisantes con el tenedor.

Eulalia no era una asesina, pero si tuviera delante a su primo de Lora del Río, igual cambiaba esa circunstancia. Fue pensarlo, y soltar una risa. Ahora veía ese momento que había ansiado tan lejano e insustancial, que comenzaba a carecer de importancia. Ella había querido recuperar sus joyas para largarse, y ahora, ahora...

—¿Qué te hace gracia? —preguntó el doctor—. Me gustaría que lo compartieras conmigo.

—¿Sabía que a Julia le encanta coser? —no había respondido la pregunta de él.

Harry echó la espalda hacia atrás y dejó el tenedor sobre el plato.

—No lo sabía, pero te he preguntado qué te ha ocasionado tanta gracia para reír cuando yo me siento tan apesadumbrado.

Eulalia hizo un encogimiento de hombros.

—Un recuerdo del pasado —contestó sin desviar la mirada.

—¿Y lo compartirías conmigo? Igual así me animas también.

Eulalia no pensaba hablarle sobre su primo de Lora del Río, ni sobre el amor de su vida, ni sobre la pérfida condesa viuda de Velasco...

—Concebí un niño a los dieciséis años —dijo de pronto.

Si el doctor mostró sorpresa, los ojos de Eulalia también. La mujer ignoraba qué vendaval la había azotado para soltar semejante confesión, pero ya no había forma de retractarse.

Harry se puso serio porque temía que ella hubiera sufrido una agresión.

—¿Y qué sucedió con el niño? —se atrevió a preguntar.

Eulalia soltó un suspiro suave.

—Nació prematuro —fue lo único que aclaró—. Y lo he llorado toda mi vida.

Harry entendió que había nacido muerto.

—¿Y el padre? —inquirió más interesado de lo que quería mostrar con el tono de su voz.

—Estaba casado, pero no era feliz —la voz de Eulalia había bajado varios tonos hasta quedarse en un susurro—. Además era bonapartista, y por eso fue juzgado por traidor.

Harry apartó el plato unos centímetros, y tomó la copa de vino que estaba llena. Se la llevó a los labios y bebió un trago largo.

—Lo lamento mucho.

Eulalia le mostró una sonrisa.

—No es verdad —lo corrigió—. No puede lamentar algo que no le atañe.

Harry entrecerró la mirada.

—Tienes una pésima opinión sobre la gente —la acusó serio.

Su crítica le había dolido porque a él lo conocía, y le afectaba su opinión. Los ojos de Eulalia se abrieron de par en par. ¡Le importaba su parecer! ¿Cuándo había sucedido ese cambio sustancial?

Harry fue consciente de la confusión que mostró el rostro hermoso de ella.

—Le gente me ha defraudado bastante —confesó apenas en un susurro, y pensando en una persona en particular: la condesa viuda.

Harry dejó la copa vacía sobre la mesa.

—Entonces te ha importado lo que ha dicho mi sobrina sobre ti —volvió a insistir.

—No —contestó Eulalia sincera.

Harry entrecerró los ojos y la escrudiñó a conciencia.

—¡Hablas con la verdad! —exclamó de pronto.

—Si todas esas descalificaciones las hubiese pronunciado usted, sí me habrían importado.

El tiempo parecía que se había detenido para los dos.

—¿Por qué? —quiso saber.

Eulalia no quería responder, pero sabía que no le quedaba más remedio.

—Porque a usted lo conozco, porque le tengo cierto afecto, y porque empiezo a sentirme agradecida de que me salvara la vida.

Harry gruñó incrédulo.

—Al principio no parecías agradecida.

Eulalialadeó la cabeza. No podía explicarle que al salvarla había invalidado su sacrificio para que la maldición que ella había lanzado sobre María y sobre el hijo que había alumbrado fuera efectiva. Pero como era una mujer de recursos, jamás perdía el tiempo en asuntos que ya no tenían remedio.

—Guardas muchos secretos —lo escuchó decir.

Eulalia carraspeó.

—Tan importantes como mi edad, y que nunca le revelaré.

Harry terminó sonriendo. Eulalia era única.

—Así que me tienes afecto —le recordó sus propias palabras.

—El mismo que a un cachorrillo que hubiera salvado del agua.

A Harry se le borró la sonrisa. La mujer que tenía en frente era puro magnetismo sexual. Miraba de una forma que lo hacía arder hasta reducirlo a brasas. También, era la mujer con menos tacto que conocía al replicar.

—Si fueras un cachorrillo, ahora estarías sobre mi regazo.

Eulalia siempre había tenido la lengua muy suelta, y aunque había recibido contestaciones de todas las escalas sociales a sus pullas, ninguna la cohibía tanto como las que le ofrecía el doctor.

—Pero no soy un cachorrillo —contestó al fin.

—Ni estás sobre mi regazo —anotó con un timbre desilusionado, lo que le provocó a ella un escalofrío. ¿Se habría apagado la chimenea? Se preguntó Eulalia.

Harry la veía muy atractiva y seductora. Se había apoderado de Bromley Hall como si la casa le perteneciera por derecho, como si el mundo no fuera más que un lugar un poco más grande

y estuviera decidida a conquistarlo. Le parecía hipnótico, y fascinante, tanto poder de persuasión en una mujer.

Eulalia se sentía irremediablemente atraída por la seguridad que transmitía, por su confianza, por su elegancia innata y sus modales exquisitos que eran un calco de la aristocracia a la que estaba tan acostumbrada, pero que en Harry esos gestos no se veían arrogantes ni pependencieros.

Los dos escucharon la llave en la cerradura, y el sonido de la puerta que alguien abre con cuidado, Eulalia parpadeó confusa.

—Debe de ser William, mi secretario.

Justo antes de levantarse de la mesa, el mencionado hizo su entrada en el comedor. Eulalia se extrañó de que un secretario tuviera las llaves de la casa del propietario.

—Eulalia, te presento a William Doley, mi hombre de confianza.

El secretario, mucho más joven que Harry, no le besó la mano porque ella no se la ofreció.

—Señora —la saludó cortés.

—Les dejaré a solas —les ofreció Eulalia mientras recogía la copas vacías en una bandeja para llevarlas a la cocina.

Eulalia dejó la bandeja en la larga mesa de madera de trabajo, y supo que se le había presentado la oportunidad que tanto había estado esperando.

Se puso a la tarea de inmediato.

Tiempo después, no le quedó rincón ni mueble que examinar del despacho. Había creído que le sería fácil encontrar las joyas que él guardaba de ella, pero se había equivocado. En la pequeña estancia no había cajones cerrados con llave, ni caja fuerte.

Eulalia podía escuchar la voz de ambos hombres, aunque no entendía lo que decían porque hablaban un tono muy bajo. Estaba claro que no deseaban que ella se enterara del tema que trataban, pero si Eulalia quisiera conocer el contenido de la conversación que mantenían, ninguno de los dos podría impedirselo porque era muy buena espiando sin que notaran su presencia. Como sabía que los dos continuarían su conversación en el comedor, decidió buscar sus pertenencias en la alcoba del doctor, pues era el único lugar aparte del despacho donde podrían estar sus joyas.

CAPÍTULO 13

—Imagino que no has encontrado nada —dijo el doctor al mismo tiempo que le servía una copa de vino a William.

—La mujer no vivía en Londres —contestó el secretario.

—Londres es una ciudad muy grande —argumentó Harry como constatando un hecho.

—Con esos rasgos tan marcados, es poco menos que imposible que nadie se percatara de ella.

Harry se quedó pensativo. Eulalia era una mujer exótica. Poseía una apariencia que no pasaba desapercibida, mucho menos su fuerte personalidad. William debía de tener razón, si no había podido encontrar a nadie que la conociera en Londres, es porque no vivía allí.

—¿Qué opciones tenemos?

William hizo un gesto negativo con la cabeza.

—He recorrido varios campamentos de gitanos, primero en Londres, y después en otras ciudades, pero he obtenido el mismo resultado: silencio.

—Laly tiene que tener familia en algún lugar—casi susurró el doctor.

El secretario apuró el contenido de su copa.

—¿Puede ser peligrosa? —preguntó un minuto después.

Harry hizo un gesto negativo con la cabeza. Eulalia era tenaz, contestona, dispuesta, e incluso arisca.

—Laly puede tener muchos defectos, pero causar peligro a otros no es uno de ellos —contestó Harry pensativo.

—Me sorprende que no se haya marchado de Bromley Hall.

No quería revelar que Eulalia no se había ido porque él guardaba sus pertenencias a buen recaudo.

—Imagino que cuando esté preparada se marchará. Mientras tanto le he ofrecido la hospitalidad de mi hogar.

—¿Está seguro? —el secretario hacía la pregunta sin mucha convicción.

Harry sonrió en respuesta.

—Cada día me convengo más de que en realidad no quería suicidarse.

—Se habría ahogado sin su intervención —apuntó el secretario.

—Es posible, pero Laly es como una fuerza de la naturaleza.

—¿Qué quiere decir?

—Tiene vigor en su mirada, en sus palabras, en sus gestos, incluso en sus silencios —reveló el doctor.

—Le recuerdo que intentó suicidarse —apuntó William.

Harry seguía inmerso en sus propios pensamientos.

—Hay en ella un sentimiento maternal protector que no he visto en otras mujeres, por eso puedo afirmar que tiene una sensibilidad especial. Estoy convencido de que no volverá a intentarlo.

William no sabía qué pensar al respecto. La mujer era una extraña para él, pero a sus ojos estaba claro que el doctor había caído bajo su embrujo.

—Es una mujer muy hermosa —afirmó sin dejar de mirarlo

Harry sonrió.

—Lo es.

—El abogado ha recibido su orden para el testamento, y vendrá a Bromley Hall el próximo viernes.

Harry deseaba hacer algunos cambios en su testamento debido a las intenciones de su sobrina de casarse con Jason Smith. Bromley Hall quedaría en fideicomiso hasta que el primogénito que naciera de esa unión, alcanzara la mayoría de edad.

—Imagino por su semblante, que Emily sigue obedeciendo las órdenes de lord Allergan.

—La última discusión que mantuvimos fue ofensiva e innecesaria.

William trabajaba llevando las cuentas de Harry Tyler más de diez años, y por eso sabía que cada mes pasaba a la cuenta del banco de su sobrina la suma de quinientas libras. Si Bromley Hall no fuera una propiedad tan próspera, el doctor habría quedado en la ruina mucho tiempo atrás.

—Usted le ha dado mucho más económicamente que Allergan —le recordó el doctor.

Pero Harry no le había dado a su sobrina sólo dinero. Había tratado de ser un padre para ella, salvo que Emily siempre había despreciado sus intentos de acercamiento.

—Nada de lo que haga o diga parece satisfacerla.

William tenía un nombre para ese tipo de persona, salvo que se guardó su opinión.

—Emily será una mujer muy rica —apuntó el secretario.

—Y muy desgraciada —susurró el doctor—. Y me pregunto si todo mi esfuerzo habrá merecido la pena.

Harry recordó a todo lo que había renunciado por ella. Dejó su puesto de director en el mejor hospital de Londres. Abandonó una carrera prometedor para irse al campo pues Great Marlow era tan pequeño que carecía de todo a lo que él había estado acostumbrado. Incluso había renunciado a tener una familia propia porque se había centrado por completo en ser la familia de su sobrina.

—Durante muchos años me negué a verla como la egoísta que es —le dijo el doctor al secretario con enorme pesar en la voz—. Si hubiera estado a mi lado, Emily sería una mujer diferente —continuó con la mirada perdida en un punto del comedor—. Y siento que le he fallado a mi hermana.

—La culpa de cómo es Emily en realidad, es obra en exclusiva de lord Allergan —replicó el secretario—, pues la ha moldeado a su imagen.

Harry se quedó durante un tiempo en silencio, como si valorara y descartara opciones.

—Si finalmente Emily se casa con Smith, creo que regresaré a Londres.

El secretario hizo un gesto afirmativo con la cabeza porque aprobaba esa decisión. Harry Tyler era el mejor hombre que conocía, también el mejor en su profesión, y había dejado una fulgurante carrera como cirujano para convertirse en médico rural.

—¿Desea que siga indagando sobre Eulalia?

Harry lo pensó un momento. Si en una ciudad como Londres no había podido recabar información, mucho dudaba que en otros lugares tuviera éxito.

—Mantente alerta —le ordenó.

William sabía que lo despedía. Se levantó de forma ceremoniosa, y, saludando con un gesto, salió del comedor en silencio.

Harry se quedó tan callado como pensativo.

Eulalia se puso las manos en las caderas, y soltó un suspiro largo. Llevaba más de veinte minutos rebuscando entre las pertenencias del doctor sin encontrar nada. Dónde diablos habría colocado sus joyas.

«¿Y si no están en Bromley Hall?», se preguntó la gitana.

Giró sobre sí misma mirando los lugares en los que había rebuscado sin éxito: el interior del armario, en la mesilla, escritorio, y también en el interior de los bolsillos de su vestuario.

«Si no están en la biblioteca, ni en el despacho, ni en su alcoba, debe de haberlas escondido en otro lugar de la casa», se dijo Eulalia. Iba a mirar en los jarrones del salón, y decidida se dio la vuelta, y entonces lo vio parado en el umbral de la puerta. ¡No lo había escuchado! ¿Por qué diablos sonreía?

—¿De verdad llegaste a pensar que escondería unas joyas tan valiosas en Bromley Hall? ¿Crees que no pensé que las buscarías?

Las mejillas de Eulalia se incendiaron como una pira.

—Es hora de que me las regreses —lo tuteó por primera vez.

Harry dio un paso hacia el interior de la alcoba.

—Y lo haré cuando me demuestres que te pertenecen en realidad.

Esa frase la tensó le estómago.

—Llevo el suficiente tiempo aquí en Bromley Hall para que te hayas dado cuenta de que no soy una ladrona.

Era cierto, pero Harry quería saber el lugar de donde procedía ella. Sentía la necesidad de hablar con las personas que la conocían.

—Entonces dime quién te regaló esas joyas tan valiosas... porque se trata de un hombre, ¿verdad?

Eulalia se dijo que habían sido cuatro, entre ellos dos duques, un conde, y un marqués que en el presente era también duque por nacimiento.

—Sí —afirmó categórica—. Bueno, en realidad fueron cuatro los hombres que me agasajaron con joyas.

Que ella lo admitiera le provocó a él una leve sensación de vértigo.

—¿Amantes?

La conclusión a la que había llegado el doctor le arrancó una sonrisa. Si Devlin, Justin, o el mismo Rodrigo lo escucharan, cuando menos soltarían una sonora carcajada.

—Sólo a uno de ellos lo amé con toda mi alma —respondió sincera.

Harry tenía la impresión de que la gitana jugaba con él.

—¿Y los otros?

—¿Acaso importa?

A él sí le importaba, y ser consciente de ello le provocó ansiedad a su corazón.

—No debería, pero sí me importa.

Eulalia abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué? —preguntó visiblemente alterada.

—Por qué quiero conocerte mejor.

—¿¡Por qué!? —casi gritó la gitana.

Harry soltó un suspiro largo.

—Pregúntate, ¿por qué querría un hombre conocer a una mujer?

Eulalia entrecerró los ojos y dio un paso hacia atrás.

—Para llevársela al lecho —soltó tal cual lo pensó.

Harry dio varios pasos hacia ella.

—Confieso que sí me gustaría llevarte al lecho, pero para ello no necesitaría conocerte tanto como pretendo.

Eulalia parpadeó, ¿había interpretado bien lo que él había querido decir? Se preguntó.

—¿Estás insinuando...? —no pudo continuar.

Harry se había acercado tanto a ella, que Eulalia no podía moverse del sitio pues quedó encerrada entre un mueble y él.

—¿No te ha quedado claro el interés que me despiertas?

Eulalia se había quedado sin habla.

—Olvidas que soy gitana —respondió de pronto.

—¿Y eso significa? —la animó a que continuase porque esa afirmación sin base carecía de sentido.

—Entre los gitanos las mujeres se casan vírgenes, los hijos son sagrados, y los lazos familiares son indestructibles —contestó ella.

—¿Y piensas que en el resto de la sociedad es diferente?

Eulalia sentía la necesidad de escapar. La presencia del doctor la descentraba. Sus palabras le provocaban una marea de sensaciones que no quería analizar.

—Tú no eres gitano —respondió mirándolo fijamente—. Es imposible una relación entre nosotros.

Harry detestaba la forma sincera que tenía de exponer los asuntos.

—Salvo por el color oscuro de tu pelo y esos enormes ojos negros, tú tampoco pareces cien por cien gitana —los labios de Eulalia se tensaron aunque no fue premeditado—. Tu piel es casi tan blanca como la mía.

—Eso es porque he pasado demasiados años en Inglaterra —trató de justificarse—, donde el sol brilla por su ausencia.

La mano del doctor se había posado en el hombro femenino. Ante el contacto, Eulalia sintió una debacle emocional.

—Si no me miraras de esa forma...

El doctor no continuó la frase.

—¿Qué...? —lo animó Eulalia a que la terminase.

—No sentiría este deseo abrasador de besarte.

Ninguno de los dos esperó que el doctor hiciera precisamente eso. Harry inclinó la cabeza, y se apoderó de los labios turgentes de Eulalia que no supo responder en el primer segundo. Estaba tan sorprendida que no fue capaz de rechazar el beso, y Harry se lo tomó como una invitación a que profundizase en la posesión de la boca de ella. Hacía demasiados años que a Eulalia no la besaban, y la soledad, el desamparo, y la fuerza de la naturaleza que vivía en ella, le hizo entreabrir la boca y aceptar el beso.

Era maravilloso sentirse viva de nuevo. Que la sangre circulara por el interior de sus venas a toda velocidad, como sementales desbocados. La lengua de él caliente y firme, buscaba en el interior de ella de una forma seductora. Eulalia no fue consciente de que una de sus manos fuertes la sujetaba por la nuca, y la otra por la cintura. Que pegaba su cuerpo musculoso al de ella, y se la bebía entera. Ninguno de los dos fue consciente del tiempo que duró el beso, pero estaba claro que no deseaban terminarlo. En la alcoba del doctor no existía la prudencia, ni el decoro, sólo dos almas hambrientas que se descubrían la una a la otra.

Y no fue Eulalia quien puso fin al contacto íntimo que compartían. No habría podido de lo

conmocionaba que estaba. Harry, sin abrir los ojos, puso sus labios en las sienes de ella al mismo tiempo que respiraba de forma agitada.

—Debo parar, aunque ardo en deseos de seguir besándote.

Eulalia regresó de pronto al presente. Su mente era un caos, su corazón una máquina acelerada hasta el punto del colapso. No circulaba sangre por sus venas sino ríos de lava.

Cuando Harry la separó la distancia de una mano, clavó sus ojos azules en los negros buscando una recriminación, salvo que no la encontró.

—He deseado hacer esto desde el mismo momento que te saque del río.

Fue mencionar su intento de suicidio, y toda la magia que había vertido sobre ella, se esfumó de repente.

—Pues no debiste hacerlo —aquí venía la recriminación esperada, se dijo él—, y esto no debe volver a ocurrir.

—Has sido creada para disfrutar del amor, Laly —le dijo muy serio.

Eulalia quería llorar. Sentía que le había sido infiel al amor de su vida, y maldijo lo que el doctor le hacía sentir después de tantos años.

—Si vuelves a besarme, desparramaré tus tripas por Bromley Hall —lo amenazó.

Harry no la creía en absoluto, y sabía que había dado un paso de gigantes en su relación con ella.

—Pues habría merecido la pena, la verdad.

Eulalia se soltó bruscamente de sus brazos.

—Cuando una gitana ama, es para toda la vida.

Harry la sujetó del codo, y la obligó a mirarlo fijamente.

—Tenías dieciséis años —le recordó—. Apenas habías nacido a la vida.

Eulalia quería soltarse pues su mano le quemaba allí donde la sujetaba.

—No deseo continuar con esta conversación —le dijo brusca.

Harry la soltó finalmente.

—Ahhh, eres una gitana cobarde —se burló cuando ella caminó hacia la puerta decidida a salir por ella.

Y sus palabras lograron detener sus pasos. Eulalia se giró sobre sí misma, y lo taladró con la mirada.

—Cuidado, payo, no sea que tengas que tragarte tus palabras.

CAPÍTULO 14

Tras varios días de evitarlo a conciencia, la tensión entre el doctor y Eulalia había alcanzado proporciones cósmicas. Él, seguía mostrándose amable, y de vez en cuando lograba arrinconarla para que admitiera que también sentía algo por él, pero ella lo rehuía. Julia no sabía a ciencia cierta lo que había sucedido entre ambos, aunque lo suponía. La tensión sexual entre el doctor y la gitana, era imposible de ignorar.

El secretario y hombre de confianza de Harry dejó Bromley Hall la semana anterior porque había surgido un problema grave en uno de los negocios que tenía el doctor en Escocia, y la visita del conde de Hambleton para dejarle la invitación de la boda de Emily, sumió al doctor en un enfado de los que hacían historia, también en una melancolía contagiosa. Se pudo escuchar a millas de distancia la discusión que mantuvieron los dos hombres. Eulalia nunca había visto a Harry alterado, pero esa tarde descubrió que no quería volver a verlo nunca más.

Tras la marcha del pomposo noble, el doctor se encerró en su despacho, y no salió de allí en dos días. Ni se alimentó, ni atendió a sus pacientes. Julia lloraba en la cocina, y Eulalia la consolaba. Cuando un vecino bastante mayor acudió a la casa porque su mujer tenía fiebre, Harry no le atendió. El hombre se veía desesperado, y Julia lloró más fuerte.

Eulalia se ofreció a acompañar al anciano, y se llevó una cesta con empastes y tónicos que ella misma elaboraba. No era la primera vez que trataba con fiebres, y pensaba ayudarlo. Antes de salir por la puerta, Eulalia miró a Julia y soltó un suspiro.

—Llévale la bandeja de la cena al doctor, y si te pregunta por mí, dile que yo me ocuparé de todo.

El anciano se resistía a que Eulalia lo acompañara, pero la gitana había superado obstáculos mayores en su vida que la reticencia de un hombre de su edad. Sin despeinarse le dijo que tenía amplia experiencia en tratar a enfermos. El anciano le preguntó si era enfermera, y Eulalia le sonrió como confirmando sus palabras.

Los dos salieron de Bromley Hall a las cinco de la tarde, a las nueve, el doctor azuzó su montura para alcanzarlos.

—Ya le he dicho que es un enfriamiento —le dijo Eulalia al anciano después de bañar a su esposa, secarla, y vestirla con ropas limpias.

En ese momento le estaba dando una cucharada de tónico.

—¿Está segura? —el anciano lo preguntaba por norma, porque viéndola trabajar, no tuvo ninguna duda de que la mujer forastera sabía lo que hacía.

—Esta infusión de plantas le ayudarán a bajar la fiebre, y le calmarán la tos.

El baño había logrado que le bajara la fiebre, pero la mujer tenía una tos ronca.

—¿De qué está hecho? —le preguntó el anciano observando la botella que Eulalia había dejado sobre la mesa.

—De saúco, tomillo, salvia, y menta —le explicó la gitana.

Justo cuando se bajaba las mangas del vestido y se quitaba el delantal blanco, Harry hizo su entrada en la habitación. Eulalia lo miró, ¿cómo había entrado en la casa si el dueño estaba con ella?

—¡Doctor! —exclamó el anciano que ya había olvidado las malas formas de Harry cuando fue a buscarlo—. Ya hemos bañado a Susan, y le ha bajado la fiebre.

Harry miraba fijamente a Eulalia. Como hombre de ciencia desconfiaba de los remedios naturales que solían utilizar los curanderos.

—Julia me dijo que estabas aquí —le espetó con dureza—. Luego mantendremos una conversación tú y yo.

Dejó su maletín a los pies de la enferma, y se dispuso a tomarle el pulso. Tras varios minutos de reconocimiento, Harry se giró hacia el anciano.

—Es un enfriamiento —le dijo serio.

El anciano miró a la gitana que ladeaba la cabeza con una media sonrisa.

—Eso mismo ha dicho su ayudante —contestó el hombre.

Harry estuvo a punto de contradecirlo, pero estaba claro que Eulalia había hecho un trabajo muy bueno con la anciana. El doctor sacó un frasco medicinal y se lo tendió.

—Dele una cucharada por la mañana, otra por la tarde, y dos después de cenar —le recomendó el doctor.

El anciano tomó con la otra mano el frasco que le tendía el doctor.

—Gracias a los dos.

Harry metió en el maletín sus instrumentos y lo cerró de un golpe.

—¿Vendrá entonces mañana? —preguntó el anciano.

—Con la medicación no será necesario, a menos que le suba la fiebre.

—Le preguntaba a su ayudante —contestó el anciano.

Harry miró a Eulalia que se veía visiblemente incómoda.

—El caldo de pollo ayuda al convaleciente, y está claro que Peter no sabe prepararlo —se justificó Eulalia.

Las cejas de Harry se alzaron con un interrogante.

—Un buen caldo le sentará muy bien —aceptó finalmente.

El anciano les dio de nuevo las gracias, y los despidió en la puerta. Harry sujetó el maletín a la montura, y cogió las bridas.

—Te sugeriría que montaras conmigo, pero ya imagino tu respuesta.

—No me importa caminar de regreso.

El camino desde Bromley Hall hasta la casa de Peter y Susan lo había hecho en la calesa

del anciano. Habían tardado apenas treinta minutos.

—No voy a dejarte que regreses sola a la casa —le aclaró Harry sujetando mejor las riendas—, así que caminaré a tu lado.

Eulalia se ajustó el chal a los hombros y comenzó a dar zancadas largas. Se había dejado la cesta con los remedios en la casa de los ancianos, pero no se preocupó porque al día siguiente podría recogerla.

—Tendría que agradecerte tu ayuda, pero no lo haré porque lo que has hecho puede ser peligroso cuando no temerario.

El cuerpo de Eulalia se tensó.

—El tónico que le he dado es una cocción de hierbas, hierbas que se han usado durante siglos para tratar la fiebre y la tos —respondió afectada.

—No creo en ese tipo de curaciones —respondió Harry en un tono suave porque no quería molestarla—, pero afortunadamente, Susan sólo padece un leve enfriamiento.

Eulalia paró sus pasos. Habían dejado el camino principal para tomar la bifurcación junto a la ribera del río. Una fila de árboles ocultaba la luna. Eulalia se volvió a ajustar el chal que le ofrecía poca protección para el frío y la humedad de la noche. Harry se quitó la larga capa, y se la colocó a ella sobre los hombros, Eulalia no la despreció.

—En la montura llegaríamos más rápido.

Eulalia no quería provocar al destino, así que desechó la sugerencia. Lo último que deseaba era el contacto directo con su cuerpo, y cabalgar en la grupa pegada a él sería el colmo de la temeridad.

—La fiebre, a la edad de Susan, puede ser muy peligrosa —le espetó ella que comenzó a caminar de nuevo—. De elegir entre tu dejadez y mi temeridad, creo que Peter se inclinaría por lo segundo.

—Estaba demasiado alterado —reconoció el doctor—, y necesitaba un tiempo para calmarme antes de ver a la paciente.

Como era de noche, Eulalia no pudo ver su rostro avergonzado.

—¿Esa es tu excusa, doctor? —la pregunta de Eulalia lo atormentó.

—No tengo justificación —confesó apenado—. Pero Elliot nunca me había llevado al extremo de querer golpear a alguien, y estuve a punto de hacerlo con él.

—¿Y por qué no lo hiciste? —inquirió ella sin disminuir el paso.

—Porque soy un hombre civilizado.

La gitana se paró en medio del camino para mirarlo. La luz de la luna proyectaba sobre ambos sombras plateadas.

—¿Y esa conducta civilizada ha logrado que te sientas mejor? —le preguntó directa.

—La verdad es que no —susurró apenas sin voz—. Y me siento terriblemente mal porque la discusión ha provocado que me comporte de una forma estúpida.

—Susan no estaba al borde de la muerte —le dijo para consolarlo.

—Lo sé, por ese motivo quería tomarme un tiempo para calmarme antes de visitarla —le explicó—, salvo que Peter no se lo tomó muy bien, y terminé discutiendo con él.

Eso ya lo sabía Eulalia.

—Yo discuto contigo, y no por ello dejo de cocinar para ti.

Harry paró sus pasos y soltó las riendas de la montura.

—Desde luego que falaz eres un rato —la acusó de pronto con voz ardiente—. Porque yo no he discutido contigo, simplemente has decidido ignorarme, y no sabes cómo me enfurece tu actitud.

Eulalia se giró al escucharlo.

—Yo no soy mentirosa —se defendió ella—. Salvo que no cuento la verdad completa, que es muy diferente.

La montura se desentendió de ellos, y camino hasta el borde del río donde la hierba crecía más alta.

—¡Pues cuéntamela, maldita sea!

Eulalia volvió a girarse, pero nuevamente la mano de él se lo impidió.

—¿Qué te cuente qué? —dijo ella sin mirarlo.

Harry la retuvo por el brazo, y la acercó hacia él.

—La verdad —le pidió de pronto.

Eulalia volvió a mirarlo.

—Es que no deseo contarte detalles sobre mi vida pasada —respondió sincera.

—Ni sobre el presente —protestó él.

Esa era una gran verdad.

—¿No puedes aceptar que hay asuntos que deseo olvidar? Quizás por eso decidí poner fin a mi vida.

Los ojos de él brillaban en la oscuridad.

—Tienes demasiada voluntad para lograrlo.

Eulalia soltó un suspiro largo.

—Sólo quiero que me devuelvas mis joyas, y me largaré.

Él, no tenía la menor duda al respecto.

—Ahhh, pero es que yo no deseo que te marches —admitió sin un titubeo.

—¿Y qué deseas, Harry Tyler? —le preguntó directa.

—A ti...

Como el doctor la tenía bien sujeta, Eulalia no tuvo tiempo de escabullirse, y cuando la boca de él apesó la suya, la gitana perdió la poca voluntad que le quedaba. Sus labios eran persuasivos, su insistencia tierna. Eulalia se encontró devolviendo el beso de forma apasionada porque toda ella era fuego y viento. Deseo y fuerza. De los besos pasaron a las acciones donde se buscaban la piel de forma frenética. Eulalia terminó recostada en la alta hierba, y Harry devorándola por completo. Ella no quería pensar, sólo sentir, y por eso se entregó a las caricias y los besos como una muerta de hambre.

Varios minutos después, cuando Harry fue consciente de que le estaba haciendo el amor justo en la ribera del río, se detuvo de forma brusca.

—¡Por San Jorge! Estoy completamente loco.

Ella lo tenía sujeto por el cuello, y mantenía los ojos cerrados. De alguna forma, Harry se las había ingeniado para tener acceso a los pechos cremosos.

—Ambos lo estamos —corroboró ella—, pero reconozco que ha sido un momento muy agradable.

Eulalia trataba de levantarse, pero Harry no se lo permitió. Su instinto le dijo que si dejaba pasar esa oportunidad, no volvería a tener otra con ella. Su parte civilizada lo urgía a parar, a portarse como el caballero que era, y la salvaje a continuar el ataque a los sentidos de ella para que no pensara.

—¡Joder! ¡Me vuelves loco!

Harry volvió a tomar posesión de la boca femenina, pero en esta ocasión no fue suave ni paciente porque ardía en un deseo primitivo.

Eulalia terminó rindiéndose a lo inevitable. Harry era el primer hombre que la atraía de

verdad, y tanto, que estaba dispuesta a aceptar sus besos y todo lo que quisiera darle.

Ese encuentro junto al río, marcó un antes y un después en la relación entre ambos.

CAPÍTULO 15

Rodrigo miraba al invitado con cierta ansiedad en sus pupilas. Se había tomado su tiempo, pero al fin había aceptado lo inevitable.

—Estoy aquí contra mi voluntad —dijo el visitante con actitud hosca.

—Me importan poco tus preferencias —respondió el conde.

Martín de Valiente y Caballero entrecerró los ojos oscuros y separó las piernas.

—Ha sido una treta de lo más rastrea implicar a la corona para que accediera a venir.

Rodrigo alzó el mentón.

—Habría recurrido al Santo Padre con tal de lograrlo.

Martín estaba enojado con el conde Ayllón porque sus maquinaciones lo habían apartado del viaje para el que se había preparado durante mucho tiempo. Otro capitán dirigiría el timón del barco Infanta María Teresa.

—Puede que entremos en guerra al otro lado del charco —reveló el agente de la corona—, y yo me encuentro perdiendo el tiempo aquí.

Rodrigo negó con la cabeza.

—No creo que entremos en guerra —afirmó el conde—, porque las relaciones diplomáticas no se han interrumpido —continuó—. Y tu presencia es necesaria en Redtower.

—Te advierto que no me gusta que me chantajeen —le advirtió el hombre de estatura elevada, y que se veía incómodo en la biblioteca.

Rodrigo observó con atención la postura de Martín. Le había quedado claro que no quería estar en ese lugar, que lo hacía obligado, pero él tenía que encauzar los asuntos de una vez por todas. Cuando abrió la boca para decirle algo, una voz lo interrumpió.

—¡Martín! —era la voz de su madre.

¿No había dejado claro que no quería que los molestaran?

El invitado se giró un tercio para mirar hacia la puerta, y, cuando sus ojos se clavaron en la figura de la anciana, mostraron una sonrisa.

—Madrina —fue su respuesta.

—¡Qué pronto has llegado! —exclamó la mujer.

La confusión en el rostro de Martín le dejó muy claro al conde que ignoraba que su madrina había hecho movimientos paralelos a los suyos para traerlo a Inglaterra.

—Me alegra conocer que no se encuentra tan grave como me hicieron creer.

Rodrigo lo escuchaba, y no daba crédito a sus oídos.

—Ven, siéntate a mi lado, tengo muchas cosas que contarte —lo invitó la mujer.

Rodrigo carraspeó.

—Y yo también —anunció el conde.

María miró a su hijo, y le hizo un gesto velado con la cabeza para que se contuviera.

—Primero, los asuntos del reino —matizó la mujer.

Rodrigo se encontró desplazado de ese encuentro. Su madre y su ahijado comenzaron a conversar sobre temas que él creía olvidados para siempre. El mayordomo trajo una bandeja con café y pastas. Elina hizo su aparición para comunicarle que había llegado un mensaje urgente de Crimson Hill reclamando su presencia en la mansión.

Para ojos menos avezados parecería que María estaba enfrascada en una conversación y se mantenía ajena a lo que ocurría a su alrededor, pero Rodrigo sabía que no era así: su madre era la mujer más astuta de cuantas había conocido.

La esposa se pegó al esposo.

—Tengo curiosidad, ¿cómo has logrado que la corona le permita viajar fuera del reino? — la pregunta de Elina lo trajo de vuelta al presente.

—Usando el chantaje —respondió sin ganas.

Elina dejó de mirar el rostro de su esposo para clavar la mirada en el recién llegado.

—He ordenado a las doncellas que preparen la alcoba grande —le anunció Elina—. Es la que da al patio interior, y la que tiene más intimidad pues está alejada del resto de habitaciones.

Rodrigo miró a su esposa con atención. Elina se esforzaba al máximo para estar a la altura de su condición de condesa. Tenía la valiosa ayuda de su hija Isabel, y de su sobrina Aurora, pero había en Elina una cualidad innata de sencillez que no podría maquillar ni ocultar todas las clases de etiqueta recibidas, como la mirada dulce que le dirigía al hijo de Eulalia.

—He ordenado que preparen lechón asado para la cena —Elina dejó de prestarle atención al invitado para clavar sus ojos en la postura firme de su esposo—. ¿Es de tu elección?

—El lechón asado estará muy bien —aceptó Rodrigo.

—Es mejor que me marche, ¿verdad? —le preguntó.

Rodrigo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Debo mantener una conversación seria con Martín —respondió sin mirarla—. Siempre que mi madre me lo permita —apostilló con cierto malhumor.

Elina soltó un suspiro largo. Desde su llegada a Redtower, todo eran problemas. La esposa colocó su mano sobre el brazo del esposo, y como siempre sucedía tras ese gesto, los latidos de Rodrigo se dispararon.

—Si Martín se pone difícil y contrario a la conversación —comenzó a decirle la esposa—. Pregúntale por Catalina.

Rodrigo fue a decir algo, pero Elina aprovechó ese momento para salir de la estancia, y lo hizo como si levitara sobre el suelo. ¿Qué había querido decir al mencionar a la tal Catalina? Lo más inquietante, ¿quién era esa mujer?

Rodrigo desvió la mirada de la puerta que había dejado Elina abierta, y centró su mirada en las dos personas que conversaban como si estuvieran solos en Redtower. Volvió a carraspear, pero tras la visita de Elina, él no se sentía tan molesto como antes.

—Madre, debo conversar a solas con Martín.

María escuchó a su hijo, y le mostró con la mirada lo que opinaba sobre su sugerencia.

—No hay nada que yo no pueda o no deba escuchar —replicó la madre.

Rodrigo caminó unos pasos hasta el sofá, y tomó asiento en un sillón que estaba algo desplazado.

—Traigo despachos oficiales de Hormaechea —reveló Martín.

Rodrigo entrecerró los ojos. Los despachos era la excusa para la presencia de Martín en Inglaterra.

—Los leeré más tarde —anunció el conde.

—Pueden ser importantes —apuntó el invitado.

Rodrigo se había cansado de la reticencia del invitado.

—No estás en Redtower por un asunto oficial del reino —afirmó el conde cansado de su actitud.

—¡Rodrigo! —exclamó la condesa viuda.

El conde ignoró la presencia de María en la estancia.

—Tu madre ha desaparecido —le soltó de pronto.

Martín se quedó callado durante un momento largo.

—Y eso, ¿en qué me implica?

Rodrigo sentía unas enormes ganas de bajarle los humos a ese pendenciero. ¿Cómo mostraba tal indiferencia hacia su propia madre?

—Como te mencioné en los diferentes mensajes que te envié y que ignoraste, cuando Eulalia supo de tu existencia, decidió huir de Redtower.

—Pues está claro que yo no puedo hacer nada al respecto —afirmó Martín con la voz tan templada como su postura.

—Tus conocimientos serían de gran ayuda para encontrarla —continuó el conde.

Martín lo miró estupefacto.

—¿En Inglaterra? —preguntó con voz aguda—. Podría encontrarla en la sierra de Burgos, o en el Maestrazgo, pero no en Inglaterra —concluyó demasiado rápido—. Además, todo este asunto me parece una encerrona que...

María lo cortó.

—Estamos muy preocupados por Eulalia, sobre todo porque conoce que sigues vivo.

Sí, Martín ya conocía esa circunstancia porque el conde se lo había dicho por activa y por pasiva.

—Tendríais que respetar su voluntad —dijo el hombre. Rodrigo lo miró atónito—. Debe de tener sus motivos para desaparecer.

—¿Piensas que vas a librarte de aceptar tu parte de responsabilidad en todo esto? —estalló el conde.

El hombre lo miró con una advertencia al percibir la peligrosidad de su pregunta.

—Conocías cuál era mi postura al respecto —le recordó seco.

—Y no sabes cuánto me he arrepentido de mantenerla —contestó el conde.

—Pero es que esto no va de que una madre sepa que su hijo vive, o de que yo trate de forjar relaciones con ella —protestó Martín—. Hay asuntos demasiado delicados en torno a mi nacimiento que deberían de seguir ocultos.

Rodrigo sabía lo que Martín trataba de explicar.

—Tu hermano Alonso debe conocer tu existencia —aseveró el conde sin un parpadeo.

—Si mi identidad sale a la luz soy hombre muerto —afirmó Martín sosteniéndole la mirada a Rodrigo.

—Tu madre jamás te delataría —afirmó María en un susurro.

Martín dejó de mirar al conde para clavar los ojos en su madrina.

—Pero Alonso de Lara sí —contestó serio.

—De mi yerno puedo ocuparme yo —apuntó Rodrigo.

Martín optó por levantarse del sofá y caminó hacia el centro de la estancia. Se quedó durante unos minutos pensativo, como si descartara opciones.

—Eulalia se merece conocer el maravilloso hijo que ha dado a este mundo —dijo de pronto María, pero no le arrancó a Martín ni un comentario.

Seguía callado con los brazos cruzados al pecho en una postura que parecía de indecisión.

—Ya no hay vuelta atrás —la voz de Rodrigo lo trajo de vuelta de sus cavilaciones.

—¿Tenéis alguna idea de dónde puede estar escondida? —Tanto María como Rodrigo hicieron sendas negaciones con la cabeza—. No puedo quedarme en Inglaterra —anunció Martín con un suspiro.

—No voy a permitir que te vayas —sentenció Rodrigo—. Así tenga que atarte de pies y manos.

Martín miró al conde con sorpresa en sus ojos.

—Estabas esperando este desenlace, ¿verdad? —le dijo de pronto.

—Desde hace demasiados años —contestó Rodrigo—. Y va a encantarte la mujer que tienes como madre.

—Lo dudo seriamente —respondió en un tono decepcionado, y resignado a su suerte.

Rodrigo miró a Justin sin creerse sus palabras.

—¿Cómo sabes que pertenecía a Eulalia?

El duque seguía mostrándole la joya.

—Porque se la regalé poco después de regresar a Crimson Hill —le explicó—. Era mi forma de agradecerle toda la ayuda que me prestó con mi esposa e hijos cuando estuve ausente.

Rodrigo entrecerró los ojos. Justin no había estado ausente, su sobrina lo había abandonado.

—¿Y cómo ha regresado a tu poder? —le preguntó Rodrigo todavía atónito.

—Es una pulsera de zafiros única, que fue vendida a un orfebre de Great Marlow —continuó explicándole Justin—. El orfebre la llevó consigo a Londres para venderla al mejor joyero de la ciudad.

—Jeremiah Matthew —terminó el conde por él.

Él mismo le había comprado a ese joyero el anillo de casada a Elina por sugerencia de Justin.

—A Jeremiah Matthew le extrañó que un orfebre de un pueblo pequeño quisiera venderle, precisamente, la pulsera que yo le compré años atrás.

—¿No puede ser otra similar? —Rodrigo quería asegurarse—. Sería demasiada casualidad. Justin le dio la vuelta para mostrarle el cierre. La hoja tenía el sello del ducado de Arun.

El rostro de Rodrigo se demudó.

—¿Dónde está Great Marlow? —preguntó ávido.

—Al sur del condado de Buckinghamshire —contestó Justin.

—Voy para allá de inmediato —respondió el conde.

Justin lo sujetó del brazo.

—Nada más conocer la noticia, mi esposa, tu sobrina, decidió desoír mis consejos, y se marchó en carruaje, y de eso hace más de una hora.

Rodrigo se mesó el cabello castaño.

—Elina me dio tu mensaje, pero me encontraba hablando con Martín.

—¿El hijo de Eulalia? —inquirió—. ¿Está en Inglaterra?

Estaba claro que al duque le costaba aceptar esa noticia inesperada.

—He tenido que involucrar a la propia corona para traerlo porque el muy necio se negaba. —Justin silbó al escucharlo—. Tenemos que traer a Eulalia —susurró Rodrigo que seguía pesando a toda velocidad.

—No creo que esté en Great Marlow —apuntó el duque—. Se lo sugerí a mi esposa, pero no atendió a razones.

—Sí, es típico en ella —respondió el conde.

—Pretendía enviar a uno de mis hombres para que recabara información y se asegurara de que Eulalia se encontraba realmente allí, pero Dawn no quiso escucharme. Decidió por sí misma, y le ordenó el cochero que la llevara a Great Marlow.

—¿Ha ido sola?

Justin negó con la cabeza.

—No, la acompaña Paul en el carruaje, y Cillian en su montura, salvo que Aurora no sabe de este último.

Rodrigo suspiró tranquilo porque Paul era un militar retirado, y Cillian el guardaespaldas de su sobrina: el hombre que vigilaba sus pasos sin que ella lo supiera. Jamás se dejaba ver, pero siempre estaba ahí al acecho. Desde la desaparición de Blanca Beresford, Justin había tomado

medidas de seguridad para su esposa e hijos.

—Tengo que ir a Great Marlow —murmuró el conde para sí mismo, pero el duque lo había escuchado.

—Es mejor que esperemos el regreso de mi esposa —le sugirió Justin conciliador—. Si Eulalia no está en Great Marlow, sería un viaje estúpido.

Rodrigo sabía que Justin hablaba desde la razón, pero saber que Eulalia estaba viva y a unas horas de distancia, le provocaba ansiedad.

—Pienso que estás en lo cierto —admitió al fin—. Esperaré el regreso de mi sobrina aunque la impaciencia me agobia.

—¿Le darás al hijo la noticia? —le preguntó.

Rodrigo negó con la cabeza.

—Si Eulalia no está en Great Marlow, sería una tontería avanzarle esperanzas a mi madre.

A Justin le sorprendió que Rodrigo se refiriera a María y no a Martín, y se preguntó el motivo.

—¿Te apetece un té? —le ofreció el duque.

Rodrigo negó.

—Lo que realmente necesito es un brandy...

CAPÍTULO 16

Parecía que la luz inundaba Bromley Hall desde que Eulalia y Harry habían regresado de la casa de Peter y Susan. Julia se dijo que parecían dos adolescentes enamorados, y se alegraba de verdad por el doctor, porque nunca, en los años que lo conocía, lo había visto tan cambiado. Incluso parecía más joven. Cuando Eulalia le pidió que la acompañara a la casa del joyero, jamás pudo imaginara que pretendía vender una pulsera. Fue verla, y creer que no le pertenecía, tiempo después le preguntó al doctor que le confirmó que Eulalia era la propietaria de esa joya y de otras más valiosas. Ella se hacía muchas preguntas, y cuando se atrevió a preguntarle a la gitana, Eulalia no se molestó por su desconfianza. Lo más sorprendente es que había utilizado parte del dinero que había obtenido para comprarle telas, hilos, agujas, y todo lo que necesitaba para coser. Algunas de las telas eran tan caras, que a Julia casi le daba miedo tocarlas.

Que Eulalia se marchara de Bromley hall después de la marcha del doctor, y sin decirle nada, despertó las sospechas de Julia porque ignoraba a dónde iba y por qué motivo. Pero al cuarto día, Eulalia ya no se marchó, ella le preguntó el motivo, y la gitana le reveló que ya había comprado todo lo que necesitaba. Julia quería saber qué era, pero Eulalia le dijo que era mejor que no lo supiera.

—Va a quedarte precioso —le dijo Julia.

En ese momento le estaba midiendo el bajo del vestido.

—La tela es muy bonita, pero un poco escandalosa, ¿no opinas igual?

Julia se levantó después de haber colocado los alfileres en el bajo.

—El rojo te queda excepcionalmente bien —le dijo la cocinera con sinceridad—. Resalta el color oscuro de tu cabello.

—Vas a ser una modista famosa —la aduló Eulalia.

Se bajó del taburete, y comprobó el vuelo. El tejido era tan suave y fino que parecía seda.

—¿Cómo pueden llegar estas telas tan maravillosas a un lugar tan pequeño y recóndito como Great Marlow?

Preguntó Eulalia, pero era una pregunta retórica.

—No levantes así el brazo que vas a soltar los embastes —le ordenó la otra seria.

Eulalia bajó los brazos.

—Eres muy marimandona —la regañó con cariño.

—Ya puedes quitártelo, y seguir cocinando —le dijo Julia mientras colocaba el resto de alfileres en el canasto.

Eulalia sonrió de oreja a oreja.

—Tengo el estofado a punto, y las empanadillas de boniato horneadas y doradas —contestó alegre—. Voy a dedicar el resto de la tarde a holgazanear.

Julia resopló porque eso le parecía imposible tratándose de Eulalia.

—No he conocido a nadie con más energía que tú —le dijo mientras se volvía a colocar el delantal blanco.

—No tengo exceso de arrojo, es que vosotros carecéis del suficiente ánimo —contestó mientras batía unas claras de huevo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó Julia.

—Unos besos de novia —respondió Eulalia.

—Me gusta hasta el nombre —suspiró la muchacha.

Y de pronto, Eulalia se encontró tarareando un romance.

—¿Qué cantas? —le preguntó Julia.

Estaba claro que la muchacha no podía mantener la boca callada.

—La historia de Adela...

—¿Qué historia es esa?

—La de una muchacha que murió por amor.

Julia dejó lo que estaba haciendo, y la miró triste.

—Yo jamás cantaré un romance así de atribulado.

Eulalia le dio la vuelta al cuenco, y comprobó que el merengue ni se deslizaba, ni se movía.

—Está perfecto —susurró contenta con el resultado.

Montar merengue en su punto, no era tarea fácil.

—¿Y qué vamos a hacer con toda la comida que has preparado?

—¡Vaya pregunta tonta! —exclamó Eulalia—. ¿Qué se hace con la comida? ¡Comerla!

Julia le daba conversación porque estaba encantada de la transformación de la gitana. No había en Great Marlow una mujer más feliz que ella. La alacena estaba llena de tartas variadas, de conservas, y especias molidas. A ella le gustaba especialmente el olor que desprendían. En el patio trasero había plantado un pequeño huerto con hierbas aromáticas. Bromley Hall nunca había sido tan fructífero, ni tan alegre.

De repente sonó la campanilla de la puerta. Eulalia seguía preparando los suspiros de novia.

—¿Puedes abrir tú? —le pidió a la muchacha.

—Debe de ser Peter que viene a por más tónico herbal.

Eulalia sonrió. Peter no era el único que llegaba a Bromley Hall en busca del tónico para la fiebre y la tos, otros vecinos de la comunidad, también querían hacerse con una botella.

—Si yo fuera tú —comenzó Julia—, lo vendería a precio de oro.

—Con la salud no se comercia —respondió la gitana, pero dudaba de que Julia la hubiera escuchado porque se había marchado de la cocina.

«Verás Harry cuando pruebes estos besos de novia», canturreó Eulalia feliz. Después de haberse entregado a él en la ribera del río, Eulalia pasó las siguientes horas llorando y sintiéndose culpable, infiel, y la peor de las mujeres. Pero él, intuyendo lo que sufría su corazón, no le permitió ni un segundo de soledad. El reloj marcaba las dos de la madrugada cuando regresaron a Bromley Hall. Harry le preparó un coñac caliente, un baño, y se quedó con ella. Eulalia no quiso hablar con él, incluso discutió, pero él se mostró paciente, tierno, y dispuesto al diálogo. Eulalia, tras la reticencia inicial, y mientras el agua caliente templaba sus músculos, terminó confesándole que llevaba guardando luto por Alonso Miguel toda su vida. Que lo había querido de verdad, y cuando Harry le mostró que hablaba en pasado, el corazón de Eulalia se trabó en una pausa dolorosa. Alonso Miguel ya no iba a regresar, y, allí donde estuviera, si la había querido de verdad, no querría que estuviera sola y que fuera una mujer amargada. Ser consciente de esa verdad, le supuso un cataclismo que puso su perspectiva del revés.

Harry le secó la piel caliente de su cuerpo, desenredó los largos cabellos mientras ella seguía inmersa en vivencias del pasado. No le preguntó en qué pensaba. No le recriminó su silencio, simplemente estaba allí porque sabía que ella lo necesitaba.

Cuando Eulalia estuvo vestida con el camisón blanco, regresó de ese lugar al que se había marchado con el pensamiento, y lo vio parado frente a ella con los ojos brillantes, y las manos arrugadas por el baño que la había dado. Eulalia se miró el camisón, se tocó los cabellos húmedos, y se dio cuenta que Harry era un hombre único, especial, y que había llegado a su vida para quedarse.

Se rindió a lo inevitable, amarse mutuamente.

Esa noche Harry le hizo el amor, pero de forma mucho más tranquila, dulce, y paciente. Cuando despertó satisfecha y también agotada, el doctor le entregó las joyas que había guardado todo ese tiempo, y le hizo una súplica, que se quedara con él en Bromley Hall...

—Una dama muy hermosa y muy elegante pregunta por usted.

La voz aguda de Julia la trajo de nuevo al presente.

—¿Una dama? —Eulalia creyó que se trataba de alguna matrona del pueblo que venía también a por un poco de tónico.

—El nombre que me ha dado es el de lady Penword —contestó Julia.

El rostro de Eulalia perdió el color.

—¡Virgen de las Angustias! —exclamó.

Julia se preocupó al ver la palidez de ella.

—¿Te encuentras bien?

La desfachatez quiso que el doctor hiciera su entrada en ese preciso momento cuando ella se sentía paralizada por la sorpresa. Harry había entrado por el patio trasero porque venía de la caballeriza.

—Hay una dama muy elegante en el salón —lo avisó Julia.

Harry abrió los ojos en un interrogante.

—No es de por aquí —continuó la moza—, y pregunta por Eulalia.

—Yo la atenderé —decidió el doctor de pronto.

Pero Eulalia reaccionó al fin.

—¡No! Lo haré yo —exclamó con una voz ausente de la felicidad que había derrochado unos momentos antes—. Por favor, no interrumpáis —les ordenó a los dos.

Y con esa orden despertó la curiosidad tanto de Harry como de Julia.

Eulalia se limpió las manos en el delantal, y soltó un suspiro largo. Un segundo después corrió de la cocina al salón como alma que lleva el diablo. Nada más aparecer la gitana por la puerta, Aurora se deshizo en llanto porque estaba viva y sana. Eulalia la imitó porque no pudo contenerse. Las dos mujeres se quedaron paradas frente a frente sin decir nada. Los bellos ojos dorados estaban anegados en lágrimas, el corazón de Eulalia comenzó a rebosar remordimiento.

—Temí que te hubiera ocurrido algo grave —susurró Aurora sin dejar de mirar el rostro querido.

Eulalia dio un paso hacia ella.

—Lo intenté, pero tengo demasiada voluntad —Aurora no necesitaba más explicación.

—¿¡Por qué!? —gritó con pesar.

—Porque estaba dolida con tu abuela —respondió Eulalia.

Los ojos de Aurora mostraron el desconcierto que esas palabras le provocaron. Como Eulalia estaba enojada con María, los había castigado a todos.

—¿Y yo? —preguntó en un susurro—. ¿El tío Rodrigo? ¿Mis niños, Eulalia? —estaba claro que la mujer no podía continuar.

—¿Cómo me habéis encontrado? —le preguntó.

Para Eulalia estaba claro que en su localización habían intervenido más de una persona.

—Por la pulsera que te regaló Justin —le explicó.

Eulalia maldijo por lo bajo. ¿Cómo podía imaginar que un regalo recibido tantos años atrás la descubriría?

—¿Ha muerto María? —le preguntó de pronto.

Aurora soltó un jadeo, un segundo después apretó los labios.

—¡No! —afirmó en un tono más seco—. ¿Cómo preguntas algo así?

Había dejado de llorar aunque las mejillas las tenía húmedas. Eulalia miró hacia la puerta que daba al vestíbulo como temiendo que María apareciera de un momento a otro.

—¿Tanto rencor le guardas a mi abuela que no te importó el daño que nos causarías al marcharte? ¡Te buscamos como locos! —exclamó ahora enfadada.

—Causarte dolor era lo último que querría en mi vida.

Aurora ahogó un sollozo.

—¡Yo no sabía nada! —gritó casi fuera de sí—. Soy inocente en ese rencor que te consume —le recriminó dolida.

—¿Y piensas que no tuve motivos para querer marcharme? —contestó la gitana en un tono de volumen elevado.

Aurora miró a la persona que la había criado, la que le había proporcionado tantos quebraderos de cabeza, pero a la que quería con toda el alma, y no pudo resistir el impulso de abalanzarse sobre ella y abrazarla. Cuando lo hizo, estalló de nuevo en llanto.

—¡Vuelve a casa, aya! —le suplicó envuelta en lágrimas.

Eulalia no era de piedra, y sucumbió al llanto también.

—Mi niña, cómo te he extrañado —estaba claro por su voz, que la gitana sentía lo que decía.

Las dos escucharon el carraspeo, pero no se soltaron. Finalmente Eulalia se limpió el rostro con el ruedo de su vestido, y se giró hacia Harry.

—Esta es mi niña Aurora —la presentó.

El hombre de mediana edad sonrió de forma genuina.

—Bienvenida a Bromley Hall —la saludó amable.

Aurora sacó un pañuelo de su ridículo, y se limpió la nariz. Un segundo después caminó hacia el hombre de rostro amable y le tendió la mano para que se la besara.

—Lady Penword —se presentó.

Harry la besó con suma cortesía.

—Y yo soy Harry Tyler —le correspondió en la presentación—. ¿Le apetece un té?

—¿Huelo a empanadillas de boniato? —preguntó Aurora mirando a Eulalia.

—Le pediré a Julia que traiga un refrigerio mientras siguen conversando de forma tranquila.

Aurora escuchaba al hombre, y parpadeaba al mismo tiempo. Los ojos de Eulalia brillaban al mirarlo, y ella vio mucho sentimiento en esa mirada.

—No vas a volver a Redtower —susurró con un hilo de voz.

Eulalia dejó de mirar hacia la puerta por donde había desaparecido Harry.

—No —afirmó rotunda.

—¿Por él? —preguntó la duquesa.

—Es un hombre maravilloso —confesó Eulalia con la voz henchida de orgullo—. Me ha salvado en todos los sentidos.

Aurora volvió a estallar en llanto. Eulalia giró el rostro hacia ella, y la taladró con la mirada.

—Ya has comprobado que no estoy muerta, no hace falta que me sigas llorando —le espetó con humor que tuvo el efecto contrario al pretendido: la duquesa lloró más fuerte.

—Ni yo me explicó por qué lo hago con ese carácter del demonio que tienes —le espetó con dureza una vez pasada la sorpresa inicial.

Eulalia la sujetó del brazo y la llevó hasta el sillón orejero. Aurora tomó asiento al mismo tiempo que volvía a secarse la nariz con el pañuelo.

—A mí no me hables en inglés —la censuró Eulalia.

Aurora no se percataba de que lo hacía. Tantos años hablando inglés, que incluso lo hacía con la gitana.

—Lo lamento, es la costumbre.

—La última vez que llorabas tanto estabas embarazada de Beatrice —le recordó la gitana

—. ¿No estarás encinta de nuevo?

La pregunta logro que Aurora dejara de llorar.

—¿Te parece que tengo edad para alumbrar de nuevo?

Eulalia resopló.

—Cuando me marché seguías teniendo tus menstruaciones —apuntó la gitana—. Y un esposo demasiado fogoso para permitirte un respiro.

Aurora la miró atónita.

—¿De verdad piensas que con esa cháchara vas a distraer mi atención del asunto importante de tu huida? —le preguntó directa.

Eulalia recapacitó.

—No, pero es que me siento atribulada, y por eso quería cambiar de conversación.

Aurora tensó los hombros.

—¡Ya era hora de que te sintieras avergonzada!

—Mira que te gusta meter el dedo en la llaga.

La duquesa se acomodó en el sillón, y clavó la mirada en su aya.

—Bien, estoy lista para escucharte...

CAPÍTULO 17

Eulalia estuvo hablando toda la tarde. Ninguna de las dos se percató del momento en el que Julia dejó la bandeja con el té y los dulces sobre la mesa. La gitana desgranó sus sentimientos como no lo había hecho jamás en su vida con su pupila. Aurora, la escuchaba absorta, también embelesada. Había tanto de ella que desconocía. Por primera vez le habló de Alonso Miguel, de sus encuentros secretos en la taberna Tarantos. Aurora sabía que en el pasado ese lugar había sido utilizado para concretar conspiraciones y cambios políticos.

—Mí tía Carmen actuaba allí —reveló Eulalia.

—¿La Cañí? —preguntó Aurora sorprendida.

La mujer era la mejor bailaora de flamenco, y también la amante de Montaraz: un anarquista que con el tiempo se unió al bando de los carlistas.

—Allí se reunían algunos nobles amigos de toreros, y también escritores y poetas —matizó Eulalia—. No sólo detractores políticos.

Y siguió narrándole sus infortunios al enamorarse de Alonso Miguel que solía visitar la taberna los viernes por la noche.

—¡El duque conspiraba contra la corona! —le recordó la duquesa.

—Era bonapartista —la corrigió Eulalia.

—Los bonapartistas eran considerados traidores —insistió la duquesa.

Eulalia soltó un suspiro largo.

—Tu abuela es bonapartista, y no te escandaliza tanto —le recordó áspera—. Sobre todo porque casi ahorcan a tu tío por su culpa.

Y cuando Eulalia llegó al sorprendente descubrimiento de que su hijo estaba vivo y que María lo sabía y se lo había ocultado, estalló. Por eso su marcha de Redtower.

—Siempre pensé que el amor de tu vida era un hombre soltero, y cuando supe que era el anterior duque de Alcázar, me quedé muy sorprendida porque era un hombre casado —le relató Aurora pensativa—. Nunca me referiste nada, aya, y he tenido que descubrirlo de la peor forma posible.

Esa era una recriminación en toda regla, pero Eulalia no quería confesarle que el detonante había sido la infidelidad de Ana con el marqués de Ayllón. Nadie conocía ese pequeño detalle salvo Rodrigo, y la propia Eulalia.

—Alonso, actual duque de Alcázar, tenía pocos años —afirmó para que no hubiera ninguna duda al respecto—. Pero sus padres no eran felices sino desgraciados —obvió la infidelidad de ella—, y el destino se encargó de unirnos al duque y a mí, y de separarnos poco después.

Eulalia se calló que Rodrigo había roto con Ana mientras era capitán de navío en Nueva España, y que la mujer, humillada y despechada, aceptó la propuesta de matrimonio que el viejo duque le hizo en nombre de su hijo. Cuando años después Rodrigo regresó al reino, Ana lo buscó porque seguía amándolo, y lo sucedido después sólo lo conocían el propio Rodrigo y ella. Todo eso lo sabía por el propio Alonso Miguel.

—Mí abuela hizo algo imperdonable —susurró Aurora—, pero ni mi tío ni yo tenemos algo que ver en sus decisiones pasadas que tanto te perjudicaron.

—Tu tío también lo sabía, y mantuvo silencio —la corrigió la gitana.

Eulalia le reveló la maldición que le había lanzado a María, y que había decidido quitarse la vida para que se cumpliera. Entonces le explicó cómo fue salvada de morir ahogada, de la hospitalidad y generosidad recibida por un hombre maravilloso, y de lo mucho que había

cambiado su vida desde entonces.

—Vi tu peineta de plata en la tumba de mi suegro —confesó Aurora pensativa—, por eso me resistía a creer que no volvería a verte, e insistí para que siguieran buscándote.

—No voy a regresar a Redtower —afirmó la otra rotunda.

Aurora la miró con ojos entrecerrados.

—¿Ni a tu reino? —le preguntó—. ¿No deseas conocer al hijo que alumbraste? Me niego a creerlo, aya.

Eulalia sintió deseos de maldecir.

—Para mí, murió el mismo día que lo parí.

Aurora se llevó la mano a la boca para contener un gemido. Lo que decía Eulalia le parecía horrible. Y entonces la gitana continuó narrándole que su hijo conocía que ella estaba viva, y que jamás la había buscado ni se había interesado en conocerla.

—Debe de tener motivos muy poderosos para actuar de forma tan censurable —le dijo Aurora.

—Ya no importan sus motivos, ni los de tu abuela, o incluso los míos propios —la cortó Eulalia con voz dura—. Todo ha quedado atrás, y deseo olvidarlo.

Harry decidió intervenir en la reunión de las dos mujeres. Se había mantenido al margen y fuera del salón la mayor parte del tiempo.

—¿Se quedará a cenar, milady? —le preguntó galante.

Aurora miró el reloj de carillón de la pared, y soltó un suspiro.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es —susurró afectada y con la voz ronca—, y he dejado Paul en el interior del carruaje —admitió azorada.

—Puedes quedarte aquí en Bromley Hall —le ofreció Eulalia como si la casa le perteneciera—, y Paul puede regresar a Crimson Hill para avisar de que te encuentras bien.

Harry mostró una sonrisa de alivio. Había escuchado retazos de la conversación que habían mantenido ambas mujeres cuando hablaban en inglés, porque la mayoría del tiempo lo habían hecho en español, y estaba poco menos que conmocionado. Descubrir todos esos secretos sobre Eulalia le había provocado una enorme solidaridad, y todavía más amor hacia ella.

—Será un honor ofrecerle la hospitalidad de mi hogar —le ofreció Harry en un tono sincero.

—Gracias, señor Tyler, pero no será necesario —rechazó Aurora de forma educada—. Debo regresar y hablar con mi tío.

Eulalia apretó los labios.

—No deseo que sepan que me has encontrado.

Aurora parpadeó al escucharla.

—¿Piensas que voy mentir sobre esto? —preguntó dolida.

—Pues, si esa es tu intención —comenzó Eulalia—, déjale claro a tu abuela que no deseo verla jamás.

Como Aurora ignoraba que el causante de la discordia había llegado a Redtower, no pudo tentarla con esa noticia para que pensara mejor lo de regresar o no.

—Al menos estás bien —susurró emocionada.

Aurora miró el vestido verde claro que vestía Eulalia, el corte y las blondas eran demasiado juveniles, pero en ella no quedaban mal. Se notaba que había sido adaptado de las costuras del pecho para ensancharlo, y el bajo lo habían cosido doble. Sin embargo, Eulalia estaba muy hermosa con los labios rojos, y la redecilla sujetando su larga melena oscura. Llevaba en las orejas los pendientes de doble perla que le había reglado Rodrigo por su cumpleaños.

—Beatrice tiene muchas ganas de verte —le dijo al mismo tiempo que se levantaba.

A Eulalia se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar a la preciosa niña, mucho más callada y obediente que su hermana Mary.

—Dale a Primrose tantos besos como te daba a ti cuando tenías su edad.

Aurora le mostró una sonrisa auténtica de afecto. Solamente Eulalia llamaba a la pequeña por su segundo nombre: el que había escogido Devlin para su última nieta. Como había nacido en primavera, el nombre le quedaba perfecto. Las dos mujeres se despidieron con un abrazo. Eulalia se quedó de pie viéndola subir al carruaje y perderse en su interior. La duquesa se asomó a la ventanilla, y le echó una última mirada.

—Siempre tendrás un lugar en Redtower —le dijo—, y en Crimson Hill.

El cochero azuzó las monturas, y el carruaje comenzó su andadura. Tras Eulalia se encontraba Harry que se mantenía sospechosamente callado. Eulalia siguió mirando el polvo que levantaban las ruedas del carruaje, y continuó de pie incluso cuando se perdió en la distancia.

—Vas a enfriarte —le dijo Harry que la sujetó por los hombros, y la guio hacia el interior de la casa—. Le diré a Julia que ya puede servir la cena.

Eulalia regresó de sus pensamientos.

—¿No se ha marchado todavía? —preguntó atónita.

Harry le mostró una sonrisa amplia.

—Me temo que está tan desconcertada como yo de la relación que te une a esa hermosa mujer —Eulalia se frotó los brazos porque había sentido un pequeño escalofrío—. He visto el emblema ducal en el carruaje —admitió en voz baja.

—Mi niña Aurora es hija de madre española, y de padre inglés que luchó en mi reino contra Napoleón —reveló de pronto—. Yo la acompañé en su primer viaje a Inglaterra para conocerlo, y aquí conoció a su esposo y se casó y tuvo sus hijos...

Y ya no dijo nada más. Entró en la casa y le pidió a Julia que se quedara a cenar con ellos, pero la muchacha rehusó porque tenía previsto visitar a la esposa del párroco para tomarle medidas. Le había encargado un vestido de domingo, y Julia estaba pletórica. Eulalia le dijo entonces que no perdiera más tiempo, que ella serviría la cena con la ayuda de Harry. Si ese comentario la confundió, no lo demostró. Harry se encontró llevando la sopera con el estofado, y Eulalia el acompañamiento.

—La verdad es que no tengo apetito —reconoció sincera.

—Pues yo estoy famélico, y esto huele divino.

Harry dio buena cuenta del estofado, y del pan recién hecho que crujía al morderlo.

—Admito que me comí la mitad de las empanadillas mientras hablabas con ella —confesó sin un asomo de vergüenza—. Están deliciosas, creo que podría comerme varios kilos sin inmutarme.

Eulalia seguía pensativa. La visita de Aurora había logrado que regresaran todos sus recuerdos, y con ellos, sus demonios.

—Podrías empacharte —contestó cabizbaja—, y tendría que curarte la ojeadura.

Era la primera vez que Harry escuchaba esa palabra, pero no quiso ahondar en ello. Le preocupaba mucho el semblante serio y pálido de ella.

—¿Qué sucede, Laly? Puedes contármelo.

La mujer había probado apenas un par de bocados. Dejó el tenedor sobre el plato, y tomó la copa de vino que Harry le había servido. Tomó un sorbo, pero no soltó la copa.

—Durante el tiempo que he estado aquí en Bromley Hall, he sido la mujer más feliz del mundo —los ojos de Harry brillaron complacidos al escucharla—. Pero me han encontrado, y ya

no tendré paz como hasta ahora.

—Aquí, a mi lado, puedes tener toda la paz que desees —le prometió.

Eulalia soltó un suspiro largo.

—No puedo tener paz ni gloria cuando mantengo tantos asuntos inconclusos —afirmó.

—¿Qué necesitarías para concluirlos? —le preguntó esperanzado.

Eulalia se tomó su tiempo antes de responder.

—Perdonar... —admitió—. Pero no quiero hacerlo.

—Se perdona si se ama, Eulalia, y de esa forma se limpia el alma.

Eulalia pensó en María, en todo el daño que le había causado, y se dijo que no pensaba perdonarla. Pensó en Martín, el bebé alumbrado al que no pudo darle el nombre escogido para su bautismo, y también se dijo que no quería perdonarlo.

—Si no puedes perdonar, olvida, Laly —Eulalia lo miró de frente sin un parpadeo—. Yo te haré olvidar si permaneces a mi lado.

—¿Me estás pidiendo que no me vaya de Bromley Hall?

Harry hizo un gesto afirmativo.

—Te estoy rogando precisamente eso.

Ahora se lamió el labio inferior.

—Quería recuperar mis joyas con la intención de vender una y comprar un pasaje de regreso a España. —Fue escucharla, y el corazón del doctor se tensó provocándole un dolor agudo—. Pero es gracioso, porque recuperar esas joyas me ha devuelto al mismo punto de partida.

—Si me hubieses pedido el dinero, te lo habría dado, aunque no para marcharte —Eulalia lo miró curiosa por su declaración—. Sé que vendiste una de tus joyas —le dijo sosteniéndole la mirada—. Great Marlow es un lugar muy pequeño, y nos conocemos todos.

Eulalia decidió sincerarse.

—Hay dos personas a las que no puedo perdonar —confesó trémula.

—Una es el hijo que vive —dijo el doctor por ella.

—Mi hijo —aceptó Eulalia—, y la otra, la persona que lo apartó de mi lado.

Harry quería reconfortarla, que hallara consuelo en él.

—El corazón de una madre contiene un abismo profundo en cuyo fondo siempre se encuentra el perdón —le recitó él—. Y no tengo la menor duda de que tu corazón rebosa misericordia.

—Quedarme aquí significaría seguir viviendo cerca de mis demonios.

—Marcharte significaría llevarlos contigo —respondió quedo—, y no puedo permitir que me dejes.

Eulalia había dejado de mirarlo, pero sus palabras atraparón su atención. Giró el rostro y clavó la mirada en sus ojos azules.

—¿Qué me estás pidiendo?

Harry creía que había sido muy claro.

—Que te cases conmigo, Eulalia. Que formes parte de mi vida, aquí, en Bromley Hall.

Eulalia soltó el aire que contenía de forma abrupta. Harry le ofrecía una vida nueva, un futuro a su lado.

—No sabes quién soy —susurró queda

Él, la había escuchado, y no estaba de acuerdo. En el tiempo que llevaban juntos, había llegado a conocerla muy bien, o al menos creía conocer todo lo bueno que le interesaba de ella: su vitalidad, tesón, testarudez, alegría. Él no era el mismo desde su llegada a Bromley Hall, ni Julia tampoco, pero no la contradijo.

—Tenemos el futuro para conocernos mutuamente —contestó sosteniéndole la mirada—. Has llegado a mi vida, y la has cambiado por completo.

Eulalia no podía darle una respuesta. Sentía algo muy profundo por Harry, pero le daba miedo comprobar hasta qué punto estaba implicada emocionalmente. Entregarse a él había sido una decisión muy meditada, auspiciada por su madurez y por su resolución de vivir el momento.

—Lo que me ofreces es muy generoso —logró decir aunque le tembló la voz—. Pero debo mencionar que tu sobrina me sacaría los ojos si aceptara tu propuesta.

La mención de Emily lo molestó. Si Eulalia no hubiera llegado a su vida, él habría vivido resignado a las decisiones de Emily, y esas decisiones sólo le traerían soledad y amargura, pero Eulalia había cambiado eso.

—Mi sobrina vivirá su vida, como yo he decidido vivir la mía, y hasta que te conocí, no me di cuenta de lo vacía que estaba.

—Eso que dices es muy hermoso —respondió sincera—, y me haces sentir especial.

—¡Pero es que eres especial! ¿Acaso lo dudas? —preguntó con la mirada atónita—. Tienes a Great Marlow rendido a tus pies, Bromley Hall resplandece bajo tu cuidado, y me tienes a mí vencido de amor...

Eulalia lo cortó.

—¡Calla! No hables así.

Harry optó por levantarse de su sitio en la mesa, y tomó asiento a su lado. La tomó de la mano, y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—No deseas regresar allí de donde vienes, y yo te estoy ofreciendo la oportunidad de que te quedes a mi lado lejos de todo.

Eulalia se debatía en un sinfín de dudas.

—No soy nadie, Harry, y tú, tú eres un hombre instruido. Tienes mucho que ofrecer, y yo nada, no tengo nada.

Harry negaba con la cabeza.

—Tienes una fortuna en joyas —le recordó con humor—, y una influencia que yo no poseeré jamás.

—¿Influencia? —preguntó Eulalia con una sonrisa.

—Te he mencionado que tienes a Great Marlow a tus pies, y he visto el sello ducal en la puerta del carruaje de la misteriosa dama que te ha visitado esta tarde —le recordó en voz baja—. No tengo la menor duda de que tienes amigos poderosos.

Era cierto, había ayudado a criar al próximo duque de Arun, Roderick Clayton Penword, al que le tenía un inmenso cariño, como al padre inglés, aunque le lanzara puyas de tanto en tanto.

—No quiero parecer pretenciosa, pero uno de mis mejores amigos es un conde español.

Harry sonrió.

—Si me aceptas como esposo, mi sobrina y su pomposo tío tendrán que hacerte reverencias, y no sabes cuánto disfrutaría con ello.

Eulalia soltó una risa.

—¿Me dejarás que lo piense? —le pidió.

—¡No! —fue su tajante respuesta—. ¿No te parece que hemos perdido demasiado tiempo?

Eulalia tensó los hombros.

—Mi amor por Alonso no fue una pérdida de tiempo —contestó envarada.

—Pero ya lo has llorado demasiados años, Laly, como yo he perdido los míos buscando el cariño de una sobrina que jamás tendré, aunque por fin lo he aceptado.

—Es que me has pillado con la guardia baja —contestó al fin.

—Vamos a vivir lo que nos queda de vida juntos y felices —afirmó por ella.

—¿Me estás proponiendo matrimonio por interés? —trató de bromear.

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¿Acaso lo dudas? Porque mi estómago no resistiría otras comidas salvo las tuyas. —Eulalia hizo un gesto de enojo—. Y mi cuerpo se niega a seguir abrazando el silencio y la soledad de cada noche como antaño. Has llegado a mi vida, y pienso lograr que te quedes.

Las mejillas de Eulalia se ruborizaron, y a Harry le pareció adorable.

—No sé, no estoy segura —volvió a decir—. Es todo tan precipitado.

Harry, desoyendo la protesta de ella, se quitó el sello familiar que llevaba en el dedo meñique.

—¿Quieres ser mi esposa, Eulalia Montoya? —le pregunto al mismo tiempo que se lo deslizaba en el anular izquierdo.

Eulalia bajó los ojos porque estaba sonrojada.

—Y Cortés... —respondió. Harry la miró sin comprender—. Eulalia de Montoya y Cortés —le explicó.

Harry sonrió.

—Ya no importa, porque pronto serás Laly Tyler...

CAPÍTULO 18

Cuando Aurora llegó a Crimson Hill, todos dormían. La casa estaba en completo silencio, pero el mayordomo la esperaba despierto. Ella le hizo un gesto para que se fuera a dormir, sin embargo, el hombre no hizo caso de su orden.

—Tiene caldo caliente y un sándwich de pollo preparado, Su Excelencia. ¿Desea que se lo suba a la alcoba?

Aurora hizo un gesto negativo.

—Me lo tomaré en la cocina.

—¿En la cocina, Su Excelencia? —pregunto el mayordomo visiblemente alterado.

De por sí ya era escandaloso que no permitiera al servicio esperarla levantado, pero comer en la cocina superaba todas las excentricidades de la dama.

—No deseo despertar a nadie —contestó la duquesa—, y ya te he mencionado infinidad de veces que no me gusta que me llames así, sobre todo por los años que nos conocemos.

—Por supuesto, Su Excelencia.

Aurora resopló porque hablar con el mayordomo era equivalente a hacerlo con la pared. Si no le convenía una orden, la ignoraba.

—Se lo llevaré al salón, Su excelencia.

—Me lo tomaré en la cocina —insistió ella.

El hombre se cuadró, y le hizo la correspondiente venia, pero Aurora podía ver en su rostro lo que pensaba al respecto.

—Como guste, Su Excelencia.

Aurora se encontró siguiendo al mayordomo que la precedió hasta las dependencias del servicio en la parte posterior de la casa. A diferencia del resto de mansiones, las estancias de las servidumbre no estaban en una planta inferior. Crimson Hill había sido diseñada siglos atrás para que sólo tuviera dos plantas. Pero la vivienda era tan grande y tan bien preparada, que el servicio no tenía que andar subiendo escaleras salvo las necesarias.

—¿Ha sido provechoso el viaje, Su Excelencia?

Aurora recordó que el mayordomo estuvo interesado por Eulalia en un sentido romántico muchos años atrás.

—Mi aya ha cambiado mucho durante el tiempo que ha estado ausente.

La duquesa tomó asiento mientras el mayordomo colocaba frente a ella la bandeja de plata que guardaba parte de los alimentos. El caldo estaba sobre las ascuas casi apagadas.

—Puedes irte a dormir —volvió a insistir, y cuando se percató que estaba a punto de contradecirla, Aurora se puso firme—. Es una orden.

El mayordomo dudó un solo instante, un segundo después hizo un gesto afirmativo, y se batió en retirada.

—Buenas noches, Su Excelencia.

Ella lo despidió justo antes de dar el primer bocado. Hasta ese momento, no se había percatado de lo hambrienta que estaba. Miró el reloj de la cocina, y vio lo tarde que era. Echó un poco de caldo caliente en una taza, y se tomó un trago. Estaba realmente bueno. Aurora caminó hasta la despensa y buscó entre los cuencos hasta que encontró los frutos secos. Cogió un puñado, y regresó a la mesa donde estaba el medio sándwich mordido, pero no se sentó sino que se mantuvo de pie.

—Esta costumbre tuya de comer en la cocina no ha cambiado con los años, ¿vedad,

querida?

Aurora se sobresaltó al escuchar la voz de su esposo.

—Es el mejor lugar cuando todos duermen, además, ya sabes que adoro el olor del pan en el horno.

Justin avanzó unos pasos hacia el centro. Iba vestido con un batín de seda color burdeos, y un pañuelo blanco alrededor del cuello. Tenía las sienes plateadas, pero su apostura y atractivo no había disminuido ni un ápice con el paso de los años.

—¿No te han dado de cenar allí donde has ido? —le preguntó burlón.

—Ya me estaba preguntado cuándo sacarías el tema —respondió Aurora dándole otro mordisco al sándwich.

Justin hizo algo imprevisto, sujetó la mano de su mujer, acercó el sándwich que sostenía hasta su boca, y lo mordió justo en el mismo lugar que había mordido ella.

—Todo sabe mucho mejor contigo —dijo un segundo después relamiéndose.

—Mucho quejarte de mis costumbres, pero las tuyas van a la par —lo censuró con una sonrisa.

—¿Saquemos la despensa? —le preguntó cómplice.

Aurora terminó riendo.

—Había esperado encontrar algún dulce, pero no hay nada salvo frutos secos —se quejó cansada—. Eulalia siempre tenía la despensa llena de empanadillas, rosquillas...

Justin la sujetó por la nuca, y la besó en la frente.

—Eso es porque no has buscado donde debías —mientras decía las palabras, Justin abrió una bandeja cercana al fogón, y descubrió un bizcocho de almendras.

Los ojos de Aurora se pusieron nostálgicos porque recordaba perfectamente las noches que había pasado con su suegro en las cocinas de Crimson Hill conversando y comiendo los dulces que elaboraba Eulalia.

—Lo extraño tanto —susurró de pronto.

Justin sabía que se refería a su padre.

—Todos lo hacemos —trató de consolarla mientras cortaba un trozo de bizcocho.

—¿Por qué tu trozo es más grande que el mío? —protestó ella.

Justin alzó las cejas con un interrogante.

—¿Por qué soy el cabeza de esta familia?

—Pero soy yo la que no ha cenado —reveló Aurora con una mirada pícaro en sus ojos dorados.

—Por tu postura serena, y esa mirada tranquila, presumo que Eulalia se encuentra bien.

Justin se apoyó en el borde de la mesa, y con el brazo atrajo a su esposa hacia él.

—No quiero hablar sobre ello —alegó pensativa.

El duque puso ambas manos en el rostro de ella para obligarla a que lo mirara.

—Tendrás que hablar con tu tío.

Aurora se lamió el labio inferior.

—Y lo haré, pero todavía no porque aún estoy procesando demasiada información.

—No debiste ir sola —esa recriminación se la merecía.

—Me pudo la impaciencia.

—Esta es mi duquesita, toda preocupación y nerviosismo.

—¿Te estás burlando?

—Claro que sí.

Aurora rompió a reír, y Justin deseó besarla hasta dejarla sin aliento.

—Vale —admitió ella—. Merezco lo que me pasa por desesperada.
—E impulsiva, atolondrara...
—Habló el dechado de virtudes —lo acusó con falso enojo.
—Confiesa que te precipitaste al no escuchar mis consejos ni seguir mis sugerencias.
—No —se reafirmó ella—. He visto con mis propios ojos lo feliz que es —el rostro de Justin era de perplejidad—. Está enamorada —ahora estaba más confundido—, y no regresará a Redtower.
—Todo esto tienes que explicármelo con más detalle porque me has dejado pasmado.
—Estoy muy cansada.
—No pienso dejarte dormir.
—Entonces me iré a la cama de Beatrice.
Justin la sujetó por los brazos.
—He esperado tu regreso con el ánimo de reconfortarte por si lo que hubieses encontrado te hubiera entristecido.
Aurora se abrazó al cuello de su esposo, y lo besó en la mejilla.
—Eres el mejor hombre del mundo.
—¿Lo dudabas?
—Pero es cierto que estoy cansada.
—Ahhh, Su Excelencia no se irá de rositas sin darme los oportunos detalles de todo.
Aurora terminó soltando un suspiro largo.
—Está bien, vamos al dormitorio, y te contaré todo mientras me rascas la espalda.
—Está bien, vamos al dormitorio, y me contarás todo mientras te hago el amor de forma apasionada —la corrigió.
—Eulalia sigue sosteniendo que eres el hombre más fogoso del mundo.
—Eulalia no miente.
—Y como me he deshecho en llanto al verla, me ha preguntado si estaba encinta, porque según ella lo hacía constantemente cuando lo estaba de Beatrice.
Justin se puso serio de inmediato.
—No bromees con esos asuntos que uno ya no tiene edad para eso...
—¿Y te extrañaría con lo que me obligas a fornicar? —preguntó ella sin dejar de reír.
—Somos unos padres estupendos —respondió Justin—, y vamos a aceptar lo que la vida nos depare.
—Y yo que pensaba que mi broma te iba a quitar las ganas.
Justin la miró serio.
—Eso, jamás, Su Excelencia —Aurora bufó con poca elegancia.
—Vamos a la cama para que te calles de una vez.
El duque la abrazó por la cintura mientras en el plato se quedó el trozo de bizcocho, y un trozo de sándwich mordido.
—Ahora hablas con propiedad pues nada me gusta más que irme a la cama contigo.
—Eres incorregible, Justin.
De pronto, el duque la condujo hacia la biblioteca.
—He pensado que podríamos tomarnos un brandy mientras nos desnudamos el uno al otro.
—No voy a permitirte que me desnudes en la biblioteca, recuerdo como te gustaba hacerlo en el pasado.
Ahora el que sonrió fue el duque. La verdad es que sí que le gustaba desnudarla y hacerle el amor en todos los rincones de Crimson Hill, salvo que ahora había demasiados hijos de por

medio.

—No pensaba hacerlo, tenía en mente coger la botella y un par de copas y llevarlas a nuestra alcoba.

—Hummm, acepto la sugerencia encantada, y regreso a la cocina para recoger el bizcocho...

CAPÍTULO 19

La pedida de mano de Eulalia había corrido como la pólvora en Great Marlow, pero a la gitana no le importaba. Llevaba el anillo familiar en el dedo, a pesar de que no le había dado el sí definitivo a Harry que seguía esperando su respuesta.

Tras la marcha de la duquesa de Arun, Eulalia se encontró acompañando al doctor en las diferentes visitas que hacía, y se sorprendió de la distancia que recorría a diario para verlos. Como a ella no le gustaba mucho cabalgar, Harry decidió hacer las visitas en la pequeña calesa, y se encontró que le gustaba mucho porque podían pasear bajo los rayos de sol entre visita y visita. A Eulalia le encantaba el entorno, y él le prometió llevarla la molino, y al lago.

Ya no hablaron del pasado, se limitaban a vivir el día a día con ansias voraces. Eulalia se pasaba las mañanas cocinando, Julia limpiando la casa, y por la tarde, la gitana se ponía las mejores prendas que Julia le había cosido, y lo acompañaba. Cuando comenzó a emitir sugerencias sobre algunas dolencias, Harry alzaba las cejas con una advertencia, ella apretaba los labios, y guardaba silencio. Después, ya sentados en la calesa, mantenían una discusión sobre algunos tratamientos naturales que habían demostrado ser efectivos, pero Harry siempre ganaba esas discusiones, aunque terminaba aceptando que Eulalia tenía buenas intenciones.

Cuando giraron la bifurcación para tomar el camino hacia Bromley Hall, los dos se sorprendieron de la cantidad de carruajes que había aparcados a la orilla del río. Eulalia contó un total de siete.

—No creo que todo Bromley Hall haya enfermado de repente.

Como era poco menos que imposible aparcar al lado de la casa, Harry decidió meter la calesa en el establo, aunque no le resultó fácil. Ayudó a Eulalia a bajar, y entonces Julia salió corriendo por la puerta trasera de la casa para avisarles.

—¡Menos mal que han llegado! —exclamó nerviosa.

Eulalia se ajustó el vuelo de su vestido azul, y se colocó la mantilla sobre los hombros. Harry cogió su maletín, se colocó el sombrero, y caminó hacia la casa.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó porque no era normal que en la puerta de la casa hubiera tantos carruajes.

—Ha venido el párroco —le dijo Julia—, el boticario, el carnicero...

Harry la miró sorprendido, pero Julia ya no pudo decirle nada más porque Eulalia y él hicieron su entrada en la casa. Emily los esperaba en el interior de la cocina.

Miró a la gitana con tanto desprecio, que Eulalia sintió cómo se le erizaba la piel de la nuca.

—Queremos hablar con usted —le dijo la sobrina.

Eulalia dejó sobre la mesa la cesta de mimbre.

—¿Quiénes desean hablar conmigo? —preguntó el tío.

—Le esperan en el salón —dijo Emily poniendo gesto hosco, y sin responder a su pregunta.

Harry soltó un suspiro largo, y caminó tras su sobrina hacia el salón. Eulalia se quedó mirando la marcha de ellos con ojos entrecerrados.

—¿Llevan mucho tiempo esperando? —preguntó curiosa.

Julia se llevó la mano al cuello.

—Querían verte a ti, y se sorprendieron de tu ausencia en Bromley Hall, pero claro, ignoraban que sueles acompañar al doctor en sus visitas de tarde —le explicó la muchacha.

Eulalia se encontraba removiendo el contenido de la olla.

—No se ha pegado —afirmó complacida.

Le había hecho el encargo a Julia de que removiera el guiso cada quince minutos.

—¿No estás preocupada? —le preguntó incrédula.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque está claro que desean que te marches, por eso está aquí la sobrina acompañada de todos esos hombres.

Eulalia dejó la cuchara de madera sobre el plato, y se giró hacia Julia.

—Estás demasiado inquieta —respondió sin perder la calma.

—Es que me preocupa lo que pueda suceder —contestó la otra.

—No va a suceder nada —le dijo para tranquilizarla.

—¿Y si te obligan a marcharte?

Eulalia se quedó pensativa. Esa decisión sólo le correspondía a ella y al dueño de Bromley Hall. Ningún pueblerino podría pronunciarse sobre ello.

—Vamos a amasar los bollos —le dijo a Julia que la miró confusa porque parecía despreocupada—. Verás cuando los pruebes los ricos que están.

Las dos mujeres ya no se dijeron nada más. Eulalia sacó un bol de madera, y puso los ingredientes que necesitaba mientras comenzaba a tararear una canción. Julia, viéndola tan tranquila, optó por ayudarla en silencio.

Harry no podía creer que los hombres del pueblo le estuvieran dando un ultimátum. Veía ese circo orquestado por su sobrina, y sintió una pena infinita. Para nada podía esperarse las recriminaciones del párroco que no se guardó nada bajo la sotana. Él, miraba a Emily como tratando de comprender qué pretendía lograr poniendo a la comunidad en su contra. Ahora todos se declaraban jueces sobre sus acciones, y Harry comenzó a enfadarse. De pronto, se escuchó la voz de Eulalia que cantaba ajena a todo en la cocina, y él pudo ver la mirada de odio que asomó a los ojos de su sobrina.

El párroco le enumeró un sinfín de textos bíblicos sobre la moral, sobre ser un buen ejemplo, sobre las prostitutas que llevaban a los hombres por malos caminos, y sobre todo habló de su responsabilidad como médico en una congregación recta, y fiel. El boticario arguyó que Great Marlow era una comunidad de personas de conducta intachable, y por eso se esperaba que uno de los integrantes más prominentes fuera un ejemplo en moralidad. Harry apenas podía creer lo que sucedía delante de sus ojos. Su sobrina puso la guinda a tal despropósito cuando le urgió a se deshiciera de tan nefasta compañía porque estaba poniendo en serio peligro su buen nombre.

Harry cruzó los brazos al pecho, e hizo un gesto negativo con la cabeza. Ni aunque lo expulsaran de la comunidad cambiaría sus sentimientos por Eulalia. Los despidió a todos con cajas destempladas, sin detenerse a responder sus veladas acusaciones, y no se achantó ni ante la amenaza de que prescindieran de sus servicios como médico. Se fueron todos salvo el cura por expreso deseo de él que quería terminar con toda esa charlatanería de una vez por todas.

También aleccionó a su sobrina para que se marchara, pero Emily hizo oídos sordos y siguió censurando su actitud hacia ella sin piedad. Le echó en cara que desde que la gitana había hecho su aparición en Bromley Hall, él se había desentendido de ella, al mismo tiempo el párroco lo hostigaba porque un hombre soltero no podía mantener en la casa a una desconocida, porque no era decente.

Harry estaba a punto de estallar, y les pidió silencio a los dos. Les dijo que esperaran un momento en el salón, que regresaría enseguida. Emily se quedó de piedra porque parecía que a su tío todo le traía sin cuidado.

El doctor caminó directo a su estudio donde sabía que encontraría a William tan callado como siempre, habló con él un minuto, después caminó hacia la cocina decidido a terminar con todo. Eulalia seguía amasando, y canturreando una canción. Estaba claro como el agua, que todo lo que había escuchado en el salón le resbalaba.

Harry le hizo una única pregunta, pero con rostro muy serio. Eulalia lo miró afectada porque no quería dar ese paso todavía. Él le indicó que debían hacer lo correcto, y la gitana no pudo sostener su vacilación por más tiempo. Harry volvió a hacerle la pregunta, y finalmente Eulalia aceptó.

—Vamos entonces...

Eulalia se lavó las manos, se las secó en el delantal que se quitó, y se arregló el cabello porque algunos mechones se le habían soltado de la sujeción. Harry le pidió a Julia que fuera con ellos. La muchacha estaba demudada, y cuando los tres hicieron su entrada en el salón de Bromley Hall, el secretario ya estaba allí esperando.

—Padre, ya puede comenzar —le pidió sin mirar a su sobrina.

Todo ese lío lo había montado ella misma, pero le iba a salir el tiro por la culata. Sus acciones lo habían decidido a darle un ultimátum a Eulalia, y la gitana había aceptado.

—¿Comenzar, qué? —preguntó la sobrina.

El tío miró a la sobrina con tal decepción, que Emily carraspeó.

—La boda entre Eulalia y yo —respondió seco.

La sobrina se quedó paralizada.

—He comprometido la reputación de Eulalia, y debo repararla.

Emily abrió los ojos como platos. Una cosa era que ella lo insinuara, y otra que su tío lo admitiera.

—¡Las furcias no tienen reputación! —gritó a viva voz.

Harry apretó las mandíbulas para contener su ira. Su sobrina nunca lo había llevado al extremo de querer abofetearla pues era un hombre pacífico por naturaleza.

—Puedes quedarte y ser testigo, pero en silencio, porque no voy a tolerar ninguna impertinencia más por tu parte —le advirtió.

Eulalia seguía con los ojos bajos.

—¡Esta es una decisión muy precipitada! —exclamó el párroco.

Y entonces Harry le confesó que Eulalia y él vivían en pecado carnal a los ojos de Dios, y que quería remediar eso.

Las mejillas de Emily se pusieron rojas como la sangre, pero se abstuvo de comentar nada más. Harry le pidió a Julia que actuara de testigo de la novia porque William lo haría de él.

El párroco se quedó sin argumentos, pero como era un fiel servidor de los principios eclesiásticos, no podía permitir que una oveja del rebaño se descarriara, por ese motivo se dispuso a unirlos en matrimonio. La ceremonia duró escasamente cinco minutos, y justo cuando los declaró marido y mujer, llamaron a la puerta. Julia se precipitó a abrir mientras Emily le lanzaba miradas asesinas a la recientemente desposada.

—Un hombre pregunta por Eulalia —dijo Julia de forma atropellada.

El corazón de Harry sufrió un sobresalto. Eulalia ya era suya, estaban unidos en matrimonio, pero la visita de un hombre forastero no auguraba nada bueno. A Harry le extrañó que Eulalia siguiera tan silenciosa tras dar el sí quiero.

—Hazle pasar —le dijo a Julia después de unos segundos.

En el salón sólo se escuchaba la charla del párroco que les pedía decoro y asistencia semanal a la iglesia. Entonces, un hombre de porte regio, hizo su entrada en el salón de Bromley Hall, un hombre que sólo tenía ojos para la gitana.

—¡Gracias a Dios, Eulalia! —exclamó con verdadero alivio.

Eulalia se quedó un momento paralizada, pero pasó pronto.

—Rodrigo —respondió la gitana que caminó hacia él con la mano tendida—. Qué sorpresa verte en Bromley Hall.

Rodrigo tomó la mano de Eulalia, pero no se la besó, tiró de ella hacia sí para abrazarla con fuerza. Eulalia representaba para él la hermana que perdió, la amiga con la que discutía día sí y día también. La amiga con la que reía, se enojaba. Eulalia había estado ahí, apoyándolo cuando su mundo se tambaleó. Cuidó en su ausencia de su madre, crio a su sobrina Aurora, le debía tanto. Eulalia era una mujer especial para él, y en ese abrazo se lo demostró.

El resto miraba la escena estupefactos.

—¡Es otro amante! —susurró Emily con cierta esperanza en la voz, y en ese momento se alegraba de haberse quedado.

La boda de su tío con esa mujer iba a ser la más breve de la historia.

Pero Eulalia ya se había cansado de sus insultos. Se giró hacia ella para responderle, y entonces vio la mirada preocupada de Harry. Debía de estar haciéndose un sinfín de preguntas.

—Harry, te presenté a Rodrigo de Velasco, conde de Ayllón. —Tras la mención de su título,

Emily se quedó desconcertada—. Es el tío de Aurora, y un hermano querido para mí.

Las aletas de la nariz de Harry se había destensado, como si lo hubiera inundado el alivio.

—Entonces, bienvenido a Bromley Hall —le dijo como un perfecto anfitrión—. Ha venido a punto para la celebración.

Rodrigo los miró sorprendido.

—¿Celebración? —preguntó confuso.

—Eulalia y yo acabamos de desposarnos.

Rodrigo creyó que no había oído bien, y uno a uno fue mirando los rostros de las personas que había en el salón, entonces se sintió fuera de lugar.

—Tendría que haber enviado un mensaje antes de presentarme —se excusó el conde con Eulalia—, pero me urgía hablar contigo.

Eulalia se dijo que Aurora había hecho precisamente lo mismo.

—William —dijo de pronto Harry—, ¿puedo pedirte que vayas a la bodega y traiga una botella de champán? —el hombre asintió.— Julia, trae copas para nuestros invitados.

La muchacha salió corriendo porque estaba hiperventilada. Nunca pasaba nada en Bromley Hall, y en menos de una hora, había sucedido un maremoto: Eulalia y el doctor se habían casado. Emily había recibido su merecido, y un hombre distinguido había abrazado a una mujer casada...

—Volveré en otro momento —dijo el conde.

Eulalia lo taladró con la mirada.

—Tú, no te muevas de ahí —le ordenó seria.

—No he venido solo —contestó el conde preocupado.

Eulalia parpadeó varias veces.

—Él, está fuera...

CAPÍTULO 20

En el salón se suscitó unos minutos de silencio que nadie se atrevió a interrumpir. Parecía que Eulalia se había quedado clavada al suelo de madera. Harry se preocupó por ella porque la veía demasiado aturdida. Rodrigo no apartaba la mirada del rostro moreno porque sabía que su anuncio le había provocado un cataclismo interior.

—¿Qué sucede? —preguntó Emily sin comprender nada.

Eulalia soltó finalmente el aliento, e inclinó el rostro hacia el suelo incapaz de soportar el peso de sus hombros.

Rodrigo sabía que tenía que hablar con ella en privado. Miró al hombre que parecía dispuesto a todo para protegerla mientras le ofrecía una mueca de disculpa. Por la mirada peligrosa que le lanzaba, supo que podría golpearlo.

—¿Puedo hablar a solas con Eulalia? —le preguntó.

Harry no tenía modo de saber en qué estaba pensando Eulalia porque la mujer seguía con la cabeza cabizbaja.

—¡No! —afirmó decidido—. Ahora todos deben marcharse —les anunció sin un parpadeo.

El párroco se lamentó porque esperaba el brindis con champán. Emily miró a su tío, pero éste estaba demasiado pendiente de la gitana. William y Julia decidieron marcharse del salón. Eulalia estaba demasiado quieta y callada, y todas las miradas estaban fijas en ella.

—¡Vete, Rodrigo! —ordenó de pronto—. No deseo mantener ninguna conversación.

El conde la miró perplejo.

—¡Ha venido desde el reino! —exclamó el otro.

Eulalia sentía en ese momento un dolor profundo. Había comenzado en su corazón y se había extendido por todos sus órganos. Parecía que habían dejado de funcionar al mismo tiempo porque no podía moverse ni casi respirar.

—Es demasiado tarde —susurró al fin después de un silencio largo, pero con voz fuerte para que no hubiera ninguna duda.

—¡Eulalia! —volvió a exclamar Rodrigo que no podía entender su postura—. No puedes mostrarte tan obtusa.

La gitana alzó el rostro y lo miró con ojos ardientes de despecho.

—¡Vete a la mierda! —le dijo tan despechada que era incapaz de medir sus palabras.

Un segundo después, giró sobre sus propios pasos y camino hacia el vestíbulo. Desapareció de la vista de todos un segundo después.

Rodrigo no podía creer que se marchara. Harry había recuperado el control sobre sí mismo, y decidió que ya había tenido suficientes sorpresas por un día. Sin embargo, la mirada del noble español, le había dicho mucho, y por eso decidió ofrecerle hospitalidad.

—Frank —le dijo al párroco —imaginó que mi sobrina tendrá la amabilidad de llevarlo a la parroquia, pues concordará conmigo en que se ha hecho demasiado tarde.

Rodrigo seguía sin poder pronunciar palabra, y mirando el espacio vacío que había dejado Eulalia.

—Conde Ayllón, me gustaría que se quedara en Bromley Hall puesto que es un poco tarde para regresar a Redtower —Harry había recordado el nombre que había dado la duquesa cuando se despidió de Eulalia.

Rodrigo volvió al presente.

—No he venido solo.

—Su acompañante también será bienvenido en Bromley Hall.

Harry sujetó el brazo de su sobrina, y la condujo hacia la puerta. Emily estaba tan sorprendida que no pudo reaccionar a tiempo.

—Dale mis saludos a tu otro tío, y por favor, acerca a Frank a la parroquia. Se ha hecho muy tarde para él.

En el salón quedó únicamente Rodrigo que no sabía qué vendaval había asolado la vivienda porque se había quedado de repente solo. Minutos después, y después de escuchar las quejas y amenazas de la mujer joven, el doctor regresó.

—Debo hablar con Eulalia —insistió el conde.

Harry se mesó el cabello cansado. ¡Era el día de boda más pésimo de todos!

—Mi esposa necesita tiempo —le dijo al conde remarcando la palabra.

Rodrigo cuadró la espalda.

—No dispongo de tiempo —contestó serio.

Harry tensó los hombros y entrecerró los ojos.

—Eulalia se ha casado hoy —le recordó—. Debería de ser el día más feliz de su vida, y no pienso tolerar lo contrario.

Entre ambos hombres no hizo falta más palabras.

—Entiendo.

Harry se alegró.

—Le he ofrecido la hospitalidad de mi hogar, no obtendrá nada más.

Rodrigo sabía cuándo tenía que capitular, y ese momento era uno de ellos.

—Acepto amable la hospitalidad de su hogar pues no he visto en el pueblo ninguna posada —argumentó sincero—, y es cierto que es una hora tardía, pero no puedo irme sin hablar con ella.

Harry miró con atención al conde español, y le sorprendió su apostura y serenidad. Después del afectuoso abrazo que Eulalia había compartido con él, no le cabía la menor duda de que era un hombre de confianza.

—Le pediré a Julia que les prepare una habitación, y podrán cenar en unos momentos —le informó serio—. Entenderá que ni Laly ni yo les acompañemos.

Unas pocas frases, y el hombre había dejado clara su postura.

—Gracias —fue lo único que pudo decir el conde.

Harry se dirigió a la cocina donde estaba William y Julia enfrascados en una conversación sobre lo acontecido. A él le pidió que atendiera y entretuviera a los invitados en su nombre, a ella que les sirviera la cena y que les preparara las dos habitaciones del ala oeste. Julia aceptó la orden, también la de quedarse para recogerlo todo pues Eulalia debía descansar. Harry preparó una bandeja con un plato de guiso, pan recién horneado, una botella de champán, y unas frutas con nata que Eulalia había dejado preparado para el postre. ¡Demonios! Era el día de su boda.

Pero cuando abrió la puerta del dormitorio, Eulalia estaba echada sobre la cama y lloraba amargamente. Dejó la bandeja sobre el aparador, y miró el cuerpo vencido.

—Te he traído un poco de cena —le dijo para animarla.

—Me siento tan furiosa que podría prender fuego a todo —le dijo sincera, pero sin levantar el rostro de la colcha.

—Le he pedido a tus invitados que se queden esta noche en Bromley Hall, y le he ordenado a Julia que les sirva la cena.

Eulalia lanzó una maldición en español que afortunadamente Harry no pudo entender. Un momento después alzó el rostro y lo miró atónita.

—¿Están en la casa? ¿Bajo mi mismo techo?

—No podía dejar a... tu hermano fuera en la calle.

Harry había vacilado porque sabía que el conde no era hermano natural, pero ella había afirmado precisamente eso.

—¡Él, está aquí! —exclamó en un tono de voz que a Harry se le antojó peligroso.

—Vas a tener que enfrentarte a esto tarde o temprano.

Eulalia lo cortó.

—O nunca.

—Pero me tienes a tu lado para apoyarte.

Ahora apretó los labios con fuerza.

—Menudo apoyo cuando dejas pasar a mis enemigos y los invitas a cenar bajo mi mismo techo.

Harry sabía que estaba enfadada, confusa, y por eso no elegía bien las palabras.

—Vamos, Laly, que puedes enfrenarte a ello.

Los ojos de ella relampaguearon.

—Por esa persona que has invitado tan resueltamente a que se aproveche de tu hospitalidad, decidí quitarme la vida. ¿Cómo piensas que puedo sentirme ahora? —le preguntó.

Harry la miró serio, pero con un amor que salía a borbotones por sus ojos azules.

—Es tu hijo, Laly —le recordó—. Todo lo demás no importa.

Eulalia se llevó las manos al rostro y lloró amargamente. Harry caminó hacia ella, se sentó a su lado, y la abrazó.

—Vamos a terminar con esto de una vez —insistió.

Ella no quería mirarlo porque en ese momento le parecía que la había traicionado. Ofrecerle la hospitalidad de Bromley Hall, lo consideraba una acción vil, pero no quería enfadarse con él porque lo amaba, y porque no tenía la culpa del tormento interior que padecía.

Harry se había ganado su cariño, y ella no podía pagarle con inquinas.

—Vas a cenar, descansarás, y mañana lo enfrentarás con todas tus fuerzas.

—¡No voy a hacer tal cosa —exclamó horrorizada.

—Tienes que sacar todo ese rencor que tienes dentro, porque tu paz está en juego.

—Pero, ¿cómo puedo hacerte entender que no deseo nada con él?

—No puedes...

Eulalia giró el rostro porque estaba cansada de llorar, de sentir dolor, y de toda esa inmundicia que la cubría de la cabeza a los pies.

—Pídele que se marche —le ordenó.

Harry lo lamentaba por ella, pero no podía.

—Les he ofrecido la hospitalidad de Bromley Hall, no puedo hacer tal cosa.

Eulalia era una mujer impulsiva. Presta a tomar decisiones aunque fueran equivocadas. Ella no quería tenerlo en la casa, y si se tenía que marchar ella misma para no estarlo, lo haría.

Harry observó atónito que Eulalia caminaba hacia el armario, sacaba unas botas, una capa gruesa, y unos guantes.

—¿Qué haces?— le preguntó.

—No puedo estar bajo el mismo techo que él —confesó con voz baja.

El día había sido muy largo, y ella estaba cansada.

—Ahora no puedes tomar decisiones sin tener en cuenta mi opinión.

Eulalia soltó un suspiro al escucharlo.

—Debías de haberme preguntado antes de ofrecer tu hospitalidad de forma tan caprichosa.

—No vas a marcharte de Bromley Hall —le dijo muy serio—. No voy a permitir que huyas

—le advirtió—. Debes enfrentar tus demonios de una vez por todas.

Eulalia soltó la capa y estalló de nuevo en llanto. Y entonces, ambos escucharon discutir a dos hombre fuera en la calle. Rodrigo elevaba la voz sobre el otro que parecía dispuesto a marcharse. El conde le increpó, le ordenó, y escucharon que el otro maldecía.

Eulalia no podía sentirse peor. De repente, se escuchó la puerta de la calle, y ninguno de los dos supo si los hombres habrían entrado o salido de la casa. Eulalia sorbió por la nariz.

—Es el peor día de mi vida —musitó con la voz entrecortada, y cansada de llorar—, gracias a ti.

—Entonces permíteme que lo arregle.

Eulalia lo miró decepcionada.

—Debería importarte mi opinión, mis deseos, pero has demostrado que te interesa muy poco.

Harry apretó los labios al escucharla. Estaba claro que Eulalia se sentía dolida y no medía sus palabras.

—Precisamente porque me importas, he actuado de esta forma.

Eulalia no podía creerlo, pero sus ojos le hablaban con sinceridad.

—Bien, ¿quieres que me enfrente a ello? Pues te daré el gusto.

Eulalia hizo algo impensable, caminó directa hacia la puerta para bajar al salón. Harry entró en pánico porque estaba muy alterada. Corrió tras ella que caminaba a paso ligero. Logró detenerla cuando alcanzaron las escaleras.

—Por favor, Eulalia, reconsidera tu actitud —le dijo con el alma en vilo—. Antes de verlo, deberías de estar sosegada.

—Tengo que enfrentarme a mis demonios, ¿no han sido esas tus palabras?

Se soltó del brazo de él, y comenzó a bajar. Podía escuchar las conversaciones de varios hombres en el comedor. Reconoció la voz de Rodrigo, la de William, pero la del tercero no. Se quedó unos segundos parada en el amplio vestíbulo, pensando si sería capaz de mirarlo a la cara, y entonces se dijo que ella no tenía que avergonzarse de nada, que era la parte perjudicada en ese asunto escabroso. Empujó la puerta con fuerza, y miro a los tres hombres que estaban sentado en la larga mesa. Sólo uno de ellos le resultó desconocido, pero fue sólo un momento porque sus rasgos eran muy parecidos a los de su hermanastro Alonso.

Todos se quedaron en silencio observándose mutuamente, pero Eulalia sólo tenía ojos para él. La piel era aceitunada, y tenía los ojos tan grandes y oscuros que intimidaban. La boca era firme de labios finos. La nariz recta, y el pelo negro como el ala de un cuervo lo diferenciaba de su hermano el duque.

Rodrigo se levantó raudo de la silla de la misma forma que William, pero Martín había decidido permanecer sentado porque de esa forma resultaría menos intimidante para ella. Veía en su rostro el disgusto que le provocaba el simple hecho de mirarlo, y lamentó la discusión mantenida con el conde porque él no debía de estar allí en ese momento. Pero si Rodrigo quería que conociera a su madre de una vez por todas, él no podía hacer nada salvo rendirse a lo inevitable.

Eulalia se acercó demasiado a él, primero por la izquierda, después por la derecha. Martín sintió su mirada clavada en la nuca, y después en su espalda. ¿Le había clavado un cuchillo? Porque sentía una herida allí donde lo miraba.

—¡Mírame, desgraciado!

Harry estaba plantado en medio de la puerta con el corazón latiéndole en las mejillas. Eulalia estaba tan fuera de sí que podría hacer una locura.

Martín la obedeció. Alzó el rostro cincelado, y la miró directamente a los ojos. Estaba claro que se veía nervioso e indeciso. Rodrigo no podía creerlo. Era el hombre más frío e implacable de cuantos había conocido.

—¡En pie, malnacido! —exclamó Eulalia que seguía llorando sin que le importara que la vieran.

Martín tragó con fuerza, y sin decir nada, apartó la silla y se levantó. Era tan alto que Eulalia tuvo que alzar el rostro para abarcarlo entero.

—¡Fuera de mi casa, fuera de mi vida! —le gritó sin contemplaciones—. Y púdrete en el infierno.

Tras decir las palabras, se giró sobre sus pasos, y caminó directa hacia Harry. Los cuatro hombres habían enmudecido. Martín miró el rostro de Rodrigo y entrecerró los ojos.

—Espero que ya estés satisfecho —lo acusó sin contemplaciones.

Justo cuando Eulalia desapareció del comedor, Martín se dispuso a hacer lo mismo. Quería salir de esa casa cuanto antes. Si no fuera por la influencia del conde Ayllón en la corona, él lo habría mandado al diablo mucho tiempo atrás.

—¿Dónde crees que vas? —lo tuteó Harry por primera vez.

Martín tensó los hombros porque le obstaculizaba la salida.

—Cumplir los deseos de ella —respondió neutro.

—Ella tiene un nombre, Eulalia, y es tu madre —le echó en cara Harry que tenía ganas de retorcerle el pescuezo al individuo en cuestión.

—Mi visita no ha sido voluntaria —dijo, aunque sin ánimo de ofender.

—Eso lo has dejado claro desde el principio —lo cortó Rodrigo.

Martín se había cansado de todo.

—¿Soy el único que esperaba este desenlace? —preguntó atónito por la situación creada. Después soltó una carcajada ausente de humor—. Esta era una de las muchas razones porque las que me mantuve apartado.

—Tú no te marchas de aquí —le ordenó Harry.

Martín no entendía nada. Eulalia había sido muy clara, y él estaba deseando de salir por la puerta y regresar a España. ¿Acaso ninguno de los presentes podía ver el daño que le habían hecho a ambos?

—Me importa muy poco lo que penséis —dijo con voz fría como el hielo, y echando fuego por los ojos—. Me marchó.

Harry no se apartó, pero Martín era avezado en situaciones críticas, y lo sorteó sin rozarlo siquiera. No cogió la capa ni los guantes. Sentía tanto calor en el corazón que creyó que ardería de un momento a otro. Le faltaban dos pasos para alcanzar la puerta cuando una voz lo detuvo.

—Sal por esa puerta y te vuelo la cabeza —era la voz de Eulalia.

Estaba plantada en el primer escalón de la escalera y sostenía en su mano derecha una pistola. Martín dudó que supiera utilizarla.

—Todo esto ha sido un enorme error, y me marchó.

Tanto Harry como Rodrigo habían salido al vestíbulo y miraban la escena estupefactos. De repente, un ruido ensordecedor resonó en la estancia. Eulalia había disparado, y con tan buena puntería que casi le roza la sien a Martín. La bala se había incrustado en la madera de la puerta tras él.

—No he fallado, ha sido un aviso.

Harry no podía moverse de lo sorprendido que estaba. ¿De dónde habría sacado el arma? No era un arma clásica, sino una que había visto a hombres venidos de las colonias.

—¿No vais a detenerla? —les preguntó Martín con el pulso acelerado debido al peligro que representaba la mujer armada.

—¡Adentro! —Eulalia le señaló el comedor con el arma.

—Me has ordenado que me marche —le recordó Martín sin dar ni un paso.

—He cambiado de opinión —contestó la gitana.

Rodrigo sabía que Eulalia estaba muy enfadada por todo, pero no era una asesina. Y se alegraba de verdad de que hubiera reculado en su postura.

—Señor Tyler, creo que aquí sobramos.

Harry también lo creía. Miró hacia el comedor, y le hizo un gesto a William que seguía la escena tan sorprendido como todos.

—Tomaremos algo en la cocina —aceptó Harry.

William estaba deseando irse. Salió del comedor a pasos agigantados, y adelantó al doctor y al conde en su camino a la cocina.

Martín entrecerró los ojos porque intuía que la mujer iba de farol, así que se giró hacia la puerta, alcanzó la manivela, y comenzó a abrirla cuando una nueva detonación casi lo deja sordo. Sintió una quemazón en el muslo, y después un dolor agudo, como si algo lo hubiera mordido. Bajó la cabeza y vio la sangre que comenzaba a marchar el suelo del piso.

—¿Me has disparado? —le preguntó sin creerse todavía su osadía.

—Te lo he advertido —fue su respuesta.

Al escuchar la segunda detonación, Rodrigo y Harry dieron un brinco sobresaltados porque no la esperaban. Ambos se giraron, y vieron la sangre que comenzaba a gotear sobre la madera del piso.

Harry hizo lo propio en su profesión, atender al herido que cayó sobre sus posaderas al no poder sostenerse sobre la pierna izquierda.

CAPÍTULO 21

Rodrigo miraba a Eulalia todavía sorprendido por sus acciones.

—Podrías haberlo matado —le dijo rápido, pero sin censura en la voz.

—He logrado que no se marche, ¿verdad? —contestó con amargura.

—¿Cómo has adquirido una arma de esas características?

—Lo llaman revolver —contestó Eulalia—. Y cuando vendí la pulsera de Justin, decidí hacerme con ella. No podía viajar de regreso al reino sin ninguna protección, y el hombre que me la vendió, me aseguro que podía realizar varios disparos sin recargarla. Me costó un ojo de la cara, pero la necesitaba.

Rodrigo sentía deseos de maldecir porque estaba sorprendido por todo el desenlace de la situación. Siempre había sostenido que Eulalia era una mujer de amplios recursos, y los últimos acontecimientos lo demostraban.

—¿Dónde la has conseguido? —insistió el conde.

Eulalia apretó los labios porque no quería decírselo. Sabía que el hombre que se la había vendido por una buena cantidad de libras, podría tener un problema muy serio si ella se iba de la lengua.

—Un don nadie que debe de haber llegado a Rusia.

Rodrigo se resistía a creerla.

—¡Mentirosa! —respondió el conde.

Eulalia hizo un encogimiento de hombros.

—¿Cómo supiste que él estaba vivo? —le preguntó Eulalia que no se anduvo por las ramas.

—Fue por Aracena —comenzó a explicarle el conde—. Martín la salvó cuando ella y su cuadrilla de guerrilleros sufrieron un ataque isabelino en Burgos —Eulalia lo escuchaba atenta—. Me costó mucho dar con él porque es una eminencia en mantenerse oculto.

El rostro de Eulalia no reflejaba ningún otro tipo de emoción salvo la cólera.

—¿Por qué lo has traído?

Rodrigo soltó un suspiro largo.

—Para terminar con todo esto de una vez, aunque no te creí capaz de dispararle.

Eulalia apretó los labios.

—Se habría marchado y escondido de nuevo, y no podía permitirlo después del enorme esfuerzo que has realizado —confesó al fin.

A Rodrigo le pareció que Eulalia se burlaba.

—Ahora mismo no sé qué pensar sobre tu actuación —continuó el conde.

—Ya estaba aquí, justo es que me diera las oportunas explicaciones.

—En el comedor dijiste una cosa muy diferente...

Eulalia lo cortó.

—Como mujer, tengo el derecho a cambiar de opinión, y como madre, la voluntad divina de impedir su huida.

—Le animé, en incontables ocasiones, para que te buscara, pero no hay un hombre más terco y esquivo que él.

—¿Por qué se llama Martín?

Rodrigo la miró de frente.

—Es el nombre de mi abuelo, puesto que mi madre es su madrina, es apropiado que lo lleve.

Fue escuchar la mención de María, y Eulalia perdió el color del rostro.

—No me hables sobre ella ni sobre sus acciones, ¡te lo prohíbo!

El rostro del conde se mostró turbado.

—Me costó entender los motivos de mi madre, Eulalia, pero tuvo razones poderosas.

—¿Te he mencionado que no deseo que me hables sobre ella? —le preguntó irónica pero mirando hacia la ventana.

—Lo lamento —se disculpó el conde—, y aunque estoy sorprendido por tus esponsales, me alegro de verdad, pues el señor Tyler parece un hombre bueno.

Rodrigo lo decía desde el corazón, y Eulalia lo supo. Giró el rostro y clavó la mirada en los ojos dorados.

—Me salvó en todos los sentidos —confesó orgullosa—. No solo de ahogarme en el río.

Rodrigo la escuchó, y su rostro se ensombreció.

—Intuí lo que pensabas hacer cuando vi que te habías llevado tu vestido de novia —la gitana lo miró un poco azorada—. ¿Piensas que no sabía dónde escondías las joyas? —ahora soltó una leve sonrisa—. Siempre has sido un libro abierto, aunque recé mucho para equivocarme.

—El vestido me lo regaló Alonso Miguel —susurró ella emocionada.

Rodrigo sabía que había llegado el momento de hablar con la verdad, aunque Eulalia lo despreciara por ello.

—¿De verdad creíste que se casaría contigo? —le preguntó con voz suave y sin dejar de mirarla—. Era un hombre casado, Eulalia, bajo el rito católico donde el matrimonio es indisoluble —le recordó.

—Ella no lo quería, te amaba a ti —le echó en cara—. Se convirtió e adúltera con tu beneplácito, ¿cómo te atreves a insinuar que no quería casarse conmigo? —le espetó con amargura—. Ellos ya no compartieron lecho desde que tú te metiste en el de ella. —Rodrigo apartó la mirada porque la acusación era tan cierta como incierta a la vez—. ¡Me amaba! —recalcó.

—No he dicho que no te quisiera, sino que no podría divorciarse para casarse contigo. — Eulalia apretó los labios con amargura. Esa verdad la había obviado porque sólo tenía dieciséis años, y no podía pensar en nada más que en el amor que sentía hacia Alonso Miguel—. Se aprovechó de tu inocencia e ingenuidad, Eulalia, eras casi una niña.

Eulalia apretó los labios.

—Lo quería, y habríamos huido —reveló de pronto.

Rodrigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Alonso Miguel jamás habría abandonado a su hijo Alonso —apuntó certero—. No dudo que te amara de verdad, pero estaba atado de pies y manos.

Escuchar todo eso en la boca de Rodrigo le supuso un sufrimiento enorme. Eulalia estaba convencida del cariño que le tenía, y por eso no quería hablarle de la maldición que le había lanzado a María porque lo quería de verdad. Rodrigo había sido el punto de equilibrio en su vida, era el hermano que nunca tuvo, y no podía revelarle que le había deseado lo peor a su madre, porque no estaría bien.

—Rezamos mucho para que estuvieras bien, a salvo, y por eso seguimos buscándote.

—Y entonces decidí vender la pulsera que me regaló Justin —resumió ella.

Rodrigo la miró atento.

—¿Por qué quisiste deshacerte de su regalo? Es la joya más valiosa que posees.

Eulalia bajó los ojos.

—Su pulsera era la que menos significado emocional representaba para mí, y no porque estime menos al duque, porque quiero a Justin, de verdad, sobre todo porque hace muy feliz a mi

niña Aurora, pero su pulsera era la que menos dolor me provocaba perder si decidía deshacerme de alguna de ellas.

—Pues qué pequeño es el mundo porque ha regresado a sus manos.

—Si llego a sospecharlo, hubiera vendido tus pendientes —le reprochó la gitana.

—Sabes que te queremos, todos, incluida mi madre.

Eulalia se levantó de un salto.

—¡Que no me hables de ella, joder! —exclamó con un improperio.

Rodrigo supo que no estaba llevando el asunto demasiado bien.

—Debo regresar a Redtower —le dijo preocupado.

Lo ultimo que deseaba Rodrigo era marcharse de esa forma precipitada. Eulalia era una mujer muy lista.

—¿Qué sucede? ¿Es por Elina?

Rodrigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tiene que ver con Lizzy —comenzó a decirle—. Elina ha sentido una especie de premonición, cree que puede estar en peligro.

Eulalia parpadeó asombrada.

—No deberías poner en duda sus premoniciones —le aconsejó.

Rodrigo se quedó callado meditando en la sugerencia de la gitana.

—Sinceramente creo que exagera un poco pues Lizzy fue al mercado de Rockcliffe con su primo Devlin.

Eulalia se quedo unos segundos pensativa.

—¿Es el mercado que está en la frontera con Escocia? —preguntó.

El conde asintió.

—Pues yo me preocuparía en serio de su advertencia. —Ya se temía Rodrigo que Eulalia iba a pensar igual que Elina—. ¿No secuestraron a la hija del laird McGregor unos escoceses?

—Eran familia materna del esposo de Mary.

—Y entonces, ¿por qué te veo intranquilo? Yo te lo diré, porque tú mismo crees más a tu mujer de lo que quieres admitir.

Rodrigo enderezó la espalda y la miró sin un parpadeo.

—¿No deberías de estar arriba con tu esposo atendiendo la herida que has provocado? —el tono de Rodrigo era afilado.

Eulalia lo miró de medio lado.

—Cuando la conversación no es de tu agrado, bien que te gusta cambiarla, crapuloso.

—De verdad que tengo que marcharme —insistió—, pero antes me aseguraré de que Martín esté bien.

Eulalia se encrespó.

—Si lo hubiese querido muerto, lo estaría —afirmó la gitana.

Rodrigo resopló.

—Las armas las carga el diablo —le recordó.

Eulalia bajó los ojos. Ella lo había echado de Bromley Hall en un arrebato, porque le dolía hasta el aliento que exhalaba. Pero unos segundos después, supo que ya no podría dejarlo marchar después de haberle visto la cara, y eso que le recordaba mucho al duque de Alcázar. También intuyó que Martín se marcharía y que jamás lo volvería a ver. Entonces Eulalia razonó que tenía que oír de su propia boca que le había importado muy poco lo que fuera de ella, necesitaba oírsele decir más que respirar, y por eso decidió tomar el arma y obligarlo a quedarse.

Eulalia soltó un suspiro largo.

—Ahora no puede marcharse por sus propios medios —susurró la gitana pensativa—. Y podrá darme todas las explicaciones que le demandaré.

—¿Estás segura, Laly? —le preguntó el conde de forma socarrona.

Eulalia entrecerró los ojos al escucharlo.

—Sólo le permito a una persona que me llame así... —Rodrigo iba a decir algo, pero ella se lo impidió—. Márchate si no quieres que te dispare a ti también en las piernas.

—Seguro que lo harías sin dudar.

Entre noble y gitana se decían las cosas sin miramientos.

—Tengo lo por seguro —repitió ella.

—¿Enviarás un mensaje a Redtower si algo se complica? —Eulalia hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¡Mira que eres terca! —exclamó él, un segundo después le sonrió—. Anda, como Martín... de casta le viene al galgo.

Eulalia iba a contestarle, pero la llegada de Harry se lo impidió.

—No he conocido hombres más obstinado —protestó enojado.

Rodrigo miró a Eulalia con las cejas alzadas en un claro gesto de burla.

—Debe de dolerle la herida a rabiar porque he tenido que hurgar mucho para sacar el plomo —siguió diciendo el doctor—, y no me permite administrarle ni un poco de láudano.

—Hablaré con él —se ofreció Rodrigo.

Eulalia lo interrumpió.

—Yo lo haré, seguro que lo convengo para que se tome el láudano.

Harry la paró en seco antes de que cruzara el hueco abierto de la puerta.

—Primero dame la pistola —le ordenó.

Eulalia lo miró asombrada.

—¿Crees que le dispararía otra vez?

—¿Cómo forma de convencerlo para que se tome el láudano y te obedezca? —preguntó Rodrigo en un tono quisquilloso que molestó a Eulalia.

—¿Tú, no te ibas?

Eulalia lo había preguntado en serio, y Rodrigo le hizo un gesto afirmativo bastante elocuente.

—Mas tarde mantendremos tú y yo una conversación larga sobre las armas —le dijo el esposo—. En Bromley Hall no son necesarias.

Eulalia ya no dijo nada más. Salió por la puerta como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO 22

Martín quería marcharse, pero sólo no podía hacerlo. Tenía que convencer al conde de que lo ayudara porque la herida del muslo le dolía bastante, aunque había descartado la sugerencia del doctor de tomar láudano porque pretendía tener sus cinco sentidos alerta. Sedado no podría cabalgar. No era el primer disparo que recibía, aunque sí el primero de una mujer de su misma sangre.

El sonido de la puerta de la alcoba lo puso alerta, pero en modo alguno podía imaginar que la propia Eulalia cruzaría el umbral después de dispararle.

—¿Vienes a rematar la faena? —le preguntó muy serio.

Eulalia caminó despacio, sin quitarle la vista de encima, y sin pronunciar palabra. Cuando llegó al lecho, se sentó en la esquina más alejada, y se quedó allí observándolo muy atenta, como si lo diseccionara centímetro a centímetro. Martín hizo lo propio. Recorrió con las pupilas el rostro maduro ausente de arrugas salvo unas pequeñas marcas al final de los ojos. Tenía los labios gruesos y rojos, se preguntó cómo les daría ese color tan particular. Llevaba el cabello negro recogido en un moño bajo, y sujetado con una redecilla negra. En las orejas, unos pendientes de perlas, en la mano izquierda, un sello masculino que cumplía el papel de anillo de boda.

Martín tomó aire y lo soltó muy lentamente.

—Creo que debo felicitarte.

Eulalia se llevó el dedo a la boca, y le demandó silencio. Quería observar cada arruga de su piel, cada marca dejada por el sol, y vio unas hebras plateadas que brillaban en sus patillas. Eulalia se dijo que su cabello encanecería pronto como el de su padre, Alonso Miguel. Martín era más alto, más corpulento, y tenía una mirada tan sagaz como la de un águila.

—No eres como me esperaba —susurró la mujer sin dejar de mirarlo.

—¿Y cómo me imaginabas? —preguntó sosteniéndole la mirada.

En los ojos de Eulalia, Martín veía inteligencia, tenacidad, y mucho resentimiento.

—Más moreno... más gitano.

—Entonces deduzco que me parezco a mi padre —contestó con la voz un poco aguda.

—Y a tu hermano —susurró Eulalia—. Eres clavado al duque de Alcázar.

Martín se veía molesto.

—Si me hubieses pedido que me quedara, lo habría hecho.

—Lo hice —le recordó.

—Apuntándome con un arma, pues debo advertirte que llevo muy bien que me intimiden.

—¿Te duele? —le preguntó de pronto.

—Sí —contestó sincero—. Pero he sobrellevado heridas peores.

Eulalia entrecerró los ojos.

—Una lástima, porque te mereces sentir en carne propia un poco del dolor inmenso que me haces sentir.

Martín se removía incómodo en la enorme cama.

—Nunca he pretendido hacerte daño —le reveló—, es más, creí que con mi silencio, te lo evitaba.

—¡Calla! —exclamó ella—. No te he pedido explicaciones.

—¿No deseas escuchar mis razonamientos?

Eulalia sonrió sin humor.

—No —contestó seca—. No los necesito. —Martín estaba realmente incómodo porque

Eulalia no se comportaba como una mujer normal—. Sólo siento curiosidad por ver si te pareces en algo al hombre que siempre imaginé, pero ya he comprobado que no.

Martín desvió la mirada.

—En cambio, tú, eres exactamente igual a como te había imaginado desde niño —respondió rápido.

Eulalia no iba a cometer la torpeza de tragarse su anzuelo.

—¿Fueron buenos contigo?

Claramente se refería a los padres que lo habían criado.

—Hasta los doce años, pensé que eran mis padres de verdad, pero entonces María me contó todo y...

Eulalia lo cortó.

—¡Calla! —exclamó con cierta ansiedad—. No aumentes mi tormento contándome tu infancia feliz.

Martín desoyó su orden.

—Fui un niño querido, y eso debería alegrarte —le comunicó serio.

Eulalia se encogió un poco. Claro que se alegraba de que no lo hubieran maltratado, pero seguía sintiendo un dolor agudo en el pecho. Bajó los ojos, y pensó en todas las caricias y besos que no le había dado...

—Ambos fuimos bendecidos por el destino —siguió él.

Fue escucharlo, y Eulalia se levantó como un resorte de la cama.

—¡No digas sandeces! —casi grito.

¿Cómo podía el hijo de su carne decir que habían sido bendecidos? Ella lo había llorado toda la vida, y él, y él, era su mayor tormento.

—Los dos podríamos haber muerto en aquella zanja —le recordó muy serio. Eulalia se quedó sin habla—. Pero fui criado por una buena mujer que me educó lo mejor que supo, y tú, tú has gozado de la protección y el cuidado de los Velasco, y gracias a ellos te has convertido en la mujer que eres ahora.

Martín acababa de ponerle delante de los ojos una verdad aplastante.

—Estás defendiendo a María —casi no podía creer su arrojo—, y eso es imperdonable.

—Estoy mostrándote la realidad. Los dos podíamos estar muertos, pero estamos vivos gracias a ellos.

Eulalia acababa de comprender el motivo de su llegada.

—Por eso estás aquí en Inglaterra —susurró con voz queda—. Porque es tu forma de pagarle a los Velasco la deuda que piensas que has contraído con ellos.

Eulalia hablaba para sí misma.

—Esa es la verdad —continuó el hijo—. Les debemos la vida.

—¡Virgen de las Angustias! ¡María te separó de mí! —exclamó sin medir el tono de la voz—. Te aleccionó en mi contra.

Martín sabía que su madre necesitaba más tiempo para asimilar la verdad que acababa de mostrarle.

—Esa es la diferencia ente ambos. Tú lo ves como una manipulación, y yo como una forma altruista de protegernos —confesó en voz baja.

—¿Protegernos?

—De aquellos que te hicieron daño.

—¿Aquellos? —preguntó pasmada.

—Esos que discriminan a otros porque no son como ellos —le recordó tratando de

levantarse—. Esos mismos que ven el vientre materno como cuna de cristal a la que hay que proteger, y sin embargo no les importa pagar por sus mujeres veinticinco monedas de oro o diez mil reales, dependiendo del grupo de gitanos al que pertenezca la moza. ¿No es cierto? —todo eso era verdad, se dijo Eulalia pensativa.

—Eres parte de ellos, como lo soy yo —le recordó la madre.

Martín negó con la cabeza.

—María me ofreció la oportunidad de ser yo mismo, de elegir mi destino, y el camino que deseo seguir, y lo escogí cuando tenía doce años.

—No deseo escuchar nada más —murmuró Eulalia con un hilo de voz.

—Y respetaré tu decisión —contestó sin dejar de mirarla.

Como si Harry estuviera aguardando el momento, decidió intervenir en ese momento permitiéndole un respiro a Eulalia.

—Vengo a cambiar las vendas. —Madre e hijo sabían que era una excusa muy pobre, pero mantuvieron silencio—. Y tengo que pedirte disculpas porque creo que Julia está quemando las costillas.

Si algo sabía Harry, era que Eulalia no permitiría tal descalabro con la cena, y no se equivocó.

—Julia no aprende —protestó con energía—. Regreso pronto.

Los dos hombres miraron la marcha de Eulalia en silencio, pero duró muy poco. Harry tenía algunas cosas que decir, y decisiones que anunciar.

—La herida no es tan grave, y podrás cabalgar muy pronto —le dijo sosteniéndole la mirada—. Tu semental está en el establo junto a mis caballos, y está bien atendido.

Por alguna extraña razón, Martín se mostró cohibido.

—Gracias, partiré a primera hora de la mañana —le anunció.

Harry se quedó unos minutos pensativo. Como si valorara algunas opciones y descartara otras.

—Te pido, por favor, que te quedes.

Martín lo observó con mirada curiosa.

—No lo veo prudente.

—Tienes que darle a Laly un tiempo para que se acostumbre a la idea de que estás vivo, y de que te has convertido en todo un hombre.

Martín se medio reincorporó, y, al hacerlo, sintió un dolor agudo en el muslo. Podría cabalgar, pero seguramente se le abriría la herida.

—No deseo quedarme.

—Ni yo que lo hagas, pero estoy pensando en mi esposa, y por ese motivo te insto a que te quedes.

Martín era un hombre inteligente. Avezado en temas espinosos, y con una larga trayectoria de intrigas que lo habían convertido en el mejor espía de la corona.

—¿Qué deseas lograr con ello?

Harry tardó dos segundos en contestarle.

—La paz de mi hogar —contestó sincero—. Eulalia, tu madre, necesita aceptar algunas cosas que han cambiado en su vida, como tu llegada.

—Creo sinceramente que no es buena idea —argumentó decidido, y trató de acomodarse mejor—, porque Eulalia ya sabe que estoy vivo, y yo estoy deseando marcharme.

Harry miró al hombre moreno que estaba sentado en el lecho. Tras la espalda tenía dos cojines, y otro bajo la pierna herida. Él podría obligarlo a quedarse, podría utilizar opiáceos,

pero deseaba que se quedara por propia voluntad.

—Le debes, al menos, unos días de tu tiempo —le espetó firme.

Martín apretó los labios al sentirse de nuevo en deuda. Primero con su madrina, después con el conde, y finalmente con el dueño de Bromley Hall.

—Nada se puede arreglar de este momento.

—Por favor, quédate unos días —volvió a suplicarle—. Eulalia aceptará muchas cosas, pero la más importante, que deseas mostrarle toda esa infancia que se perdió de forma involuntaria. Tu madre conocerá por fin al hijo por el que tanto ha llorado... ¿se lo debes! —reiteró.

En la mirada de Harry no había duda ni vacilación.

Martín terminó aceptando.

—Está bien, acepto quedarme en Bromley Hall hasta finales de semana —admitió de pronto.

Harry ya no dijo nada más. Como tenía el maletín sobre una silla muy cerca de la chimenea, se dispuso a sacar lo necesario para cambiarle el vendaje.

CAPÍTULO 23

Martín se levantó una mañana después de haber mantenido la conversación con el esposo de su madre, y pudo caminar apoyado en un bastón. Harry no sólo era un excelente médico, también un hombre de amplios recursos.

Como la noticia de la boda entre el doctor y la gitana había corrido como la pólvora, los vecinos de Great Marlow llegaban a la casa dando tranquilos paseos, y, con la excusa de llevarse el famoso tónico para la fiebre y la tos, husmeaban sobre lo que sucedía en el interior de Bromley Hall. La mujer del boticario hizo un comentario sobre el olor tan rico que salía del interior del horno, y Harry se dio cuenta de lo bien que olía toda la casa desde la llegada de Eulalia.

¡Tenía ese aroma tan particular de hogar al que un hombre querría regresar siempre!

Como los vecinos se acercaban a su casa por puro interés, él tenía muchas menos visitas que hacer, así que se dedicó a ordenar facturas, y poner al día los cajones de su mesa de despacho que estaban llenos de avisos pasados, y de invitaciones caducadas.

La primera cena compartida entre Martín y Eulalia fue tan tensa como incómoda, porque si el hijo era tenaz, la madre no lo era menos. Pero Harry pudo percibir por los deliciosos platos que elaboraba, que no estaba tan disgustada como aparentaba. De vez en cuando, y sin que Martín se percatara, Eulalia lo miraba fijamente, y en una ocasión, Harry vio que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero esas últimas lágrimas se diferenciaban mucho de las primeras que había derramado.

A la tercera tarde de estar Martín en Bromley Hall, madre e hijo dieron un paseo por los alrededores. Martín se apoyaba en el bastón, y daba pasos muy cortos, pero a ninguno de los dos pareció importarle ese inconveniente. Y supo que hablaron mucho y se entendieron, porque cuando regresaron, Eulalia tenía el rostro tranquilo, y se podía percibir la paz en el brillo de sus ojos.

Por la noche, acurrucados entre las sábanas, Harry la abrazaba, y Eulalia le contaba lo sucedido durante el día. En ese momento íntimo, la escuchaba con atención, la abrazaba con fuerza, y disfrutaba de sus logros y sus cambios tanto de humor como de pensamiento.

Julia parecía encantada con la presencia de Martín en la casa, y, aunque no entendía nada de español, con la mirada le decía todo. Estaba claro que se sentía muy atraída por él, pero Martín no le dio ni la más mínima esperanza que alentase sus sentimientos. Harry sintió pena por ella porque en Bromley Hall no había hombres jóvenes salvo su secretario, pero estaba prometido con una muchacha de Micklefield.

Desde su posición sentada en su despacho, Harry escuchó un carruaje que se detenía en la puerta de la casa. Como Julia se encontraba en la planta superior, y Eulalia y Martín dando un paseo, no le quedó más remedio que atender a la inesperada visita. Cuando abrió la puerta se encontró de frente con una dama ataviada de riguroso negro, y una mujer sonriente de brillantes ojos claros. El cochero ya volvía a su sitio en el pescante mientras un mozo de cuadra mantenía la puerta abierta para la dama.

—Soy la condesa viuda de Velasco —se presentó la mujer—. Y vengo a ver a Eulalia.

Harry se puso serio de inmediato. Esa mujer era la que le había provocado tanto dolor a su esposa.

—Laly no se encuentra en Bromley Hall —contestó sin invitarla a entrar.

La respuesta que le había dado no era la esperada por ella. La mujer sólo dudó un

momento. Unos segundos después, la altiva viuda se apoyó en la joven que la acompañaba para girarse, y entonces fue cuando Harry se percató de lo enferma que parecía. Desde su posición pudo escuchar el silbido al respirar que anunciaba una enfermedad grave en los pulmones.

—Disculpe mi torpeza, milady —le dijo de pronto—, bienvenida a Bromley Hall —María miró al hombre de rostro tranquilo, y soltó un suspiro—. Eulalia está dando un paseo con Martín, no creo que tarden.

Harry creyó que no hacía falta que explicara nada más, y era cierto. Con esa información, María supo que todo discurría por los caminos adecuados.

—Yo soy Elina O'Brien —se presentó la acompañante.

—Es mi nuera, la actual condesa de Ayllón —le aclaró la viuda.

—Por favor, pasen al salón —las invitó él—. Ordenaré a Julia que preparé un té mientras esperamos el regreso de Eulalia y de Martín.

Elina les ordenó al cochero que esperaran.

A María le costaba caminar, y necesitaba el apoyo de Elina, pero su ansiedad por hablar con Eulalia había prevalecido sobre su precaria salud. Como Rodrigo le había prohibido expresamente que saliera de Redtower, había aprovechado una ausencia de él para hacer el viaje, y cuando el atractivo hombre le había mencionado que Eulalia no se encontraba en la casa, había sentido un acceso de pánico.

—Por favor, tomen asiento —les dijo cuando ya estaban en el interior del salón—. Vuelvo en seguida.

Harry salió por la puerta, y ambas escucharon que subía los escalones. María tomó asiento en una esquina del sofá, pero Elina decidió mantenerse de pie.

—Es una casa muy bonita —dijo la nuera observándolo todo.

—Es lo mínimo que se merece Eulalia —contestó la viuda.

Cuando Rodrigo le reveló que Eulalia se había casado, María no podía creérselo. Le costó aceptarlo, pero una vez que lo hubo hecho, se alegró de corazón. Tampoco le cabía en la cabeza que le disparara a Martín para impedir que se marchara. Pero así era Eulalia, toda impulsividad y obstinación.

Harry regresó quince minutos después acompañado de una muchacha. Era el propio doctor quien llevaba la bandeja con el té. María lo observó con atención. Por su gestos y forma de hablar, supo que era un hombre instruido, educado desde la cuna. Ya sabía que no pertenecía a la nobleza, pero por la casa, los muebles, y el lugar donde estaba ubicada la propiedad, supo que provenía de buena familia.

—Muchas gracias —contestó María en un tono amigable cuando le pasó la taza de té.

La muchacha dejó un plato de dulces, y salió disparada del salón. Al ver el plato, María sonrió: estaba lleno de los besos de novia que solía preparar Eulalia cuando se encontraba contenta. ¿Cuánto tiempo hacía desde los últimos que probó?

—No sé si ha sido buena idea venir desde tan lejos —le dijo el doctor mientras tomaba asiento enfrente de ella—. En su estado de salud.

María se dedicó a remover el té con la cuchara de forma muy lenta, como si pensara en cada frase pronunciada por él.

—No está muy lejos —contestó Elina por ella—. Y el paseo ha merecido la pena porque ha devuelto el color a las mejillas de María.

Y la conversación corrió a cargo de Elina que tenía demasiado entusiasmo en su cuerpo para contenerse. El doctor intervenía con monosílabos, y María con miradas. Todo estaba tranquilo, los tres charlaban amistosamente, e incluso María se permitió el lujo de soltar alguna

ironía que Elina reprobó. Para Harry quedó claro que la mujer joven quería de verdad a la anciana pues estaba muy pendiente de ella y se anticipaba a cada solicitud. Él se dijo que la viuda era muy afortunada de contar con una ayuda tan dispuesta.

Desde el salón escucharon la voz de Eulalia que entraba en la cocina por la puerta trasera. Estaba claro que no había visto el carruaje en la puerta de entrada. En ese momento le decía a Martín que dejara descansar la pierna, pero él quería seguir paseando porque necesitaba ejercitarla. Sin estar convencida, le dijo que no se alejaría mucho. Escucharon entonces la voz de Julia, y algo que se rompía en la cocina, pasos apresurados, y maldiciones dichas en español.

María tensó la espalda, y Elina miró hacia la doble puerta abierta del salón. Unos segundos después, Eulalia se quedó parada en el hueco. Miraba con un odio real a María que tuvo que dejar la taza sobre la mesita de lo perturbada que se sentía por esa mirada.

La gitana caminó unos pasos hacia el centro.

—¡Desgraciada! —la insultó—. ¿Cómo tienes el valor de presentarte?

—¡Eulalia! —exclamó la voz de Elina tras ella.

Era impensable que le hablara de ese modo, pero Eulalia no podía apartar la mirada de la condesa viuda. La mujer que le había arrebatado a su hijo, la mujer que le había mentido, la más falsa y vil de todas las mujeres que había conocido estaba sentada en el salón de Bromley Hall.

—Te fuiste de Redtower sin permitirme que me explicara.

Eulalia resopló.

—¡Tus actos no tienen explicación! —tronó llena de ira.

María entrecerró los ojos y apretó las manos en el bastón que mantenía de pie frente a ella.

—Mal que te pese, sí —contestó con voz suave a pesar de la tensión que percibía en el cuerpo de Eulalia—. Cuando te haya explicado mis razones, me marcharé.

Los ojos de la gitana se abrieron de par en par.

—¡Te irás ahora mismo si no quieres que te saque los ojos, te corte la lengua, y tire tus tripas a los perros.

Harry no cabía en sí de la sorpresa al escucharla. ¿Toda esa violencia había salido de la boca de Laly?

—¡Eulalia! —exclamó atónito—. Moderación, por favor.

Pero la mencionada estaba demasiado alterada para aceptar consejos. María era la única que no se veía preocupada por el estallido de ella porque la conocía demasiado bien y sabía lo impulsiva que era.

—¿Has terminado? —le preguntó María sosteniéndole la mirada.

Nadie podía saber lo que pensaba Eulalia en ese momento. Veían su agitada respiración, su mirada ardiente, y los puños que apretaba a sus costados.

—Será mejor que se marchen —les aconsejó Harry creyendo que la situación empeoraría.

—¡Sí, lárgate! —lo secundó Eulalia.

—No voy a moverme de aquí hasta que me escuches —soltó María con tono seco.

Harry no podía creerse la audacia de la anciana. Estaba tan débil que una simple brisa podría llevársela, pero le sostenía la mirada a una Eulalia furibunda.

—¿Qué no... que no? —a Eulalia se le trababa la lengua.

De repente, la gitana cogió el plato de besos de novia y lo lanzó hacia María que no se inmutó. El plato terminó hecho añicos en el suelo, y los dulces desparramados por el sofá.

Harry estaba estupefacto mirando la escena. Elina tenía los ojos tan abiertos como platos. Eulalia cogió la tetera y la zozobró delante de los ojos de María.

—Debería estampártela en la cabeza —le dijo pero sin soltarla.

María fue a decir algo, pero Elina decidió que ya había visto bastante por parte de las dos, exclamó un, ¡Dios mío! Y cayó al suelo con un golpe sordo.

Eulalia giró la cabeza y la vio tendida en el suelo. María se levantó como pudo para ir a auxiliarla, pero no hizo falta porque Harry se movió como un rayo tan preocupado como ofendido por la actitud de Eulalia.

—¿Está muerta! —gritó María que cayó de rodillas al no poder sujetarse bien el bastón.

Eulalia no sintió la más mínima piedad.

—Si está muerta, tú eres la responsable —le espetó resentida.

CAPÍTULO 24

Martín había escuchado los gritos de Eulalia, y corrió presto desde el jardín posterior hacia el interior de la casa, cuando llegó al salón, Harry atendía a Elina que estaba tirada en el suelo. Cuando Harry le pidió a Martín que las mantuviera a ambas en el salón hasta que él hubiera atendido a la desvanecida en la propia alcoba que ocupaba Martín, este aceptó. Los gritos de Eulalia cuando su propio hijo le bloqueó el paso fueron descomunales, pero él se mantuvo firme, y cuando obtuvo su palabra de que se mantendría en el salón junto a María, decidió echar una mano al doctor. Martín rezaba interiormente para que el agua no llegara al río entre ambas. El dolor en la pierna herida se había intensificado por el sobreesfuerzo, pero él quería saber cómo estaba la desmayada.

Elina abrió los ojos, y vio el rostro del doctor inclinado sobre ella.

—¿Se han calmado? —fueron sus primeras palabras.

Harry negó con la cabeza, pero le sonrió porque el desmayo de ella había propiciado que ambas mujeres aparcaran sus diferencias para tratar de ayudarla.

—Antes opinaba que no, pero ahora estoy convencido de que las dos necesitan estar a solas para desahogarse mutuamente —dijo el doctor sin preocupación en la voz.

Elina se reincorporó tambaleante porque se sentía mareada.

—Está encinta, señorita O'Brien —le anunció el doctor—. Por eso se ha desmayado.

—Lo sé —confesó la mujer como si le dijera un secreto—. Estoy embarazada de mellizos —le anunció feliz.

Harry entrecerró los ojos porque la afirmación le pareció bastante extraña.

—Déjelo estar, doctor —le aconsejó Martín.

—No voy a bajar al salón —susurró Elina atusándose el vuelo del vestido.

Harry la miraba y no sabía qué pensar sobre ella. Era una mujer adulta que miraba y hablaba con la inocencia de una niña. Parecía un ser de otro mundo. Caminaba, y le parecía que levitaba sobre el suelo.

—Yo tampoco lo deseo —soltó Martín muy serio—. Logran que el ambiente se vuelva irrespirable.

Harry sabía que tenía que darles tiempo a ambas mujeres para que expusieran todas las diferencias y errores acumulados.

—Me muero de hambre —afirmó el doctor pensativo—. La hora de la cena pasó hace muchas horas.

—Podríamos bajar con cuidado hacia la cocina —sugirió Elina con voz melosa—. Podríamos tomar algo allí, pues yo también estoy famélica.

Harry sospechaba que el desmayo de la mujer bien podía deberse a la falta de alimento.

—Si somos cuidadosos, ninguna de las dos nos oirá —susurró Elina con voz encantadora.

—Están demasiado pendientes la una de la otra —aseguró Martín que miraba a través de la ventana—. Pero iré a informarles de que todo está bien, y después me reuniré con vosotros en la cocina.

Martín caminó despacio y cojeando hacia el corredor sin volver la vista atrás.

Eulalia había sido implacable con María. Desde el momento en el que se quedaron a solas, se había mostrado despiadada con ella porque se lo merecía. Había sacado todo el dolor que envenenaba su corazón, y le recriminó todos los actos del pasado, y que la habían perjudicado tan gravemente. En un momento de la discusión, María se echó a llorar, era la primera vez que Eulalia la veía tan voluble, y se quedó sin capacidad de reacción.

Mientras lloraba, la observó atentamente. La condesa viuda era piel sobre huesos. Tenía los hombros hundidos, y las manos temblorosas. Y entonces recordó las diferentes conversaciones que había mantenido con su hijo sobre su infancia, sus logros, y sintió deseos de golpearla por todos los momentos que le había robado, pero se quedó quieta sin saber qué hacer, porque ofrecerle consuelo no estaba en su ánimo.

—No lo recuerdas, pero estuviste varias semanas entre la vida y la muerte —le confesó María hipando—. Mi hija y yo nos desvivimos por ti, para que no te fueras de este mundo.

Se limpió con un pañuelo, y suspiró varias veces.

—¿Esperas que te lo agradezca? —le soltó con rabia.

María cerró los ojos con fuerza, e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo que se hace de corazón, no necesita recompensa —susurró apenas sin voz—. Pero que mostraras un poco de compasión me vendría bien.

—Ni toda la humildad del mundo podrá borrar tus actos monstruosos, lo sabes —le espetó con furia.

María dejó de llorar. Miró a la mujer que había tratado como a una hija, y supo que nada de lo que dijera o hiciera, la haría cambiar de opinión. Eulalia quería seguir alimentándose del rencor, y María no podía evitarlo. No había servido de nada todas sus explicaciones, sus disculpas, y arrepentimiento. Eulalia quería sangre, pero ella ya había derramado demasiada.

—Estás en tu derecho —le dijo de pronto—. Pero yo he cumplido mi parte al explicarte mis motivos.

Eulalia apretó los labios, y giró el rostro con desaire.

—Jamás te perdonaré —le soltó con despecho.

—Te salvé la vida, protegí a tu hijo de tu gente que lo quería muerto como te quisieron a ti —María calló un momento porque le dio un acceso de tos, carraspeó, y miró a la gitana que seguía en la misma postura indolente.

—¿Por qué no le entregasteis mi hijo a su padre? —le preguntó de pronto.

María soltó un suspiro largo.

—Porque lo prendieron —respondió María.

Ahí estaba la respuesta. Ella se debatía entre la vida y la muerte, y él estaba preso por sus ideas políticas.

—Quería verte para contarte la verdad —continuó María—. Lo que hagas a partir de ahora, queda entre tú y Dios.

María sujetó fuerte su bastón para levantarse. Cuando lo hizo, clavó la mirada desolada en el rostro de Eulalia. Caminó unos pasos de forma precaria, y cuando llegó hasta donde estaba Eulalia, la sujetó del brazo.

—Por favor, Eulalia, no puedo irme de este mundo maldita.

La anciana le recordaba la maldición que le lanzó en su lecho antes de abandonar Redtower.

—Es lo que mínimo que te mereces —respondió la gitana.

María inclinó la cabeza vencida, soltó el bastón en el que se sujetaba, y cayó a los pies de ella.

—Por favor —continuó rogando mientras se sujetaba a las piernas de la gitana—. No permitas que muera maldita.

Eulalia se mantuvo impasible a sus súplicas. Y ninguna de las dos escucharon los pasos de Martín.

—¡Madrina! —exclamó el hombre—. ¡Por Dios!

En dos zancadas llegó hasta María. La sujetó para levantarla del suelo con suavidad y cariño. Entonces, sus ojos se clavaron en su madre, y la miraron con honda decepción. Eulalia sintió su mirada como si fueran finas agujas que se clavaban en su piel.

—Estás viva gracias a María, estoy vivo gracias a ella, y por eso siempre tendrá mi gratitud y mi respeto.

—¡Martín! —exclamó Eulalia desangelada.

—Es una mujer mayor, enferma, y cualquier culpa del pasado, está ya expiada—. Siguió diciéndole—. Si no eres capaz de perdonar, entonces, los dos estorbamos en tu vida.

Ni Elina ni Harry habían alcanzado la cocina. Martín había escuchado las súplicas de la anciana, y había cambiado el rumbo. Ellos se encontraron siguiéndolo.

—Martín, no... —le suplicó María que seguía con la voz ronca por el esfuerzo que había realizado.

—Así que la eliges a ella —le dijo Eulalia pasmada—. ¡Traidor!

Martín inhaló el aire profundamente, después lo soltó poquito a poco, como si necesitara esos segundos para calmarse.

—Cuando María me explicó todo, tenía doce años, y sufrí muchísimo durante horas pensando en ti, en mí, en lo que habría podido ser nuestra vida, pero entonces tuve una visión —reveló Martín—. Una visión muy esclarecedora que me abrió los ojos, y por eso tomé la decisión que tomé.

—¡Martín, calla! —exclamó la anciana.

Eulalia se encontraba sin palabras. Harry y Elina miraban la escena como si observaran una obra de teatro, pero Martín ya no dijo nada más. Sujetó el brazo de su madrina sobre sus hombros, y le pasó la mano por la cintura para ayudarla a caminar. El bastón de la anciana quedó olvidado en el suelo.

Elina decidió intervenir.

—Llévala al carruaje, yo iré enseguida.

Harry veía el rostro descompuesto de su esposa, y se preocupó mucho, pero él también había escuchado las súplicas de una anciana, y, la actitud indolente de Eulalia, lo decepcionó profundamente.

—Por favor, señor Tyler —le dijo Elina girando el rostro hacia él mientras sujetaba el brazo de Eulalia para impedirle que fuera tras los pasos de Martín y María—. ¿Puede ayudar a Martín con doña María? Tengo que decirle algo importante a Eulalia antes de marcharnos.

Harry no quería, pero la voz sedosa de la mujer y su mirada dulce, lo impulsaron a hacer precisamente lo que le pedía. Cogió el bastón olvidado del suelo, y caminó hacia el exterior de la casa. Cuando Elina y Eulalia se quedaron a solas, la mujer le puso las manos a ambos lados del rostro, y la obligaron a mirarla. Eulalia miraba la puerta del salón todavía conmocionada por la elección de Martín.

—Recuerda, Eulalia, por favor —le pidió Elina de pronto.

Eulalia estaba paralizada por todo. Su hijo se marchaba con la mujer que la había hecho

tanto daño.

—¿Qué tengo que recordar? —preguntó con ganas de salir por la puerta, pero sin encontrar las fuerzas necesarias para hacerlo.

Elina seguía mirándola de forma serena a la vez que tierna.

—Todos esos recuerdos que has reprimido porque ten dolían demasiado —le explicó Elina—. Encuéntralos, sácalos a la luz.

—¿Qué recuerdos? —insistió Eulalia.

Elina le acarició el rostro de forma suave, dulce. Eulalia cerró los ojos, y rebuscó en su memoria cualquier recuerdo oculto. Tras unos momentos, la gitana lanzó una exclamación ahogada.

—No podía moverme ni respirar—comenzó a decir—. Tenía dos costillas rotas, una de ellas me había perforado un pulmón. —Eulalia recordó la voz del médico que la atendió en Guadaíza, era Jared, el médico judío amigo de los Velasco—. Tenía la pierna derecha rota en tres partes —continuó diciendo—. No pude moverme ni caminar durante meses.

Elina seguía mirándola sin apartar las manos del rostro de la gitana.

—Sin los cuidados de María, no habrías sobrevivido, ni tu hijo tampoco. —No, Martín no habría sobrevivido sin un ama de cría—. ¿No merece María un poco de tu piedad cristiana? —le preguntó Elina de pronto, y sin apartar la mirada azul de la de ella.

—¿Cómo sabías tú todo eso que me sucedió?

—Me lo contó María unas semanas después de que te marcharás, y me encomendó que te diera algo después de su muerte.

Eulalia seguía pensativa.

—Había olvidado lo dura, larga, y difícil que fue mi recuperación completa —susurró la gitana que seguía inmersa en recuerdos del pasado.

Había creado sobre ella misma una coraza de rencor por la muerte y vida de su hijo, que había anulado todo lo demás sentimientos.

—María no está muerta —le dijo de pronto Elina—. Pero yo he decidido dártelo ahora.

La condesa caminó hacia su bolso que había quedado olvidado en un sillón. Con su desmayo, nadie había reparado en el ridículo. Abrió las cintas con cuidado, y sacó un fajo de cartas de su interior. Regresó sobre sus pasos hacia el centro del salón donde estaba plantada Eulalia. Le tendió el fajo.

—¿Qué son?

—Cartas —le explicó Elina como si no fuera obvio—. María me pidió que te las entregara cuando muriera.

—Pero no está muerta —respondió la otra seca—. Está viva y me ha robado el cariño de mi hijo: un hijo ingrato y desleal.

—Eulalia —comenzó Elina que le puso la mano sobre el hombro para llamar su atención—. Si viera a mis padres entrar por esa puerta, juro por los más sagrado, que no me importaría que se hubiesen mantenido ocultos de mí durante todos estos años.

—¡No es lo mismo! —protestó la gitana.

—Recuperarlos, sería lo único importante e imprescindible en mi vida —insistió—. Tocarlos, besarlos, sentirlos vivos, sería suficiente pago al sufrimiento y dolor que todavía siento —continuó en su proclama—. Si supiera que están vivos, aunque no pudiera verlos nunca más, juro que me bastaría. —Eulalia la escuchó y se quedó pensado en sus palabras—. Por eso creo que estas cartas te ayudarán.

Eulalia finalmente las tomó entre sus manos. La persona destinataria de esas cartas era

María, el remitente, Martín.

—Hay una taberna en Great Marlow —dijo Elina—. Estaremos allí esperándote. — Eulalia la miraba sin comprender—. Ya no podemos quedarnos en Bromley Hall —admitió con pesar—, pero no he cenado nada y debo alimentarme porque estoy encinta. María no se opondrá a que paremos, y así tendrás tiempo para decidirte.

Eulalia se quedó sujetando las cartas, y viendo la marcha de Elina.

CAPÍTULO 25

Harry estaba preocupado. Se había disculpado con la visita de forma sincera, y les había pedido disculpas de corazón. Él sabía cuánto había sufrido Eulalia, pero su actitud vengativa dejaba mucho que desear al respecto. Ella siempre había sido sincera al decirle que era una mujer impetuosa y también resentida, sin embargo, lo sucedido durante ese día sobrepasaba cualquier límite racional. Cuando despidió al carruaje y regresó al salón, Eulalia no estaba. Caminó hacia la cocina, y la encontró vacía. Julia hacía mucho tiempo que se había marchado, y tan abatido y triste como se encontraba, decidió tomarse un brandy junto al fuego. Harry no supo si fueron minutos u horas los que pasó mirando las llamas incandescentes del fuego del hogar. Se fijó en la olla apartada a un lado. Finalmente dejó la copa sobre la larga mesa de trabajo, y comenzó a caminar hacia la alcoba. Subió las escaleras como si las piernas le pesaran toneladas, y con el corazón lleno de incertidumbre porque ignoraba qué haría Eulalia, y cuál sería su siguiente movimiento en esa relación tormentosa de amor odio.

Cuando accionó la manivela de la puerta y la empujó para entrar, vio que Eulalia estaba sentada en el lecho rodeada de cartas abiertas. Tenía las mejillas empapadas en llanto, y en la mirada una tristeza infinita que lo inquietó todavía más.

—Tenemos que hablar —le dijo muy afectado.

Eulalia no escuchó lo que le dijo porque seguía ensimismada leyendo.

—¿Sabes que María le contaba todo sobre mí? —le preguntó.

Harry ignoraba de quién eran todas esas cartas.

—¿Esas cartas son de María? —le preguntó—. No me ha parecido una mala persona —admitió Harry.

—Estaba tan centrada en mi dolor, me gustaba tanto recrearme, que olvidé lo más esencial. —Harry no sabía a qué se refería ella—. Que mi hijo está vivo.

Eulalia lanzó una maldición. Elina le había abierto los ojos. Había recuperado a Martín, carne de su carne. Hijo de su corazón. Y por culpa del rencor y del obcecamiento, estaba a punto de perderlo de nuevo.

—Eso debería de haberte bastado —se atrevió Harry a decirle.

Eulalia pasó a explicarle todos los recuerdos que había enterrado muy dentro de sí, y que pudo recuperar gracias a la insistencia de Elina. Harry la escuchó atento y sin interrumpirla.

—Tenemos que ir a Carrog —dijo Eulalia de pronto.

Así se llamaba la única taberna que había en los alrededores de Great Marlow.

—¿Por qué? —le preguntó él.

—Porque me dijo Elina que harían un alto allí para tomar algo.

El rostro de Harry se ensombreció.

—Era nuestra obligación ser hospitalarios y actuar como buenos anfitriones. Me siento avergonzado.

Eulalia se sentía mortificada. Harry era un hombre extraordinario, y sin embargo, ella había actuado de forma desaforada.

—Imagino lo decepcionado que estás conmigo.

—Ciertamente lo estoy.

—Pero te recuerdo, como ya te he mencionado antes, que estaba demasiado pendiente de mi dolor para preocuparme del dolor de nadie más.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

Eulalia soltó un suspiro de angustia.

—Conocer mediante estas cartas, lo que hemos sufrido todos.

Eso le aclaraba todo a Harry.

—¿Piensas que puedes cambiar lo sucedido hoy? —le preguntó escéptico—. Porque te has portado como una...

Eulalia lo interrumpió.

—Cabrona —se insultó así misma.

Harry apretó los labios, y puso las manos en las caderas.

—Iba a decir inconsciente —la corrigió—. Tenemos que hablar muy seriamente de esa costumbre tuya de usar palabras malsonantes.

—Soy gitana —respondió pero sin mirarlo.

Sostenía una de las cartas en la mano.

—Ahora eres Eulalia Tyler, no lo olvides —le recordó él.

Eulalia lo miró entonces, y se dijo que Harry hacía bien en recordárselo. Ahora era una mujer casada, valorada, y para que la respetaran, debía mostrarse también respetuosa, prudente, y calmada.

Eulalia tuvo que mirar hacia otro lado porque le costaba sostenerle la mirada a él.

—De verdad que estoy arrepentida.

—Pues es hora de demostrarlo —Harry se dio media vuelta, y comenzó a salir de la estancia.

—¿Dónde vas? —le preguntó con cierto temor.

Harry ni se volvió.

—A preparar la calesa...

María no había querido tomar nada. Seguía en el interior del carruaje porque había gastado demasiadas energías y le dolía la cabeza. Había convencido a Martín y Elina de que necesitaba oscuridad y sosiego para recuperarse. Estaba agotada hasta el punto del desmayo, pero todo su esfuerzo no había servido de nada. Martín había aceptado a regañadientes acompañar a Elina al interior de la taberna porque su madrina había insistido mucho, le dijo que no era correcto que una mujer cenara sola, que su hijo Rodrigo le sacaría los hígados si ella lo permitía. ¿Cómo había podido olvidar que su nuera estaba encinta? María lamentaba tantas cosas: como portarse como una auténtica necia. Primero, aprovechándose de la ausencia de su hijo, y segundo, exponiendo a la dulce Elina a un viaje tan largo y lleno de despropósitos.

Pensó en Eulalia, en todo lo acontecido, y se le llenaron los ojos de lágrimas, por eso los mantuvo cerrados. En el interior del carruaje estaba todo oscuro. No se escuchaba nada salvo la conversación queda del cochero y del palafrenero que seguían sentados en el pescante.

La puerta del carruaje se abrió de golpe, y ella creyó que eran Elina y Martín que regresaban.

—¿Habéis cenado bien? —les preguntó con los ojos cerrados.

María percibió el perfume de la gitana y se reincorporó de pronto.

—¡Eulalia! —estaba realmente sorprendida de verla.

—Nada más ver el carruaje, le he pedido a Harry que entre a la taberna y acompañe a Martín y Elina mientras converso contigo.

María estaba muy sorprendida de verla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la condesa viuda.

Eulalia se acomodó en el asiento mullido justo enfrente de María.

—Quedaron muchos temas inconclusos entre las dos.

—Pensé que ya estaba todo dicho —respondió la mujer.

Eulalia inspiró hondo.

—Me cegó la ira y el despecho —confesó sincera—. Pero leí las cartas que Martín te envió, y entonces conocí todo lo que había ignorado hasta entonces.

María la miró atenta.

—Las cartas debía de entregártelas Elina tras mi muerte.

Eulalia clavó la mirada en ella, pero no veía bien sus rasgos debido a la oscuridad del interior. Los farolillos no estaban encendidos.

—Me alegro de que incumpliera tu deseo.

—¿Por qué?

—Porque todavía puedes vivir muchos años, y yo no deseo estar enemistada con mi hijo tanto tiempo.

—¿Me has perdonado? —le preguntó María con un hilo de voz.

Eulalia tardó un momento largo en responder.

—Primero me he tenido que perdonar a mí misma —confesó humilde.

A María se le llenaron los ojos tanto de lágrimas como de agradecimiento.

—Traté de convencer a Martín...

Eulalia la interrumpió.

—Ahora lo sé tras leer sus cartas —para Eulalia había sido difícil de digerir la negativa de Martín a contactar con ella—. Y eso es algo que tendré que conversar con él, sin embargo, ahora no tengo prisa en demandar explicaciones porque me he dado cuenta que pedir las sólo me

lleva a sufrir decepciones.

—Para mi sorpresa, Eulalia, tu hijo Martín decidió trabajar para la corona —confesó María de pronto con voz temblorosa—. Aceptó encargos muy peligrosos —continuó—, y pienso que eso fue determinante en su vida, y decidió su destino.

Eulalia lo imaginaba. Le había sorprendido mucho toda la información que había obtenido de su hijo leyendo las cartas que le enviaba a María de forma asidua.

Entre las dos mujeres se suscitó un silencio largo, pero que no resultó incómodo. Eulalia tensó la espalda, alzó el mentón, y miró a María sin un parpadeo.

—Gracias por salvar a mi hijo —dijo de pronto.

María estalló en llanto, pero era un llanto de alivio y de alegría.

—Tu hijo necesitaba alimento, y mi prima había perdido a su bebé, tenía los pechos rebosantes de leche, y pensé que una desgracia salvaba la otra, y por eso le llevé a tu hijo prematuro —le confesó con la voz entrecortada.

Eulalia sabía todo eso porque Martín lo había mencionado en las cartas. ¡Había aprendido tanto leyéndolas!

—Fui despreciable al maldecirte de aquella forma —admitió Eulalia con voz avergonzada—. Pero Harry me salvó en todos los sentidos. —La viuda la miró con ansiedad—. No estás maldita, María.

El alivio destensó los hombros de la anciana, y serenó la crispación de su rostro.

—Me aterraba irme de este mundo bajo esa condición.

Eulalia lo sabía. María era una fiel devota, y para ella sería horrible saberse maldita a las puertas de la muerte.

—Ya me conoces —le dijo Eulalia—, me resiento con facilidad.

Fue escucharla, y María soltó una carcajada.

—No he conocido una persona más rencorosa que tú —le espetó la mujer—, ni más vengativa.

Eulalia se inclinó hacia ella, le sujetó las manos, y la miró de forma intensa.

—Por favor, regresad a Bromley Hall —le pidió de pronto.

María negó con la cabeza.

—Martín no querrá —adujo la mujer.

—Tú puedes convencerlo —la animó Eulalia—. Permíteme ofrecerte la hospitalidad de mi hogar —siguió la gitana—. Quiero que veas con tus propios ojos, lo buena que ha sido la vida conmigo dándome un hombre como Harry.

—¡Lo sé! —exclamó la viuda—. He visto cómo te mira, la forma dulce en la que se refiere a ti. Es un hombre generoso, íntegro, y sé que te va a hacer muy feliz.

A Eulalia se le llenaron los ojos de lágrimas. Y se dijo que en ese día había llorado más que en toda su vida.

—¿Vendréis a verme a Bromley Hall? —preguntó de forma tímida, algo inusual en ella.

María se inclinó hacia la gitana, y le sonrió.

—No te quepa la menor duda —respondió María a—. Martín no regresará a España de momento —le aseguró—. Me encargaré de eso personalmente. —Eulalia se movió para salir del carruaje—. Martín me prometió que no regresará hasta que muera, y pienso retrasar ese momento todo lo que pueda.

Eulalia abrió la portezuela, y puso el pie derecho en el estribo, pero antes de bajar, miró de nuevo a María, y sonrió de forma genuina.

—Gracias —le dijo sincera—. Siempre estaré en deuda contigo.

Una vez fuera del carruaje, vio que Harry la esperaba al pie de la calesa en la que habían llegado a la taberna. Sabía que Martín y Elina seguían dentro, que su hijo se había negado a salir fuera para despedirla, y no se molestó. Tenía un trabajo enorme por delante para ganarse su cariño y su confianza, pero ella tenía arrojos y atajos.

Caminó directa hacia su esposo con el rostro sereno.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó con cierta impaciencia.

Eulalia le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Regresemos a casa —respondió ella.

—¿Y Martín?

Eulalia miró hacia la taberna iluminada con dos faroles en la puerta. No le costaría nada entrar y hablar con él, pero sabía que debía darle tiempo.

—Voy a darle un día para que digiera todo esto, y después voy a ser implacable —afirmó decidida.

—¿Y si regresa a España? —le preguntó al esposo.

Eulalia entrecerró los ojos y lo miró burlona.

—Entonces te espera un largo viaje, y un clima caluroso —le advirtió sin dejar de mirarlo—. Unas largas vacaciones te vendrían bien.

Harry la encerró en su pecho, y la abrazó con fuerza. Eulalia parecía otra, y él estaba maravillado.

—Regresemos a casa.

Una semana después, Martín volvió a Bromley Hall.

María había mejorado, y él ya no caía en la trampa de su delicada salud para continuar en Inglaterra. Ya había hecho arreglos para regresar en barco a Santander, y quería despedirse de Eulalia antes de partir. Esperándola en el salón de Bromley Hall, recordó su partida de ese mismo lugar y todo lo acontecido en aquel día que marcó un antes y un después entre ambos. Pero justo dos días después de partir de Great Marlow, Eulalia y su esposo visitaron Redtower. Madre e hijo mantuvieron una larga y próspera conversación donde el hijo se disculpó con la madre, y la madre le pidió perdón al hijo.

Tras las oportunas explicaciones, Eulalia seguía sin comprender el motivo por el que Martín no se había puesto en contacto con ella, pero había aprendido a sobrellevarlo. Como tan osadamente le había recordado Elina, había recuperado vivo a su hijo, el resto carecía de importancia.

Harry había encajado a la perfección en esa locura de familia que se amaban por encima de todo. Visitó con Eulalia Crimson Hill, y se sorprendió de las puyas que le lanzaba al duque de Arun, algo impensable en una mujer de inferior condición social, pero Harry se recordó que él amaba a Eulalia precisamente por eso. Compartió la angustia de la gitana cuando supo que la sobrina del duque estaba en paradero desconocido. En ese punto, Eulalia le confesó la predilección que sentía por Jamie, el sereno, honesto, y leal Jamie. Al duque le molestó esa confesión sobre su hermano menor, y le echó en cara que hubiera vendido su pulsera con tanta despreocupación, pero Eulalia se lo llevó a su terreno como tantas veces en el pasado.

Todos querían a Eulalia, era una más en esa peculiar familia con tantos matices y sombras, y por eso disfrutó también de la alegría y sorpresa del conde Ayllón cuando supo que iba a ser padre de nuevo. Pero no hubo celebración porque Lizzy, que así se llamaba la muchacha, seguía sin aparecer. Cuando se interesó por el tema, el conde le explicó que el padre se encontraba en Escocia junto a su sobrina Mary que estaba casada con un escocés, y que juntos habían aunado esfuerzos para encontrarla. A Harry le sorprendió la familia tan grande que tenía Eulalia, y por eso le costó entender que quisiera alejarse de todos ellos tiempo atrás, pero gracias a esa decisión, él la había encontrado. Harry también mantuvo una larga conversación con su hijastro, y todas las dudas y preguntas, habían quedado resueltas.

Martín sonrió al recordar todo eso, y un carraspeó inesperado lo hizo girarse de golpe. Se encontraba situado junto a la enorme librería. La mujer, con mirada aguda, estaba situada justo en la puerta de entrada a la biblioteca.

—Tú debes de ser el gitano bastardo —el insulto, si ella pretendía que fuera un insulto, lo sorprendió.

Si ella atacaba con tal calibre, él no iba a presentarse de forma adecuada.

—Espero a Eulalia —contestó con esa voz engañosamente suave que solía usar frente a un enemigo.

—Lo sé —contestó la mujer rubia y esbelta—. Y por eso me he dado prisa en llegar hasta Bromley Hall.

Él ignoraba de dónde venía ella, y cuál era su propósito.

—¿Cómo podía saber que me encontraba aquí? —le preguntó con los ojos entrecerrados.

Emily se acercó varios pasos hacia él. Lo había imaginado más bajo, gordo, y de piel más oscura. Ese hombre que estaba en su casa, no se parecía en nada a Eulalia.

—¿Espía a las personas que llegan a Bromley Hall? —preguntó agudo y dispuesto a creer

lo peor de ella si se confirmaban sus sospechas.

—Es la casa de mi tío —respondió presuntuosa—. Y estoy preocupada por él.

Ahí estaba la respuesta.

—¿Y en qué me concierne ese asunto a mí? —preguntó quedo.

La mujer había pensado sobornarlo para que fuera su aliado. Los españoles no tenían honor, y eran unos avaros despreciables. Desde la boda de su tío con la gitana española, ella había investigado mucho sobre esos bárbaros del sur.

—Deseo hacer negocios con usted.

Las cejas de Martín se alzaron con sorpresa.

—¿Qué clase de negocios?

Emily no erra tan estúpida para saber que ese hombre sería fácil de convencer, pero tenía que intentarlo.

—Deseo que Eulalia se marche de mi hogar. De Inglaterra, que regrese de allí de donde vino.

Ahora estaba más sorprendido.

—Es la primera vez que la veo en Bromley Hall —respondió cauto.

Emily se acercó un paso más. Martín podía ver ahora el azul oscuro de sus ojos, y la piel de su rostro tan blanca que parecía traslúcida.

—Eso es porque vivo con mi otro tío en Hambleden. —Martín ignoraba qué lugar era ese y cual era su ubicación—. Pero ambos queremos lo mismo, me refiero a usted y yo.

Martín estaba comenzando a divertirse por primera vez en años.

—¿Cómo es eso? —preguntó poniendo en sus palabras un tono intrigado.

—Tengo entendido que es un mercenario ávido de oro.

Martín tuvo que contener una sonrisa al escucharla. Ignoraban dónde había obtenido esa información falsa, pero no la corrigió.

—Puedo pagarle una cuantiosa cifra si se lleva a Eulalia de Bromley Hall. —Debió de mostrar en su rostro la sorpresa que sentía, porque la mujer siguió en su ataque—. Dos mil libras, si se la lleva de regreso.

—¿Llévame de regreso? —de verdad que estaba sorprendido por la audacia de la dama—. ¿Y qué diría su tío al respecto? —le preguntó mirándola fijamente.

—Yo me ocuparía de eso —contestó ufana—. Le haré creer a mi tío que Eulalia lo ha abandonado. Mi tío es fácil de manipular.

A Martín ya no le hizo gracia la conversación que mantenía con la desconocida sobrina del esposo de su madre. Tensó los hombros, y alzó la barbilla. Emily creyó entender que su oferta lo había insultado.

—Es un trabajo fácil, y una enorme recompensa —afirmó sin dejar de mirarlo—. Pero si considera que mi oferta le ofende, podría subirla hasta las dos mil quinientas libras.

—¡Por librar a su tío de la gitana! —exclamó con burla.

—¡Gracias a Dios! —dijo la mujer—. Alguien que piensa como yo sobre este asunto.

—¿Perdón? —inquirió él porque ignoraba qué quería decir ella.

—¡Una gitana casada con mi tío! ¡Una don nadie! Es dantesco, inmoral, y completamente desacertado.

La mujer debía de ser estúpida porque no advirtió el brillo peligroso en sus ojos oscuros, ni la crispación en sus puños.

—Eulalia es mi madre —le advirtió en un tono frío que la alertó, pero no reculó en sus insultos.

—Ya lo sé —le aclaró en un tono de superioridad—. Pero los gitanos deben estar con los de su calaña, no, con gente decente.

—Cuidado con lo que dice —pero ella no lo escuchaba.

—Mi tío ha cometido un error que pienso subsanar.

—Sobornándome —se burló.

—Dos mil quinientas libras es mucho dinero.

Martín podría enterrar a la insolente con mucho más.

—Declino amablemente su oferta —le dijo de pronto cansado de perder el tiempo con ella.

Se giró hacia la puerta y comenzó a alejarse. Si su madre no aparecía en los próximos dos minutos, se marcharía de Bromley Hall sin verla, y sin despedirse.

Emily lo miró estupefacta. ¿Ese mal nacido muerto de hambre despreciaba su oferta tan generosa? Emily admitió que no había podido recabar mucha información sobre él, sólo que era un mercenario que trabajaba para el mejor postor. Ahora se preguntó si la información que le había facilitado el boticario sería fidedigna, porque el hombre parecía molesto de verdad por su propuesta.

—¿Hay alguna forma de que pueda tentarlo y hacerle cambiar de opinión? —estaba claro que la mujer se resistía a aceptar su clara negativa.

Martín se giró hacia ella y la examinó de arriba abajo. Era alta y de curvas poco pronunciadas, pero tenía unos ojos bonitos, y el cabello también era atractivo pues le recordaba a los campos de trigo en verano. Observó su vestido azul de tarde, y el anillo de compromiso en su dedo. De nuevo clavó la mirada en la de ella, y sonrió cínico.

Emily se estremeció de la cabeza hasta los pies por su escrutinio tan descarnado. La forma sexual de mirarla, había sido un insulto que ella entendió muy bien.

—No posee nada que pueda hacerme cambiar de opinión —le soltó desabrido y con mirada despreciativa.

Martín se había cansado de prestarle atención, pero Emily no llevaba bien los insultos ni los desdenes.

—¡Bastardo! —le espetó con tanto desagrado, que Martín sintió que lo había abofeteado sin manos—. ¿Qué podía esperar de un ser tan despreciable como la madre?

Entre ambos se suscitó un silencio incómodo, y expuesto.

—¡Martín, qué alegría verte en Bromley Hall! —era la voz de su madre, pero antes de girarse, pudo ver el destello de odio que asomó a los ojos de la inglesa.

Supo que la mujer no descansaría en su empeño de separar a su tío de su madre. Y se hizo una opinión propia sobre ella: soberbia, despreciable, manipuladora, y unos cuantos adjetivos más.

—También me alegro de verte, Emily.

—¡Mentirosa! —le espetó la otra.

Martín se giró hacia la mujer con una advertencia peligrosa en sus ojos. Antes de darle la bienvenida a su madre, caminó dos pasos hacia Emily que sintió el impulso de retroceder, aunque no lo hizo. Cuando llegó hasta ella, se inclinó hacia su oído de forma poco galante, y le dijo algo de forma tan queda, que Eulalia no pudo escucharlo, pero vio que Emily palidecía y se apartaba.

—¿He sido lo suficientemente claro? —le preguntó.

Emily no respondió, se sujetó el ruedo del vestido, y salió de la biblioteca como alma que persigue el diablo. Eulalia contempló su marcha atónita.

—¿No le habrás lanzado una maldición gitana? —le preguntó la madre curiosa—. No es que no se lo merezca, pero Harry la quiere.

Martín la miró con una ceja alzada.

—Yo no soy como tú.

Eulalia sonrió de oreja a oreja.

—Eres exactamente igual que yo —lo contradijo.

—Me gustaría despedirme de Harry —le dijo para cambiar de tema.

Pero Eulalia le llevaba alguna ventaja.

—¿Qué le has dicho a Emily?

Martín era muy bueno en no responder a preguntas inconvenientes.

—¿A esa arpía? —ahora hizo un encogimiento de hombros bastante elocuente.

—Esa arpía es la sobrina de mi marido —le recordó Eulalia.

—¿Por qué has tardado tanto? Estaba a punto de macharme.

—Estaba en casa de Susan, no sabía que llegarías tan temprano —se excusó la madre—. Y Harry se encuentra haciendo sus visitas de tarde.

Martín se sintió apenado porque no podría despedirse de él.

—Regreso a España.

Ese era el momento que más temía Eulalia.

—No quiero que te vayas.

Martín podía imaginarlo, pero debía hacerlo.

—Ahora que todo se ha arreglado entre los dos, y que María parece estar mejor, debo regresar, tengo una misión que cumplir.

Eulalia conocía a qué se dedicaba su hijo porque Martín le había explicado los encargos peligrosos que aceptaba, pero que eran necesarios para conservar la paz en el reino. Y durante la siguiente hora, madre e hijo estuvieron conversando. Cuando llegó el momento de la despedida, Eulalia se abrazó a él tan fuerte, que Martín no podía ni moverse ni respirar. Cuando los brazos del hijo la estrecharon con afecto, Eulalia creyó que había alcanzado el cielo.

—Lleva cuidado con esa mujer —le advirtió el hijo en voz baja y sin soltarla—. Pero no le dispares como hiciste conmigo porque no pienso visitarte en la cárcel.

—¿Qué mujer? —le preguntó aún sabiendo a quién se refería.

—A esa arpía que te quiere lejos de Bromley Hall.

Eulalia sonrió aunque Martín no pudo verla.

—¿Qué le has dicho? —insistió tozuda.

Pero Martín había deshecho el abrazo, y caminó seguido de la madre hasta los establos donde había dejado la montura. Eulalia se preguntó dónde estaría Julia porque cruzaron la cocina y estaba vacía, un segundo después se dijo que estaría en la antigua habitación con Emily.

—¿Volveré a verte? —le preguntó con el corazón encogido.

—Más pronto de lo que imaginas —respondió el hijo—. Tengo que protegerte de la arpía.

Martín ya azuzaba la montura.

—¿Qué le has dicho? —volvió a preguntarle porque Eulalia nunca había visto esa mirada de temor en Emily.

Martín soltó un suspiro largo.

—Que la estaré vigilando atentamente —comenzó a decirle—, y que si te hace el menor daño, vendré a por ella, la arrastraré de los pelos hasta el penal de Cartagena, y se la entregaré a los guardias para que la despellejen viva y la cuelguen boca abajo en el muro principal.

Eulalia se puso seria.

—No hablas en serio.

Pero Martin ya no dijo nada más. Azuzó al semental, y emprendió una carrera siguiendo su destino.

Eulalia se quedó en la puerta de Bromley Hall viendo como la montura se perdía en la distancia. Era su hijo, su carne. Trabajaba para la corona en misiones muy peligrosas, pero se sentía feliz porque lo había recuperado, porque estaba convencida de que lo vería muy pronto. La gitana soltó un suspiro. Le daría seis meses para regresar a Inglaterra, o ella embarcaría con rumbo a España.

Con ese pensamiento volvió a entrar en la casa, y se dispuso a buscar a Emily para hablar seriamente con ella. Si las dos querían de verdad a Harry, las dos debían lograr un grado de tolerancia entre ambas. Ninguna de las dos se soportaba, pero podían aunar esfuerzos por él, porque Harry se merecía ser completamente feliz.